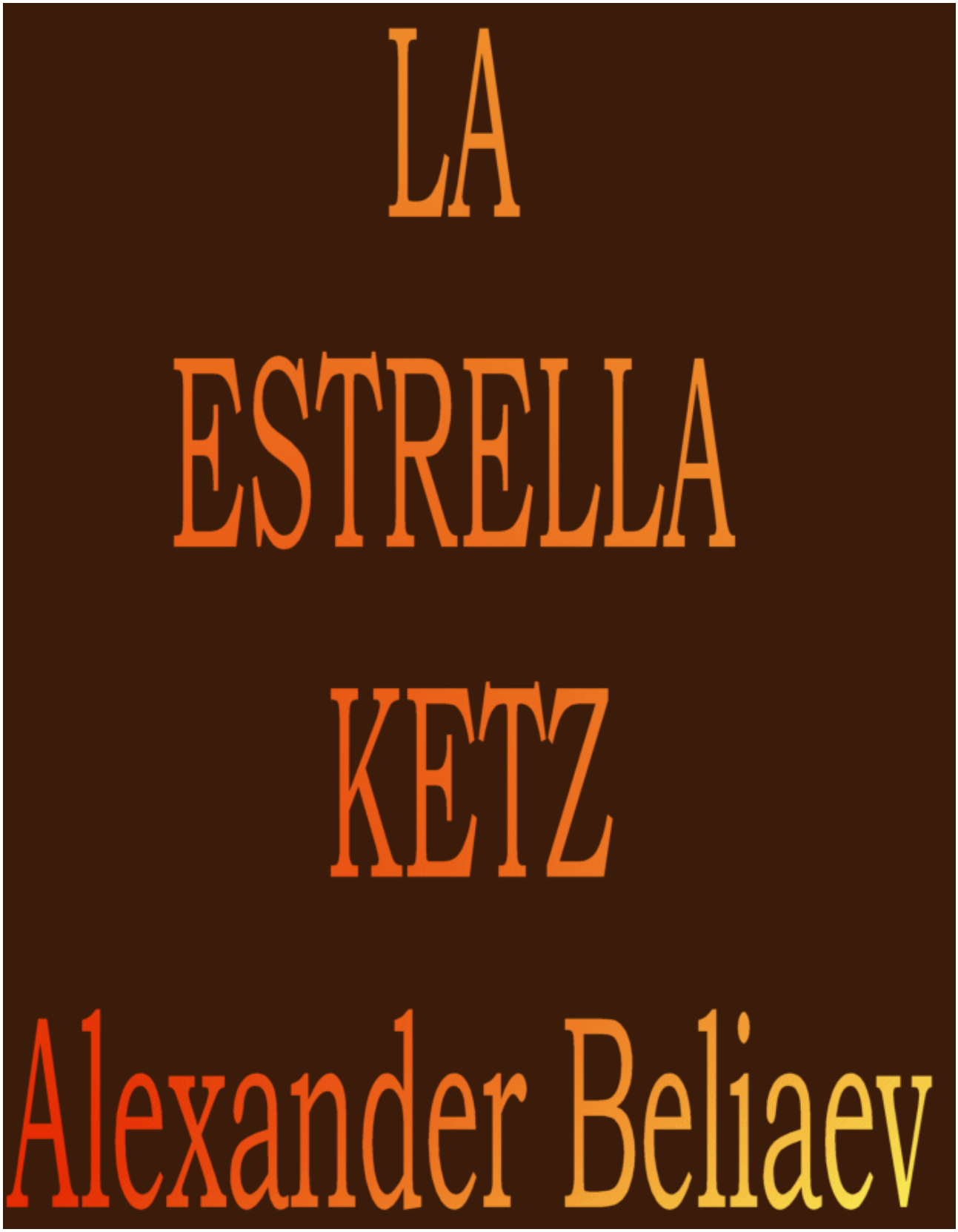


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado al recuerdo de
Konstantin Eduardovich Tziolkovsky

I - Encuentro con el barba negra

¡Quién pensaría que un incidente de tan poca importancia decidiría mi destino!

En aquel tiempo yo era soltero y vivía en la casa de los colaboradores científicos. En uno de los atardeceres primaverales de Leningrado, estaba yo sentado en la ventana abierta de mi habitación y admiraba los árboles del boulevar, cubiertos de pelusa verde claro. Los pisos superiores de las casas ardían en los rayos pajizos del crepúsculo, mientras los bajos se sumergían en azules sombras. A lo lejos se divisaba el espejo del Neva y la aguja del Almirantazgo. Era todo maravilloso, faltaba quizá un poco de música. Mi receptor de radio se había estropeado. Una suave melodía, apagada por las paredes, apenas llegaba a mí. Estaba envidiando a los vecinos cuando de pronto se me ocurrió que Antonina Ivanovna, mi vecina, podría ayudarme fácilmente a reparar mi aparato de radio.

Yo no conocía a esta señorita, pero sabía que trabajaba de asistente en el Instituto Físico-Técnico. Cuando nos encontrábamos en la escalera de la casa, siempre nos saludábamos. Me pareció que esto era suficiente para que pudiera dirigirme a ella y pedirle ayuda.

Al minuto llamaba a la puerta de mis vecinos.

Me abrió la misma Antonina Ivanovna. Era una simpática joven de unos veinticinco años. Sus grandes ojos grises, alegres y vivos, miraban un poco burlones y con aplomo, y la nariz respingona daba a su cara una expresión arrogante. Llevaba un vestido negro de paño, muy sencillo y bien ajustado a su esbelta figura.

No se porqué de pronto me azoré y muy de prisa y confuso empecé a explicar la causa de mi presencia.

—En nuestro tiempo es un poco vergonzoso no saber radiotécnica —me interrumpió ella bromeando.

—Yo soy biólogo —intenté excusarme.

—Pero si ahora cualquier colegial sabría reparar una radio.

Suavizó este reproche con una sonrisa, enseñando sus dientes blancos y uniformes, y la tirantez del momento se desvaneció.

—Vamos al comedor, acabaré de tomar mi té y vendré en seguida a «curar» su aparato.

Yo la seguí gozoso.

En el amplio comedor, en la mesa, estaba sentada la madre de Antonina Ivanovna, una viejecita gruesa, canosa y de cara rosada. Me saludó con fría amabilidad y me invitó a tomar una taza de té.

Yo me negué. Antonina Ivanovna terminó su té, y nos dirigimos a mi habitación.

Con extraordinaria rapidez desmontó mi receptor. Yo me quedé admirando sus hábiles manos con sus largos dedos de singular movilidad. Hablamos muy poco. Ella arregló muy pronto el aparato y se fue a su casa.

Algunos días, cuando estaba solo, pensaba en ella, quería nuevamente ir a verla, pero sin pretexto no me atrevía. Y he aquí, vergüenza me da confesarlo, que estropeé ex profeso mi receptor... Y fui a verla.

Al examinar la avería, me miró riéndose y dijo:

—No voy a arreglar su receptor.

Me puse rojo como un cangrejo.

Pero al día siguiente fui de nuevo a decirle que mi radio funcionaba perfectamente. Y desde entonces fue para mí de vital necesidad ver a Tonia, como yo mentalmente la llamaba.

Ella me trataba amigablemente a pesar que, según ella, yo era tan sólo un científico de gabinete, un especialista limitado, no sabía radiotécnica, mi carácter era indeciso, mis costumbres anticuadas, día y noche sentado en un laboratorio o gabinete. En cada encuentro ella me decía muchas cosas desagradables y me recomendaba rehacer mi carácter.

Mi amor propio estaba ofendido. Incluso decidí no ir más a su casa pero, desde luego, no aguanté. Más aún, sin yo notarlo empecé a cambiar mi carácter: paseaba más a menudo, intenté hacer deporte, compré unos esquís, una bicicleta e incluso un libro de radiotécnica.

En una ocasión, mientras efectuaba uno de mis paseos voluntario-obligatorio por Leningrado, en el cruce de la Avenida Veinticinco de Octubre y la calle Tres de Julio, me fijé en un joven de barba negro-azulada.

Él me estaba mirando fijamente y se acercó decidido hacia mí.

—¿Perdone, usted no es Artiomov?

—Sí —contesté yo.

—¿Usted conoce a Nina..., Antonina Gerasimovna? Yo le vi a usted una vez con ella. Quería transmitirle a ella algo sobre Evgeni Paley.

Mientras estaba conversando con el desconocido llegó hasta nosotros un automóvil. El chofer gritó:

—¡De prisa, de prisa! ¡Llegamos tarde!

El desconocido saltó al coche y, al arrancar, me gritó:

—Comuníquele: Pamir, Ketz...

El automóvil se perdió veloz en la esquina.

Yo llegué a casa confuso. ¿Quién es este hombre? ¿Él sabe mi apellido? ¿Dónde me vio con Tonia, o Nina, como él la llamó? Repasaba en mi memoria todos los encuentros, todos los conocidos... Esta característica nariz aguileña y la barba negra puntiaguda tendría que recordarlas. Pero no, yo no le he visto antes jamás... ¿Y este Paley del que habló? ¿Quién es?

Fui a casa de Tonia y le conté sobre el extraño encuentro. Y de pronto esta joven tan equilibrada se emocionó terriblemente. Incluso lanzó un grito al oír el nombre de Paley. Ella me obligó a repetirle toda la escena del encuentro y después me increpó con furia porque no pensé en subir al coche con este hombre y no pregunté detalladamente sobre el asunto.

—¡Vaya, usted tiene el carácter de una foca! —terminó ella.

—Sí —contesté con rabia—. Yo no me parezco en nada a los héroes de los filmes de aventuras norteamericanos y me enorgullezco de ello. Subir al coche de una persona desconocida... No faltaba más.

Ella se quedó pensativa y sin escucharme, repetía como delirando:

—Pamir... Ketz... Pamir... Ketz...

Después corrió a la biblioteca, desplegó el mapa del Pamir y empezó a buscar Ketz.

Pero, por supuesto, no había en el mapa ningún Ketz.

—Ketz... Ketz... ¿Si no es una ciudad, qué es entonces: una pequeña aldea, un pueblo, una institución...? ¡Es necesario saber qué es esto de Ketz! —exclamó—. Sea como fuere, hoy mismo o, a más tardar, mañana temprano...

Yo no reconocía a Tonia. ¡Cuánta indómita energía había encerrada en esta joven que sabía trabajar de manera tan tranquila y metódica! Y toda esta transformación la había producido una palabra mágica: Paley. Yo no tuve valor para preguntarle quién era él y procuré irme lo más pronto posible a casa.

No voy a ocultar que no dormí esta noche, me sentía muy triste, y al día siguiente no fui a casa de Tonia.

Pero al atardecer ella misma vino a verme, tranquila y afable como siempre. Sentándose en una silla me dijo:

—Ya he averiguado lo que es Ketz: es una nueva ciudad en el Pamir que aún no está en el mapa. Yo parto hacia allá mañana y usted debería venir conmigo. A ése de la barba negra no lo conozco, usted me ayudará a buscarle. Pues la culpa es suya, Leonid Vasilevich, ya que no preguntó el nombre de la persona que tiene noticias sobre Paley.

Yo me quedé con los ojos abiertos de asombro. ¡Vaya! ¡No faltaba más! ¡Dejar mi laboratorio, el trabajo científico, y correr tras un desconocido hacia el Pamir para buscar a un tal Paley!

—Antonina Ivanovna —empecé yo con sequedad—, usted, claro está, sabe que más de una institución espera la terminación de mis experimentos científicos. Ahora, por ejemplo, estoy terminando un trabajo para detener la maduración de frutos. Estos experimentos hace mucho que se hicieron en América y ahora probamos aquí. Pero los resultados prácticos son hasta ahora no muy grandes. Seguramente ha oído hablar que en las fábricas de conservas de frutas del sur, que elaboran albaricoques, mandarinas, melocotones, naranjas, membrillos, etc., trabajan con extrema sobrecarga durante un mes o mes y medio, y los diez u once meses restantes están casi paradas. Y esto sucede debido a que los frutos maduran casi todos a la vez, y es imposible elaborarlos. Por esto se pierden nueve décimas de las cosechas...

Aumentar la cantidad de fábricas, que diez meses del año estarán paradas, tampoco es ventajoso. Se me a invitado para que este próximo verano vaya a Armenia, a fin de efectuar en el sitio mismo experimentos de gran importancia para el retardo artificial de la maduración de frutas. ¿Comprende? Se recolectan los frutos antes de su completa madurez, y luego van madurando poco a poco, partida tras partida, a medida que las fábricas necesitan de ellos para su elaboración. De esta manera las fábricas trabajarán todo el año y...

Miré a Tonia y me quedé cortado. Ella no me interrumpía, sabía escuchar, pero su cara se ensombrecía más y más. En la frente, entre sus cejas, había una débil arruga, sus pestañas estaban caídas. Cuando ella levantó hacia mí sus ojos, vi en ellos desprecio.

—¡Qué científico-activista! —dijo ella con tono glacial—. Yo también voy al Pamir por un asunto, y no a buscar aventuras. Es necesario que encuentre a Paley por encima de todo. El viaje no será de mucha duración. Y usted tendrá tiempo aún de estar en Armenia antes de la recolecta de sus frutos...

¡Rayos y truenos! ¡No podía decirle en qué posición embarazosa me ponía! ¡Ir con la chica que amaba en busca del tal Paley, desconocido para mí, quizás incluso mi rival! Es verdad que ella había dicho que no iba en busca de aventuras, sino que era un asunto importante que la llevaba allí. ¿Qué negocio puede ligarla al tal Paley? Mi amor propio me privaba de preguntárselo. ¡No! Ya es bastante para mí. El amor entorpece el trabajo. ¡Sí, sí! Antes yo me quedaba en el

laboratorio hasta muy tarde, y ahora en cambio salgo de él en cuanto dan las cuatro. Iba a negarme definitivamente, pero Tonia se me adelantó:

—Veo que tendré que ir sola —dijo ella levantándose—. Esto complica la cosa pero puede ser que la suerte me permita hallar al de la barba negra sin su ayuda. Adiós, Artiomov. Le deseo mucho éxito en la maduración.

—¡Pero oiga, Antonina Ivanovna...! ¡Tonia...!

Pero ya había salido de la habitación.

¿Ir tras ella? ¿Volverla? ¿Decirle que estoy de acuerdo...? ¡No, no! Es necesario demostrar carácter. Ahora o nunca.

Y yo mantuve mi carácter toda la tarde, toda una noche de insomnio, toda la brumosa mañana del día siguiente. En el laboratorio no podía ni mirar las ciruelas objeto de mis experimentos.

Tonia, claro, va a ir sola. Ella no va a ceder ante ningún obstáculo. ¿Qué va a suceder en el Pamir, cuando encuentre al de la barba negra y a través de él a Paley? Si yo pudiera estar en el encuentro, se aclararían mis muchas dudas. Yo no voy a ir con Tonia, esto significa la ruptura. No en balde, al marchar, ella dijo «adiós». Pero hay que mantener la posición, hay que demostrar carácter. Ahora o nunca.

Está claro que yo no voy a ir. Pero no hay que ser descortés, aunque sólo sea por amabilidad, tengo que ayudar a Tonia a prepararse para el viaje.

Y he aquí que no habían dado aún las cuatro, y saltaba los peldaños de cinco en cinco, bajando del cuarto piso. Al igual que un héroe del cine norteamericano, subí en marcha al trolebús y corrí hacia casa. Parece ser que irrumpí sin llamar en la habitación de Tonia y grité:

—¡Voy con usted, Antonina Ivanovna!

No sé para quién fue mayor sorpresa esta exclamación, para ella o para mí mismo. Creo que para mí.

Así me encontré arrastrado en esta cadena de inverosímiles aventuras.

II - El demonio de la indomabilidad

Recuerdo confusamente nuestro viaje desde Leningrado hasta el misterioso Ketz. Me encontraba demasiado agitado por nuestra marcha inesperada, turbado por mi propio proceder, deprimido por la energía de Tonia.

Tonia no quería perder ni un solo día y compuso el itinerario de nuestro viaje utilizando los más modernos medios de comunicación existentes.

Desde Leningrado a Moscú volamos en avión. En la elevación de Baldaisk fuimos zarandeados lo suficiente para que yo, que no aguanto el balanceo por mar ni por el aire, me sintiera indispuesto. Tonia cuidaba solícita de mí. Por el camino empezó a tratarme con más dulzura, en una palabra, mejoró. Yo me maravillaba más y más: ¡cuánta fuerza, ternura femenina y solicitud en esta joven! La preparación del viaje me dejó rendido. A pesar que había trabajado más que yo, en ella esto no hizo mella. Siempre estaba alegre y a menudo canturreaba no sé qué canciones.

En Moscú transbordamos a un avión estratoplano polirreactivo Tziolkovsky, que efectuaba el tramo directo Moscú-Tashkent.

Este avión desarrollaba una velocidad asombrosa. Tres cigarros metálicos unidos por sus lados entre sí y por el timón de cola, cubiertos por una ala, así era el aspecto exterior del estratoplano. Tonia en seguida se puso al corriente de las características de su construcción, y me explicaba que los pasajeros y pilotos

viajaban en el cuerpo de la izquierda, en el de la derecha el carburante, y en el cuerpo central se hallaban la hélice, el compresor de aire, el motor y todo el sistema de refrigeración; que el avión se movía por la fuerza de la hélice y la repercusión de los productos que quemaba. Hablaba también sobre no sé qué interesantes pormenores, pero yo la escuchaba distraídamente: el efecto de tanta novedad me deprimía. Recuerdo que entramos en una cabina que se cerraba herméticamente y que nos sentamos en unos sillones muy cómodos. El estratoplano corrió por unos rieles, adquirió velocidad —cien metros por segundo— y se elevó en el aire. Volábamos a gran altura —quizá en los límites de la troposfera— con velocidad de mil kilómetros por hora. Dijeron que esta velocidad no era su límite.

No tuve tiempo de sentarme bien y ya habíamos traspasado los límites de la República Federal Rusa. La masa de nubes impedía el ver la tierra. Cuando las nubes empezaron a clarear, vi en la profundidad, debajo nuestro, una superficie grisácea. Parecía más profunda en el centro y elevada en el horizonte, como una cúpula gris vuelta al revés.

—Las estepas de Kirgisia —dijo Tonia.

—¿Ya? ¡Esto sí que es velocidad!

Un vuelo así satisfacía incluso la impaciencia de Tonia.

Delante brilló el Mar de Aral. Y en la cabina se hablaba ya no sobre Moscú, la cual acabábamos de dejar, sino sobre Tashkent, Andijan, Kokand.

No tuve tiempo de ver Tashkent. Con la rapidez del rayo tomamos tierra, y ya después de un minuto corríamos en automóvil hacia la estación del tren superrápido reactivo con el nombre del mismo Tziolkovsky. Este primer tren reactivo «Tashkent-Andijan» corría a velocidades no inferiores al estratoplano que acabábamos de dejar.

Vi un largo vagón de forma aerodinámica sin ruedas. El fondo del vagón descansaba en una pista de hormigón que se elevaba sobre el suelo. Por ambos lados del vagón había una especie de brazos salientes, que llegaban hasta los costados de la pista. Estos daban estabilidad al vagón en las curvas.

Supe que en este tren se bombeaba aire a presión debajo del vagón y por unas toberas especiales salía despedido hacia atrás. De esta manera, el vagón volaba sobre una delgada almohada de aire. La fricción se reducía al mínimo. El movimiento se obtenía al lanzar hacia atrás los chorros de aire y el vagón desarrollaba tal velocidad que, en su carrera, atravesaba pequeños riachuelos sin necesidad de puentes.

Subí al vagón, me senté con recelo y muy pronto se puso en movimiento.

La velocidad de la «corrida-vuelo» era en efecto extraordinaria. A través de las ventanillas el paisaje se difundía en rayas grises amarillentas. Tan sólo el cielo azul aparecía como de ordinario, pero las blancas nubes corrían hacia atrás con extraordinaria rapidez. Lo reconozco, a pesar de todas las comodidades de este nuevo método de comunicación, no pude por menos de esperar con impaciencia el final de nuestro corto viaje. He aquí que abajo centelleó un río, y en un instante lo pasamos sin puente alguno. Yo lancé una exclamación y sin poderlo evitar me levanté de mi asiento. Al ver tal atraso y provincianismo, todos los pasajeros se pusieron a reír ruidosamente. Tonia, al revés, se puso a aplaudir entusiasmada.

—¡Esto sí que me gusta! ¡Esto es correr! —decía ella.

Yo ansiosamente ojeaba por la ventanilla: ¿cuándo va a terminar este turbio centellear?

En Andijan pedí un poco de reposo. Me hacía falta descansar después de todas estas superveloces carreras. Pero Tonia no quiso ni escucharme. Parecía dominada por un demonio indómito.

—Vas a estropearme todo mi gráfico. En mi horario concuerda todo con exactitud cronométrica.

Y nuevamente, como llevados por el mismo diablo, corrimos al aeródromo.

El camino desde Andijan a Osha lo hicimos en avión ordinario. Su velocidad normal, no pequeña por cierto —cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora— le pareció a Tonia de tortuga. Por si fuera poco, un motor empezó a ratear y tuvimos que efectuar un aterrizaje forzoso. Mientras el mecánico reparaba el motor, yo salí de la cabina y me tumbé en la arena. Pero ésta era caliente en extremo. El sol abrasaba con sus rayos perpendiculares y no tuve más remedio que volver a la sofocante cabina.

Sudando a mares, maldecía en mi interior el viaje y soñaba con la fresca llovizna de Leningrado.

Tonia estaba nerviosa, temiendo retrasarse en Osha al despegue del dirigible. Para desdicha mía, no llegamos tarde y aterrizamos en el aeródromo con media hora de anticipación a la salida del dirigible. Este gigante metálico debía trasladarnos a la ciudad de Ketz. Corrimos hacia la torre de amarre, subimos rápidamente en el ascensor y entramos en la góndola.

El viaje en el dirigible dejó en mí un agradable recuerdo. Los camarotes de la góndola estaban refrigerados y bien ventilados. La velocidad era tan sólo de doscientos kilómetros por hora. Ni balanceo, ni trepidaciones y ausencia absoluta de polvo. Almorzamos magníficamente en la sala de oficiales. En la sobremesa se oían nuevas palabras: Alay, Karakul, Jorog...

El Pamir desde las alturas me produjo una impresión bastante sombría. No en balde este «techo del mundo» es también llamado «estribo de la muerte». Ríos de hielo, montañas, desfiladeros, morrenas, paredes de hielo y nieve coronadas por dientes de piedra negra, eran los adornos fúnebres de estas montañas. Y abajo en las profundidades tan sólo pastos de un intenso verdor.

Uno de los pasajeros, alpinista, mostrando los picos cubiertos de hielo con tonalidades verdosas explicó a Tonia:

—Esto es un glaciar liso, éste es de agujas, el de allí es quebrado, más allá forma olas y más abajo escaleras...

De pronto resplandeció la lisa superficie de un lago.

—Karakul. Altura: tres mil novecientos noventa metros sobre el nivel del mar —dijo el alpinista.

—¡Mire, mire! —me llama Tonia.

Miro. Un lago como otro cualquiera. Brilla. Y Tonia se maravilla:

—¡Qué hermosura!

—Sí, un lago brillante —digo yo, para no ofender a Tonia.

III - Me transformo en detective

Bueno, ya vamos a aterrizar. Veo desde el dirigible la vista general de la ciudad. Está situada en un valle muy largo y estrecho, entre altas montañas con picos cubiertos de nieve. El valle va casi en dirección recta de oeste a este. Cerca de la misma ciudad el valle se ensancha. En la parte sur de la ciudad, en su extremo, hay un gran lago. El alpinista dice que es muy profundo.

Unas doscientas casas brillan con sus planos tejados metálicos. La mayoría de ellos son blancos como el aluminio, pero los hay también oscuros. En la vertiente norte de la montaña hay grandes edificios con cúpula, seguramente son observatorios. Más allá de las casas de vivienda se ven los grandes cuerpos de las fábricas.

Nuestro aeródromo está situado, en la parte oeste de la ciudad, al este se ve un extraño camino de hierro de grandes y anchas vías. Este va hasta el final del valle y allí, por lo visto, queda cortado.

¡Al fin tierra firme!

Nosotros vamos al hotel. Yo me niego a recorrer la ciudad, estoy cansado del viaje, y Tonia caritativa me deja ir a descansar. Me saco las botas y me tumbo en el ancho diván. ¡Qué bienestar! En mi cabeza siento aún toda clase de ruidos de motores, los ojos se me cierran. ¡Bueno, ahora sí que voy a descansar bien!

Parece como si llamaran a la puerta. O es que aún oigo los zumbidos de los motores... Vaya, en verdad están llamando. ¡Qué inoportunos!

—¡Entren! —chillo enfadado mientras me levanto del diván.

Aparece Tonia. Parece que se ha propuesto hacerme perder los estribos.

—¿Qué tal ha descansado? Vámonos —dice ella.

—¿Adónde vamos? ¿Por qué vamos? —grito yo.

—¿Cómo que dónde? ¿A qué hemos venido aquí?

Bueno, está bien. Hemos venido a buscar una persona con barba negra. Entendido... Pero ya es tarde y sería mejor empezar nuestras pesquisas mañana al amanecer. Por otra parte veo que es inútil protestar. Callo y me pongo mi gabardina, pero Tonia solícita me previene:

—Póngase el abrigo de pieles. No olvide que nos encontramos a algunos miles de metros de altura, y el sol ya se ha puesto.

Me pongo mi abrigo de pieles y salimos a la calle.

Aspiro el aire helado y siento que se me hace difícil respirar. Tonia se da cuenta como «bostezo», y dice:

—Usted no está acostumbrado al aire enrarecido de estas alturas. No es nada, pronto pasará.

—Es extraño que en el hotel no lo haya notado —digo asombrado.

—Es que en el hotel el aire es más denso, hay compresores —me dice Tonia—. No todo el mundo está acostumbrado al aire de las montañas. Algunos ni tan sólo salen a la calle y con ellos se efectúan las consultas en casa.

—¡Qué lástima que este privilegio no lo tengan los especialistas en búsquedas de barbas negras! —repuse yo tristemente.

Íbamos por las calles de esta ciudad limpia y bien iluminada. Aquí estaba el pavimento más liso y más fuerte del mundo: de granito natural, nivelado y pulido. Un pavimento monolítico.

Frecuentemente nos encontrábamos con barbas negras; por lo visto, entre los habitantes había muchos meridionales.

Tonia cada minuto me tiraba de la manga y me preguntaba:

—¿No es él?

Yo sombríamente meneaba la cabeza. Sin darnos cuenta llegamos a orillas del lago.

De pronto oímos el aullar de una sirena. El eco repercutió en las cumbres, y las encolerizadas montañas respondieron con melancólico sonido. Resultó un concierto que helaba el alma.

En las orillas del lago se encendieron luminosos faroles y el lago se iluminó como un espejo en un marco de diamantes. Seguidamente se encendieron

decenas de potentes proyectores que dirigían sus rayos azules hacia el espejado cielo vespertino. La sirena se calló. Cesó su eco en las montañas. Pero la ciudad despertó.

En el lago, cerca de sus orillas, empezaron a correr rápidas canoas y botes. Una masa de gente afluía hacia el lago.

—Pero, ¿adónde mira usted? —oí la voz de Tonia.

Esta expresión me recordó mi triste obligación. Resueltamente me volví de espaldas al lago, a las luces, y empecé a buscar entre la masa de gente a los barbudos.

En una ocasión me pareció que había visto al desconocido de la barba. Quería decírselo a Tonia, cuando de pronto ella exclamó:

—¡Mire, mire! —y señalaba hacia el cielo.

Vimos una estrella dorada, que se acercaba a la tierra. La muchedumbre enmudeció. En el silencio que prosiguió se oía un trueno lejano. ¡Un trueno en el despejado cielo! Los montes recogieron este tronido y con sordo canon respondieron. El estruendo aumentaba cada segundo y la estrella aumentaba de volumen. Detrás de ella se veía ya claramente una estela de humo y muy pronto la estrella se convirtió en un cuerpo en forma de cigarro con aletas. Esto sólo podía ser una nave interplanetaria. En el gentío se oían estas exclamaciones:

—¡«Ketz-siete»!

—¡No, es «Ketz-cinco»!

El cohete de pronto describió un pequeño círculo y volvió su proa hacia abajo. Una llama escapó de su cuerpo y más lentamente empezó a descender hacia el lago. Su longitud sobrepasaba a la de la más grande locomotora. Y pesaba, seguramente, no menos.

Y he aquí que esta pesada mole se quedó como suspendida en el aire a unas decenas de metros de la superficie del agua. La fuerza de los gases de las explosiones la sostenían en esta posición. Los gases rizaban y agitaban la superficie del agua. Columnas de humo se extendían por el lago.

Luego el cigarro metálico fue bajando imperceptiblemente y pronto su proa llegó a tocar el agua. Ésta se agitó, borboteó y empezó a hervir. Una nube de vapor envolvió al cohete. Las explosiones cesaron. Entre el vapor y el humo apareció un momento el agudo extremo superior del cohete y volvió a desaparecer bajo el agua, levantando una gran masa de líquido. Grandes olas se extendieron por el lago balanceando a las canoas. Unos segundos más tarde apareció de nuevo la brillante estructura del cohete entre los rayos de los proyectores, balanceándose en la superficie del lago.

La muchedumbre, con unánimes gritos, aplaudía a los navegantes. Una flotilla de lanchas motoras se lanzó hacia el flotante cohete, como peces-golondrinas hacia la ballena. Una pequeña lancha motora negra lo tomó a remolque arrastrándolo hasta el puerto. Dos potentes tractores sacaron al cohete a la orilla a través de un puente especialmente construido para el caso. Finalmente, se abrió la escotilla y salieron de la nave los viajeros interplanetarios.

El primero de ellos empezó a estornudar ruidosamente en el momento de salir. Entre la muchedumbre se oyeron risas y exclamaciones: ¡Jesús!

—Cada vez la misma historia —exclamó el que acababa de llegar—. En cuanto llego a la Tierra, el consiguiente constipado.

Yo miraba con interés y respeto al hombre que acababa de llegar de los espacios infinitos. ¡En verdad que hay hombres audaces! Yo por nada del mundo me decidiría a volar en un cohete.

Se recibía a los recién llegados con alegría, eran preguntados ininterrumpidamente, la muchedumbre los envolvía, les daban la mano. Luego subieron a un automóvil y se fueron. El gentío empezó a disolverse. Las luces se apagaron. De pronto noté que mis pies se estaban helando. Estaba tiritando y me daban náuseas.

—Está usted morado —se compadeció de mí, al final, Tonia—. Vámonos a casa.

En el vestíbulo del hotel me recibió un hombre regordete y calvo. Moviendo la cabeza, me dijo:

—Usted, joven, soporta mal estas alturas.

—Estoy helado —contesté.

En el acogedor comedor entablé conversación con este individuo, que resultó ser médico. Mientras tomábamos el té, yo le pregunté por qué a la ciudad y al cohete recién llegado les daban el mismo nombre de Ketz.

—Y a la estrella también —contestó el Doctor—. La estrella Ketz. ¿Ha oído hablar de ella? Precisamente proviene todo de ella. La ciudad ha sido creada para ella. ¿Y el porqué de Ketz? ¿De veras no puede adivinarlo? ¿De quién era el sistema de estratoplano en el cual voló usted hasta aquí?

—Me parece, de Tziolkovsky —respondí yo.

—Me parece... —dijo el doctor con reprobación—. No parece, sino que así es en efecto. El cohete que acaban de ver también fue construido según sus planos y asimismo la estrella. Y por eso se llama Ketz: Konstantin Eduardovich Tziolkovsky, ¿Comprendido?

—Así es —contesté—. Pero, ¿qué es esto de estrella Ketz?

—Es un satélite artificial de la Tierra. Una estación-laboratorio aérea, con cohetódromo para los cohetes de comunicaciones interplanetarias.

IV - Persecución fracasada

Hacía tiempo que no había dormido como esta noche. Y habría dormido hasta las doce del mediodía, si no me hubiera despertado Tonia a las seis de la mañana.

—De prisa, a la calle —dijo ella—. Ahora van a ir al trabajo los obreros y empleados.

Y de nuevo, desde la mañana temprano, tuve que reanudar mis funciones detectivescas.

—¿Y no sería mejor preguntar en un centro de información si reside o no Paley en esta ciudad?

—Vaya pregunta inocente —contestó Tonia—. Ya en Leningrado me informé de esto...

Íbamos por el pavimento monolítico. El sol iluminaba ya desde las altas montañas, pero yo tenía escalofríos, y respirar se me hacía dificultoso. Los glaciares reflejaban los rayos del sol con deslumbradora brillantez.

Llegamos a un pequeño jardín botánico, fruto del trabajo de los horticultores del lugar en la difícil aclimatización de los vegetales a estas alturas. Antes de la construcción de la ciudad de Ketz, aquí, a la altura de algunos miles de metros, no crecía ni la hierba.

El paseo me cansó. Yo propuse descansar un poco. Tonia, complaciente, aceptó. Nos sentamos.

A nuestro alrededor desfilaba un torrente humano. Hablaban en voz alta, reían; en resumen, ellos se sentían completamente normales.

—¡Es él! —grité de pronto.

Tonia se levantó de un salto, me tomó la mano y nos pusimos a correr tras el coche. El automóvil corría por la recta avenida que llevaba al cohetódromo.

Se hacía difícil correr. Yo me asfixiaba. Me venían náuseas. La cabeza me daba vueltas, las piernas me tambaleaban. Esta vez Tonia se sentía mal, pero a pesar de esto continuaba corriendo.

Corrimos así durante unos diez minutos. Veíamos el automóvil del de la barba negra a lo lejos aún. De pronto Tonia atravesó la calzada y, levantando los brazos en alto, interceptó el camino a un coche que venía en dirección contraria. El automóvil frenó en seco. Tonia entró rápidamente en él y tiró de mí.

El chofer nos miraba perplejo.

—¡Vuele tras aquel coche! —ordenó Tonia en tono tan autoritario que el chofer, sin decir palabra, dio la vuelta y apretó el acelerador.

La carretera era magnífica. Pronto dejamos atrás las últimas casas. Y delante de nosotros, como en la palma de la mano, se hallaba el cohetódromo. En las anchas vías había un cohete, parecido a un gigantesco siluro. Cerca del cohete había algunas personas. Súbitamente sonó una sirena. Las gentes se alejaron rápidamente del cohete. Éste se puso en movimiento sobre los rieles, aumentando su velocidad ostensiblemente hasta llegar a una carrera increíble. Hasta el momento no se servía de explosiones aún y se movía utilizando tan sólo la fuerza de la corriente eléctrica que obtenía de los rieles, como un tranvía. La vía subía con una inclinación de unos treinta grados. Cuando faltaba cosa de un kilómetro para llegar al final de la rampa, surgió una enorme llamarada de la cola del cohete. Una columna de humo lo envolvió. Después de esto llegó hasta nosotros una explosión ensordecedora. Unos segundos después una fuerte onda de aire llegó hasta nosotros. El cohete, dejando tras de sí una columna de humo, se enderezó hacia el cielo, rápidamente fue empequeñeciéndose hasta llegar a ser sólo un punto negro y se esfumó.

Llegamos hasta el mismo cohetódromo. Pero, ¡ay!, el de la barba negra no estaba entre los que se habían quedado.

V - Candidato a vivir en el cielo

Tonia se mezcló entre la muchedumbre y empezó a preguntar a todo el mundo: ¿no habían visto a un hombre con barba negra?

Las gentes se miraban, hacían memoria, y, finalmente, un hombre vestido de piel blanca con una visera también blanca dijo:

—Ese será seguramente Evgenev.

—Claro, Evgenev. Hoy no había otro con barba negra —confirmó otro.

—¿Dónde está? —preguntó con agitación Tonia.

El hombre levantó el brazo señalando hacia el cielo.

—Allí. Está traspasando la estratosfera. Camino de la Estrella Ketz.

Tonia palideció. La tomé por el brazo y la lleve al taxi.

—Vamos al hotel —dije.

Tonia estuvo callada todo el camino. Sumisamente apoyada en mi brazo subió la escalera. La llevé a la habitación y la senté en un sillón. Así quedó, sentada, con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos cerrados. ¡Pobre Tonia! ¡Con qué agudo sentimiento sufre su fracaso! Pero al menos ahora ha terminado todo. No vamos a estar esperando en la ciudad de Ketz hasta que regrese el de la barba negra de su viaje interplanetario.

Poco a poco, la cara de Tonia empezó a animarse. Sin abrir aún los ojos, de pronto sonrió.

—El de la barba negra ha volado hacia Ketz. ¡Pues muy bien, nosotros vamos a seguirle!

Al oír estas palabras casi me caí de la silla.

—¡Volar en un cohete! ¡Hacia el negro abismo del cielo…!

Yo dije esto en un tono tan trágico y con tal pavor, que Tonia soltó una carcajada.

—Creía que usted era más valiente y decidido —dijo ella ya seria e incluso con un poco de amargura—. De todas maneras, si usted no quiere acompañarme, puede irse a Leningrado o a Armenia, donde usted quiera. Ahora ya sé el nombre del de la barba negra puedo prescindir de usted. Y ahora vaya a su habitación y túmbese en la cama. Tiene muy mala cara. Las grandes alturas y el mundo de las estrellas no son para usted.

Sí, en verdad, yo me sentía bastante mal y gustosamente habría cumplido las órdenes de Tonia. Pero mi amor propio estaba afectado. En aquel momento lo que más me interesaba era quedarme en la Tierra y lo que más temía era perder a Tonia. ¿Qué sentimiento sería más fuerte? Mientras vacilaba mi lengua decidió por mí.

—¡Antonina Ivanovna! ¡Tonia! —exclamé—. Estoy orgulloso porque me invite ahora a acompañarle, cuando ya no le hago falta, para buscar al de la barba negra. ¡Yo también voy!

Ella sonrió dulcemente y me alargó la mano.

—Gracias, Leonid Vasilevich. Ahora debo contárselo todo, pues he visto como sufría debido a Paley, al que busco con tal ahínco. Reconózcalo, usted más de una vez ha tenido en la cabeza el pensamiento que Paley se fue de mi lado y que yo, como una obstinada enamorada, voy detrás de él por el mundo, con esperanzas de recobrar su amor.

Enrojecí involuntariamente.

—Pero usted tuvo tanto tacto, que no me hizo ninguna pregunta. Pues bien, sépalo: Paley es mi amigo y camarada de Universidad. Es un joven científico de talento superior; es además inventor. De naturaleza apasionada e inconstante. Nosotros, aún en el último curso de la Universidad, empezamos un trabajo científico que prometía hacer una revolución en electromecánica. El trabajo lo dividimos e íbamos cada cual por su parte hacia un solo objetivo, como los trabajadores que abren brecha en un túnel, cada uno por su parte, para encontrarse en un punto. Habíamos llegado ya al objetivo. Todos los apuntes los llevaba Paley en su libreta de notas. Inesperadamente fue enviado en comisión de servicios a Sverlovsk. Se fue con tanta prisa que no me dejó la libreta. Siempre fue muy distraído. Yo le escribí a Sverlovsk, pero no recibí contestación. Desde entonces se perdió para mí, como una gota de agua en el mar. En Sverlovsk supe que había sido trasladado a Vladivostok pero allí se perdió su pista. Probé a continuar el trabajo sola. Pero me faltaban una serie de fórmulas y cálculos que había hecho Paley. Algún día le contaré más detenidamente sobre este trabajo. Este se convirtió para mí en idea persecutoria, en una pesadilla. Me estorbaba para dedicarme a otros trabajos. Dejar a medio camino un problema de tantas perspectivas, aún ahora no puedo comprender esta inconstancia de Paley. Ahora usted comprenderá por qué las noticias sobre él me agitaron tanto. Y esto es todo… Usted verdaderamente tiene muy mala cara. Márchese y duerma.

—¿Y usted?

—Yo también intentaré descansar un poco.

Pero Tonia no podía descansar. Se dirigió a la sección de cuadros de la dirección general de Ketz y allí supo que se podía llegar a la estrella Ketz firmando contrato para trabajar allí. Se necesitaban físicos y biólogos. Y Tonia, sin pensarlo mucho, contrató a los dos para un año.

Entró alegre en mi habitación y, animada, empezó a relatarme sus aventuras. Luego sacó de su cartera de piel lila los impresos, su pluma estilográfica y me los tendió.

—Aquí tiene su solicitud. Fírmela.

—Sí, pero..., el plazo de un año...

—No se preocupe. Ya me he informado que la dirección no se atiende muy rigurosamente a las condiciones del contrato. La situación poco común, las condiciones climatológicas y demás, se tienen en consideración. Y si alguien no soporta bien aquello...

—¿El clima? ¿Qué clima hay allí?

—Yo me refiero a los locales habitables de Ketz. Allí se puede organizar cualquier clima, con la temperatura y humedad del aire necesarios.

—¿O sea, que allí hay una atmósfera tan enrarecida como aquí, en las alturas del Pamir?

—Sí, aproximadamente igual —me contestó Tonia Sin gran seguridad, y añadió rápidamente—: O un poco menos. En esto, seguramente, está el principal obstáculo para usted. Los candidatos a ir a la Estrella tienen que pasar un duro examen físico. Los que sufren del mal de las alturas son desechados.

Yo, en realidad, me alegré mucho al saber que aún tenía un camino honroso de retirada. Sin embargo, Tonia me consoló en seguida:

—¡Pero de alguna manera arreglaremos eso! Yo he oído que allí hay habitaciones con la presión atmosférica normal. Luego la presión disminuye gradualmente y los forasteros se acostumbran pronto. Hablaré con el doctor de su caso.

Yo me puse fuera de mí y, con desesperación, me agarré a mi último argumento:

—¿Y qué va a pasar con mi trabajo en la Tierra?

Tonia tenía ya la contestación preparada:

—¡No hay nada más fácil! Ketz es una institución con mucha autoridad y será suficiente comunicar al lugar de trabajo que usted ha sido contratado, para que, inmediatamente, le dejen libre. Sin tan sólo su salud aguantara... ¿Cómo se encuentra? —Y tomó mi mano para controlar el pulso.

—¡Bueno, cuando un doctor así te toca la mano, sin querer respondes: «Perfectamente»!

—Mucho mejor. Pronto, firme los papeles y me iré a ver al doctor.

Así, sin tener tiempo de pensarlo, me encontré enrolado para vivir en el cielo...

—¿Debilidad? ¿Se le pone la piel azul? ¿Vértigo? ¿Náuseas? —me interrogaba el doctor—. ¿No tuvo vómitos?

—No, tan sólo tuve fuertes náuseas cuando corríamos detrás del automóvil.

El doctor se quedó pensativo cosa de un minuto y dijo:

—Usted sufre de la enfermedad en ligero grado.

—¿O sea, puedo volar, doctor?

—Sí. Creo que puede. En el cohete, claro, hay tan sólo una décima parte de la presión atmosférica normal; en compensación, usted respirará oxígeno puro, sin mezclas de cuatro quintos de nitrógeno, como en la atmósfera terrestre. Esto es completamente suficiente para la respiración. Y en la Estrella Ketz hay cámaras

interiores con presión normal. La Estrella se halla sólo a una altura de mil kilómetros.

—¿Cuántos días durará el vuelo? —pregunté.

El doctor me miró de soslayo burlonamente.

—Veo, que usted entiende muy poco de viajes interplanetarios. Pues sí, querido amigo, el cohete tarda hasta la Estrella unos ocho o diez minutos... Pero como hay que trasladar a personas no avezadas, el vuelo se prolonga un poco más. Para aprovechar la fuerza centrífuga, el cohete vuela con un ángulo de veinticinco grados con respecto al horizonte y en dirección a la rotación de la Tierra. Los primeros diez segundos la velocidad aumenta hasta quinientos metros por segundo y tan sólo durante el tiempo de vuelo a través de la atmósfera disminuye algo la velocidad, para que luego, cuando la atmósfera empieza a enrarecerse, aumente de nuevo.

—¿Por qué la velocidad disminuye durante el vuelo a través de la atmósfera? ¿Frenando?

—El frenado puede ser superado, pero es que durante el vuelo en la atmósfera a grandes velocidades, la fricción del cohete con ella hace que la envoltura exterior se caliente en extremo y también que aumente la sobrecarga. Y sentir que nuestro cuerpo aumenta de peso en diez veces, no es muy agradable que digamos.

—¿Y no nos quemaremos con la fricción de la envoltura exterior con la atmósfera? —pregunté receloso.

—No, aunque puede ser que suba un poco. Pues la envoltura del cohete la forman tres capas. La interior es de metal duro, con ventanillas de cuarzo recubiertas de cristal ordinario, y con puertas que cierran herméticamente. La segunda es refractaria, de material que casi no transmite el calor. Y la tercera, exterior, a pesar de ser relativamente delgada, es de metal extraordinariamente refractario. Si la envoltura exterior llega a calentarse hasta el rojo, la intermedia retiene el calor y no lo deja penetrar al interior del cohete; además la refrigeración es inmejorable. Un gas refrigerante circula sin interrupción entre las envolturas, filtrándose a través de un material poroso y refractario que separa las envolturas entre sí.

—Usted, doctor, es un verdadero ingeniero —dije yo.

—Qué le vamos a hacer. Es más fácil adaptar el cohete al organismo humano, que el organismo a condiciones anormales. Por esto los técnicos no tienen más remedio que trabajar en contacto con nosotros. Si hubiera visto los primeros experimentos. ¡Cuántos fracasos! ¡Víctimas!

—¿Y hubo víctimas humanas?

—Sí, también humanas.

Sentí un hormigueo en la espalda. Pero era ya tarde para retroceder.

Cuando volví al hotel, Tonia me comunicó muy alegre:

—Ya lo sé todo. Se ha arreglado todo maravillosamente. Volamos mañana al mediodía. No se lleve nada de sus cosas. Temprano, antes del vuelo, nos bañaremos y pasaremos por la cámara de desinfección. Recibiremos ropa y vestidos esterilizados. El doctor me comunicó que está usted perfectamente bien de salud.

Yo oía a Tonia como en sueños. No supe contestarle nada. El miedo me había paralizado. No creo valga la pena hablar de cómo pasé mi última noche en la Tierra, ni de todo lo que pasó por mi cerebro...

VI - El «Purgatorio»

Llegó la mañana. La última mañana en la Tierra. Miré con tristeza por la ventana de mi habitación; el sol iluminaba resplandeciente. No tenía apetito pero me impuse a mí mismo y desayuné. Seguidamente me dirigí a «limpiarme» de los microbios terrestres. Esto duró más de una hora. El médico bacteriólogo me habló de cifras astronómicas, miles de millones de microbios habitaban en mis vestidos. Resulta que yo llevaba en mí el tifus, el paratifus, la disentería, la gripe, la tosferina y hasta casi el cólera. En mis manos fueron descubiertos bacilos del carbunclo y de la tuberculosis. Mis botas estaban infectadas de una serie de microbios de raras enfermedades. En mis bolsillos, el tétanos. En los pliegues de mi gabán, fiebres de malta y afta. En el sombrero, rabia, viruela, erisipela... Ante todas estas novedades yo empecé a temblar. ¡Cuántos invisibles enemigos aguardaban el momento de caer sobre mí y tumbarme! Se diga lo que se diga, la Tierra tiene sus peligros. Esto me concilió un poco con la idea del próximo viaje a las estrellas.

Fue necesario soportar un lavado de estómago e intestinos, además de someterme a nuevas radiaciones con aparatos desconocidos. Estos debían eliminar a los microbios dañinos que se encontraban en el interior de mi cuerpo. Terminé bastante atormentado.

—Doctor —dije yo—. Todas estas precauciones no van a dar ningún resultado. En cuanto salga de aquí, los microbios de nuevo van a lanzarse sobre mí.

—Esto es verdad, pero usted, cuando menos, se ha librado de aquellos microbios que había traído de la gran ciudad. En un metro cúbico de aire del centro de Leningrado hay miles de bacterias; en los parques sólo centenares, y ya en las alturas de Isaakiya tan sólo decenas. Aquí, en el Pamir, unidades. El frío y el fuerte sol, la ausencia de polvo y el clima seco son excelentes desinfectantes. En la Estrella Ketz tendrán que pasar de nuevo por el «purgatorio». Aquí la limpieza ha sido sólo superficial. Allí será a fondo. ¿Desagradable? Qué se le va a hacer. En compensación, ustedes podrán estar tranquilos porque no van a padecer ninguna enfermedad infecciosa. Cuando menos allí el peligro se ha reducido al mínimo. Aquí el riesgo es mucho mayor.

—Esto es muy consolador —dije yo, mientras me vestía con las ropas desinfectadas—, a menos que uno se queme, se asfixie, o...

—Quemarse y asfixiarse es posible también en la Tierra —me interrumpió el doctor.

Cuando salí a la calle, nuestro coche nos estaba ya esperando. Pronto Tonia salió de la sección femenina de cámaras de desinfección. Sonrió y se sentó a mi lado. El automóvil se puso en marcha.

—¿Se ha lavado bien?

—Sí, el baño era excelente. Me he quitado de encima trescientos cuatrillones doscientos trillones cien billones de microbios.

Miré a Tonia. Fresca, bronceada, en sus mejillas aparecía el rojo. Ella se hallaba completamente tranquila, como si nos dirigiéramos al parque a dar un paseo. Sí, he hecho bien en aceptar volar con ella...

Mediodía. El sol cae casi vertical sobre nuestras cabezas. El cielo es azul, transparente como cristal de roca. Brilla en las montañas la nieve, azulean los helados ríos de los glaciares, abajo rumorean alegres los arroyos formando pequeñas cascadas, más abajo verdean los campos, y en ellos, como bolitas de nieve, se ven rebaños de ovejas que pacen. A pesar del caliente sol, el viento trae el helado aliento de las montañas. ¡Qué bonita es nuestra Tierra! Y dentro de

algunos minutos la voy a abandonar para volar hacia el negro abismo del cielo. Verdaderamente, estas cosas es mejor leerlas en las novelas...

—¡Mire, nuestro cohete! —gritó Tonia con alegría—. Se parece a una vejiga de pescado. Vea, el regordete doctor ya nos espera.

Salimos del automóvil, y yo como de costumbre ofrecí la mano al doctor, pero él las escondió rápidamente.

—No olvide que está usted desinfectado. No toque nada terrestre.

¡Ay! He renunciado a la Tierra. Menos mal que Tonia también es «celeste». La tomé de la mano, y nos dirigimos al cohete.

—He aquí nuestra obra —dijo el doctor, señalando el cohete—. Vean que no tiene ruedas. En lugar de rieles, se desliza por canales de acero. En el cuerpo del cohete hay unos pequeños hoyos para las bolas, y él resbala sobre éstas. La corriente para la carrera de despegue la proporciona una central eléctrica terrestre. Como conductor de la misma, sirve el canal de acero... Usted ya tiene un color de cara normal. ¿Se acostumbra? Muy bien, muy bien. Transmitan mis saludos a los habitantes celestes. Ruegue a la doctora Anna Ignatevna Melles, me transmita con el cohete «Ketz-cinco» el informe mensual. Es una mujer muy simpática. Una doctora con la menor práctica del mundo. Pero de todas maneras no le falta trabajo...

El aullar de la sirena ahogó las palabras del doctor. Se abrió la escotilla del cohete. Descendió la escalera.

—¡Bueno, ya es hora! ¡Que lo pasen bien! —exclamó el doctor escondiendo de nuevo las manos a la espalda—. ¡Escriban!

La escalera tenía tan sólo diez peldaños pero mientras subía por ellos, mi corazón latía como si quisiera salir del pecho. Detrás de mí subió Tonia, luego el mecánico. El piloto hacía ya mucho que estaba en su sitio. Con dificultad nos instalamos en la estrecha cámara, iluminada por una lámpara eléctrica. La cámara era parecida a la cabina de un pequeño ascensor.

La puerta se cerró suavemente. «Como la tapa de un ataúd», pensé yo.

Los vínculos con la Tierra estaban rotos.

VII - Un corto viaje

Los postigos de las ventanillas de nuestra cabina estaban cerrados; yo no vi lo que pasaba en el exterior y con los nervios en tensión esperaba la primera sacudida. Las saetas del reloj se juntaron en las doce, pero nosotros continuábamos completamente inmóviles. Es raro. Por lo visto, algo hacía retrasar nuestro despegue.

—¡Parece que nos movemos! —exclamó Tonia.

—Yo no noto nada.

—Esto, seguramente, es debido a que el cohete va lenta y suavemente sobre sus ruedas-bolas.

De pronto sentí una suave presión que me echaba hacia el respaldo del sillón.

—¡Claro que nos movemos! —exclamó Tonia—. ¿Lo nota? La espalda presiona más y más al respaldo.

—Sí, empiezo a sentirlo.

Resonó el estrépito de una explosión que fue dilatándose hasta llegar a un aullido. El cohete empezó a temblar. Ahora ya no había ninguna duda: volábamos. A cada segundo aumentaba el calor. El centro de gravedad fue desplazándose hacia la espalda. Finalmente parecía que no estuviera sentado en

el sillón, sino acostado en la cama, levantando hacia mí las piernas dobladas por las rodillas. Evidentemente, el cohete tomaba la posición vertical.

—Parecemos escarabajos vueltos patas arriba —dijo Tonia bromeando.

—Y además aplastados con un buen ladrillo —añadí yo—. Siento bastante presión en el pecho.

—Sí. Y los brazos parecen de plomo. Imposible levantarlos.

Cuando las explosiones cesaron, se notó una mejoría. A pesar de las capas aislantes y los refrigeradores, hacía mucho calor: estábamos atravesando la atmósfera. El cohete se calentaba con la fricción.

Otra tregua. No hay explosiones. Respiré más libremente. Súbitamente, una corta explosión y sentí que caía hacia el lado derecho. Claro, una catástrofe. Ahora caeremos con estrépito sobre el Pamir. Convulsivamente sujeto el hombro de Tonia.

—Seguramente una colisión con un bólido... —musito.

La cara de Tonia es pálida, en sus ojos se lee el miedo, pero ella dice tranquila:

—Agárrese como yo al respaldo del sillón.

Pero la posición del cohete se endereza. Las explosiones cesan. Dentro va bajando la temperatura. Por el cuerpo se difunde una sensación de ligereza. Yo levanto los brazos, agito las piernas. ¡Qué agradable liviandad! Intento levantarme e, imperceptiblemente, me separo del sillón, quedando flotando en el aire, luego, despacio, desciendo de nuevo a mi asiento. Tonia agita los brazos como un pájaro sus alas y canta. ¡Nos reímos! Extraordinaria y agradable sensación.

Inesperadamente se abren los postigos de las ventanillas. Ante nosotros el cielo. Está completamente cubierto de estrellas que no centellean y un poco teñido de color carmín. Se ve la Vía Láctea sembrada de estrellas de diferentes colores. No tiene el color lechoso con que se la ve desde la Tierra y que le ha dado su nombre.

Tonia me llama la atención enseñándome una gran estrella cerca de la alfa de la Osa Mayor, una nueva estrella en la conocida constelación.

—Es Ketz... La Estrella Ketz —dice Tonia.

Entre la innumerable cantidad de estrellas sin centelleo, es la única que se distingue con sus rayos palpitantes, ahora rojos, luego verdes y después anaranjados. Tan pronto se ilumina vivamente como se apaga para iluminarse de nuevo... La estrella crece ante nuestros ojos y se acerca poco a poco hacia el lado derecho de la mirilla. Esto quiere decir que la nave se acerca a ella en línea curva. La estrella arroja largos rayos azulados y sale de nuestra visibilidad. Ahora en el oscuro fondo del cielo se ven únicamente lejanas estrellas y algunas nebulosas blanquecinas. Parecen muy cercanos estos lejanos mundos de estrellas...

Se cierran los postigos. De nuevo trabajan los aparatos de explosión. El cohete hace maniobras. Sería interesante ver cómo amarra en el cohetódromo celeste...

Un pequeño golpe. Parada. ¿Es posible que sea el final del viaje? Sentimos una extraña sensación de imponderabilidad.

La puerta de la cabina del capitán se abre. El capitán, acostado en el suelo, desciende sosteniéndose de unos pequeños asideros. Tras el capitán, también a rastras, le sigue un joven, al cual no habíamos visto antes.

—Perdonen por los desagradables segundos que les ocasionamos durante el viaje. La culpa fue de mi joven practicante: giró con demasiada violencia el timón de dirección y ustedes seguramente salieron despedidos de sus asientos.

El capitán toca con el dedo pulgar al joven y éste, suavemente, como una brizna, sale despedido hacia un lado.

—Bueno, todo terminó bien. Vístanse los trajes y las máscaras de oxígeno. Filipchenko —este era el nombre del joven piloto—, ayúdelos.

El mecánico de a bordo salió ya vestido. Parecía un buzo, aunque la escafandra era más pequeña, y en los hombros llevaba una capa confeccionada con material brillante, como de aluminio.

—Estas capas —explicó el capitán—, apártenlas a un lado si tienen frío. Dejen que los rayos del sol les calienten. Y si tienen demasiado calor, entonces tápense con ellas. Rechazan los rayos solares.

Con ayuda del mecánico y del capitán, pronto nos ataviamos con los vestidos interplanetarios y, emocionados, esperamos al momento de salida del cohete.

VIII - Una criatura celestial

Fuimos traspasados a otra cámara de la cual empezaron a extraer poco a poco el aire. Muy pronto se formó el «vacío interplanetario» y se abrió la puerta.

Traspasé el umbral. No había escalera; el cohete descansaba en uno de sus lados. En estos instantes estaba deslumbrado y aturdido. Bajo mis pies brillaba la superficie de un inmenso globo de algunos kilómetros de diámetro.

No tuve tiempo de dar el primer paso cuando ya apareció a mi lado un «habitante de la estrella» con atuendo interplanetario. Con rara habilidad y ligereza enlazó mi mano con un lazo de cordón de seda. No empezamos mal. Yo me enfadé, tiré de mi mano, di una patada con ira..., y en un instante me elevé unas decenas de metros. El «habitante de la estrella» en seguida tiró de mí por medio del cordón hacia la superficie del brillante globo. Entonces comprendí que si no me hubiera atado, al primer descuido en mis movimientos hubiera volado al espacio y no habría sido fácil mi captura. Pero, ¿cómo no me había llevado conmigo al hombre que me tenía atado del lazo? Miré a «tierra» y vi que en su brillante superficie había un sinnúmero de abrazaderas, de las cuales se sujetaba mi acompañante.

Vi al lado a Tonia. Ella también llevaba su satélite, bien atado a su lazo. Yo quería acercarme a ella, pero mi acompañante me cerró el paso.

A través del cristal de la escafandra vi sonreír su joven rostro. Acercó su escafandra a la mía para que pudiera oírle, y dijo:

—¡Agárrese fuerte de mi mano!

Yo obedecí. Mi acompañante sacó el pie de la abrazadera y saltó hábilmente. De su espalda salió una llamarada, yo sentí un empujón y salimos despedidos hacia delante sobre la superficie de la esférica «luna». Mi acompañante estaba equipado con una mochila-cohete para los vuelos a corta distancia, en los espacios interplanetarios. Disparando con habilidad los «revólveres» de la mochila, el de arriba o el de abajo, los de los lados o el de atrás, me llevaba más y más allá por el arco de la superficie del globo. A pesar de la destreza de mi acompañante, dábamos ligeras volteretas, como los payasos en la arena del circo. Tan pronto cabeza abajo, como arriba, pero esto casi no nos ocasionaba ninguna congestión de la sangre.

Muy pronto desapareció en el horizonte el cohete en el cual arribamos. Recorríamos el espacio vacío que separaba el cohetódromo de la Estrella Ketz. Sin embargo, si hay que hablar de mis sensaciones debo decir que me pareció que estábamos parados y que venía hacia nosotros un tubo brillante que aumentaba de volumen paulatinamente. He aquí que el tubo ha girado y vemos su extremo, cerrado por una brillante semiesfera. Desde este lado el tubo parecía un pequeño

globo en comparación con la «luna-cohetódromo». Y este globo, como una bomba, se dirigía directamente hacia nosotros. La sensación no era del todo agradable: un poco más y la brillante bomba nos aplastará. De improviso la bomba, con rapidez inverosímil, describió en el cielo un semicírculo y se puso a nuestra espalda. Mi acompañante me giró de espaldas a la Estrella para frenar nuestra marcha. Algunos cortos disparos, unos golpecitos de una invisible mano a la espalda y mi compañero se aferró a una de las abrazaderas en la superficie del semicírculo.

Nos esperaban seguramente. En cuanto «amarramos», en la pared del semicírculo se abrió una puerta. Mi acompañante me empujó al interior, entró y la puerta se cerró.

De nuevo una cámara de aire iluminada por una lámpara eléctrica. En la pared un manómetro, barómetro y termómetro. Mi acompañante se dirigió a los aparatos y empezó a observar. Cuando la presión y temperatura fueron suficientes empezó a desnudarse y, con un gesto, me propuso hacer lo mismo.

—¿Qué tal las volteretas? —preguntó riéndose—. Lo hice adrede.

—¿Quería divertirse?

—No. Yo temía que usted sufriera calor o frío al no saber utilizar la capa reguladora de la temperatura. Por eso le daba vueltas, como un pedazo de carne en el asador, para que usted se «asara» con el sol —dijo él, deshaciéndose por completo del vestido interplanetario—. Bueno, permítame presentarme. Kramer, laborante-biólogo de la Estrella Ketz. ¿Y usted? ¿Viene a trabajar con nosotros?

—Sí, soy también biólogo. Artiomov, Leonid Vasilevich.

—¡Estupendo! Trabajaremos juntos.

Yo empecé a desnudarme. Y de pronto sentí que la ley física —«la fuerza de la acción es igual a la fuerza de la reacción»— se descubre aquí en sentido puro, sin ser obscurecida por la atracción terrestre. Aquí todas las cosas y hasta las mismas personas se convierten en «aparatos reactivos». Tiré el vestido, hablando en lenguaje terrestre, «hacia abajo», y yo mismo, empujado por él, subí hacia arriba. Resultó que o yo había tirado el vestido, o él me había lanzado a mí.

—Ahora debemos limpiarnos. Tenemos que pasar por la cámara de desinfección —dijo Kramer.

—¿Y usted por qué? —pregunté yo extrañado.

—Porque yo lo he tocado a usted.

«¡Vaya! Como si yo viniera de un lugar afectado por la peste», pensé.

Y he aquí que tuve que pasar otra vez por el «purgatorio». De nuevo una cámara con zumbantes aparatos que atraviesan mi cuerpo con rayos invisibles. Ropa nueva, limpia y esterilizada, un nuevo examen médico, el último, en el pequeño y blanco laboratorio del médico «estelar».

En este celeste ambulatorio no había ni mesas ni sillas. Sólo unas ligeras vitrinas con instrumentos, asidas a las paredes con débiles fijaciones.

Nos recibió la pequeña y vivaz doctora, Anna Ignatevna Meller. Con un ligero vestido de color plateado, a pesar de sus cuarenta años parecía una adolescente. Yo le transmití los saludos y el ruego del «doctor terrestre» de la ciudad de Ketz.

Después de la desinfección ella me comunicó que en mis vestiduras se habían descubierto aún no pocos microbios.

—Sin falta voy a escribir a la sección sanitaria de la ciudad de Ketz, haciendo constar que allí ponen poca atención en las uñas. En sus uñas había una colonia entera de bacterias. Es necesario cortar y limpiar bien las uñas antes del envío a la Estrella. En general está usted sano y ahora relativamente limpio. Le llevarán a su habitación y luego le darán de comer.

—¿Llevarán? ¿Darán? —pregunté con asombro—. Pero si no soy un enfermo que tenga que estar en cama. ¡Ni una criatura! Creo que podré ir a comer solo.

—¡No sea jactancioso! En el cielo es usted aún un recién nacido.

Y me dio un golpecito en la espalda. Yo rodé precipitadamente al otro extremo de la habitación; tomando impulso apoyándome en la pared logré llegar al centro y quedé «suspendido», agitando las piernas con impotencia.

—¿Qué, se convenció? —exclamó Meller riendo—. Y eso que aquí aún existe gravedad. Es usted un bebé. ¡Vamos a ver, camine!

¡Qué va! Sólo después de un minuto logré que mis pies tocaran el suelo. Probé a dar un paso y de nuevo subí al aire, golpeándome la cabeza en el techo sin sentir casi el golpe, agitaba mis brazos desamparado...

Se abrió la puerta y entró mi amigo Kramer, el biólogo. Al verme soltó la carcajada.

—Bueno, tome a remolque esta criatura y llévelo a la habitación seis —dijo la doctora a Kramer—. Aún soporta mal el aire enrarecido. Dele la mitad de la ración de aire.

—¿No puede darme para empezar la presión normal? —pedí yo.

—Es suficiente la mitad. Hay que acostumbrarse.

—Deme la mano —dijo Kramer.

Ensartando sus pies en las correas agarraderas del suelo, con bastante rapidez, llegó hasta mí, me tomó por la cintura y salió al amplio corredor. Dándome vuelta, como si yo fuera una pelota, me tiró a lo largo del corredor. Yo lancé un grito y volé. La fuerza con que me tiró estaba tan bien calculada que, volando unos diez metros en línea oblicua, llegué hasta la pared.

—¡Agárrese de la correa! —gritó Kramer.

Había correas en todos lados: en las paredes, en el suelo, en el techo. Yo me agarré con todas mis fuerzas esperando un tirón al pararme, pero en el mismo instante noté con asombro que mi mano no sentía ninguna tensión. Kramer estaba ya a mi lado. Abrió la puerta y tomándome por los sobacos entró en una habitación de forma cilíndrica. Aquí no había ni camas, ni sillas, ni mesa. Tan sólo correas por todas partes y una amplia ventana cubierta por un material verdoso y transparente. Y por eso la luz de la habitación era también de un tono verdoso.

—Bueno, tome asiento y siéntase como en su casa —bromeó Kramer—. Ahora daré más oxígeno.

—¿Dígame, Kramer, por qué el cohetódromo está separado de la Estrella?

—Es una innovación que hemos realizado no hace mucho. Antes los cohetes amarraban directamente en la Estrella Ketz. Pero no todos los pilotos son iguales en destreza. Es difícil amarrar sin dar ningún golpe. Y una de las veces sucedió que el capitán de la nave «Ketz-siete», golpeó con fuerza a la Estrella. Sufrió deterioros el gran invernadero: se rompieron los cristales, y parte de las plantas murieron. Los trabajos de reparación aún continúan. Después de este accidente decidieron construir el cohetódromo separado de la Estrella. Inicialmente, éste era un grandioso disco plano. Pero en la práctica se vio que para el amarraje, es más cómoda una semiesfera. Cuando termine la reparación del invernadero, obligaremos a la Estrella Ketz a girar junto con el invernadero, sobre su eje transversal. De ello resultará una fuerza centrífuga y aparecerá la gravedad.

—¿Y qué son aquellos rayos de diferentes colores que vimos durante el vuelo? —pregunté.

—Son señales luminosas. Una estrella tan pequeña como la nuestra, no es fácil hallarla en la inmensidad del espacio. Y por esto hemos organizado estas «luces

de Bengala». ¿Cómo se encuentra? ¿Se respira mejor? No voy a dar más, pues podría emborracharse con el oxígeno puro. ¿No tiene calor?

—Al revés, siento un poco de fresco —contesté.

Kramer de un salto llegó a la ventana y corrió la cortina. Los deslumbrantes rayos del sol llenaron la habitación. La temperatura empezó a subir rápidamente. Kramer saltó hacia la pared opuesta y abrió el postigo.

—Admire esta hermosura.

Me volví hacia la ventana y quedé extasiado. La Tierra ocupaba la mitad del horizonte. Yo la miraba desde la altura de mil kilómetros. Parecía no un globo convexo, como yo esperaba, sino cóncavo. Sus bordes, muy desiguales, con los dientes sobresalientes de las cúspides de las montañas, estaban como recubiertos por un velo de humo. Los contornos eran confusos, erosionados. Más allá de los límites de la Tierra, avanzaban oblongas manchas grises, las nubes, oscurecidas por la gruesa capa atmosférica. Hacia el centro había también manchas, pero claras. Logré reconocer el Océano Glacial, el contorno de las costas de Siberia y el Norte de Europa. El Polo Norte se destacaba como una mancha deslumbrante de color claro. En el Mar de Barentz el sol se reflejaba con pequeños destellos.

Mientras estuve observando la Tierra, ésta tomó el aspecto de una enorme Luna en cuarto menguante. No podía retirar la mirada de esta gigantesca media luna vivamente iluminada por la luz del sol.

—Nuestra Estrella Ketz —comentó Kramer—, vuela hacia el este y efectúa una vuelta completa alrededor de la Tierra en cien minutos. Nuestro día solar dura tan sólo sesenta y siete minutos y la noche treinta y tres. Dentro de cuarenta a cincuenta minutos entraremos en la sombra de la Tierra...

La parte oscura de la Tierra, débilmente iluminada por la luz reflejada por la Luna, era casi invisible. El límite de la zona oscura y de la clara destacaba vivamente con enormes, casi negros, dientes: las sombras de las montañas. De pronto vi la Luna, la verdadera Luna. Parecía muy cercana, pero muy pequeña en comparación con lo que parece desde la Tierra.

Finalmente, el Sol se ocultó por completo tras la Tierra. Ahora la Tierra se presentó en apariencia de un disco oscuro rodeado por un círculo bastante luminoso formado por la luz de la aurora. Eran los rayos de Sol invisibles que iluminaban la atmósfera terrestre. Un reflejo rosado penetraba en nuestra habitación.

—Como puede ver, aquí no hay oscuridad —dijo Kramer—. La aurora de la Tierra sustituye por completo a la luz de la Luna cuando ésta se pone tras la Tierra.

—Me parece que hace más frío —indiqué yo.

—Sí, es el fresco de la noche —contestó Kramer—. Pero esta disminución de la temperatura es insignificante. La capa intermedia de la envoltura de nuestra estación resguarda de manera segura de la radiación calorífera; además, la Tierra irradia gran cantidad de calor y la noche en la Estrella Ketz es muy corta. Así que no hay peligro de helarnos. Para nosotros, los biólogos, esto va muy bien. Pero nuestros físicos no están contentos: logran con dificultad alcanzar en sus experimentos temperaturas cercanas al cero absoluto. La Tierra, como un gran horno, respira calor incluso a la distancia de mil kilómetros. Las plantas de nuestro invernadero soportan sin daño alguno el breve frescor nocturno. No es necesario poner en marcha las estufas eléctricas. Aquí se disfruta de un magnífico clima de montaña. Muy pronto en sus pálidas mejillas aparecerá el bronceado color de los alpinistas. Yo aquí engordé y aumentó mi apetito.

—La verdad sea dicha, yo también tengo hambre —dije yo.

—Pues vamos volando al comedor —propuso Kramer, extendiendo su mano bronceada.

Me sacó al corredor, y, saltando y agarrándose en las correas, nos dirigimos al comedor.

Era una gran sala de forma cilíndrica, en la que penetraba la luz de los dorados rayos del «amanecer». Un gran ventanal de gruesos cristales rodeaba un marco con plantas enredaderas de un verde esplendoroso. Nunca había visto en la Tierra un verde así.

—¡Aquí está!

Vuelvo la cabeza hacia la voz conocida y veo a Meller. Se ha pegado a la pared, como una golondrina, y a su lado está Tonia con un ligero vestido color lila. Los cabellos de Tonia están desgreñados después de la desinfección. Le sonrío con alegría.

—Por favor, por favor, venga aquí —me llama Meller—. ¿Bueno, con qué quiere que le invite?

Delante de mí hay un anaquel con potes, latas, tarros y una especie de globos.

—Vamos a darle de comer en biberón, con papillas y alimentos líquidos. Usted no va a poder tomar alimentos sólidos: le saltarían de las manos y no podría atraparlos. Nuestros alimentos son casi todos vegetarianos, de nuestras propias plantaciones. Aquí hay papillas de manzana —y señaló un pote cerrado—, aquí de fresas con arroz, albaricoques, melocotones, bananas, nabos a la «Ketz», que en la Tierra no habrá comido... ¿Quiere nabos?

Y Meller hábilmente sacó del anaquel un cilindro con un tubo al lado. En la pared posterior del cilindro había otro tubo más ancho. Este tubo lo enchufó a una pequeña bomba y empezó a bombear. Del extremo del otro tubo salió una espuma amarilla. Meller tendió el cilindro a Tonia.

—Tómelo y chupe. Si se hace difícil chupar, bombee un poco de aire. Las boquillas son esterilizadas. ¿Por qué hace muecas? Nuestra vajilla no es tan bonita como los cálices griegos, pero es indispensable en nuestras condiciones.

Tonia, indecisa, se puso el tubo en la boca.

—¿Qué tal? —preguntó Meller.

—Muy sabroso.

Kramer alcanzó para mí otro «biberón». La papilla semilíquida de color amarillo, elaborada con nabos de Ketz, era en efecto deliciosa. La de bananas era también buena. Yo no hacía más que bombear. A estos «suculentos» platos siguieron jalea de albaricoque y fresas.

Yo comía con apetito. Pero Tonia estaba pensativa y casi no comía nada.

Ya en el comedor la alcancé, tomé su mano y le pregunté:

—¿De qué está preocupada, Tonia?

—Acabo de ver al director de la Estrella Ketz y le pregunté sobre Evgenev. Ya no está en la Estrella. Ha partido en un largo viaje interplanetario.

—¿O sea que vamos a seguir tras él? —pregunté alarmado.

—¡Claro que no! —contestó ella—. Nosotros tenemos que trabajar. Pero el director dijo que quizás usted efectúe un viaje interplanetario.

—¿A dónde? —pregunté con espanto.

—Aún no lo sabe. A la Luna, a Marte, quizás más lejos.

—Pero, ¿no se puede hablar con Evgenev por radio?

—Sí, se puede. El enlace por radio desde Ketz, por ahora es imposible únicamente con la Tierra: estorba la capa de Jevisayd. Esta repele las ondas de radio. A mí precisamente me tocará trabajar en este problema, para intentar

traspasar esta capa con rayos cortos y poder establecer el enlace por radio con la Tierra. Por ahora se efectúa mediante un telégrafo luminoso. Un proyector de un millón de bujías da destellos perfectamente visibles desde la Tierra, siempre que no esté cubierta por nubes. Pero casi siempre en el Pamir, en la ciudad de Ketz, el cielo está descubierto de nubes. Con los cohetes que vuelan por los espacios interplanetarios, la Estrella Ketz mantiene un enlace continuo por radio... Precisamente ahora iba a la estación de radio para intentar hablar con el cohete que investiga el espacio entre la Estrella Ketz y la Luna... Y ahora recuerdo que el director rogó que usted fuera a verle. —Mirando su reloj, Tonia añadió—: Aunque ya es tarde para verlo. Volemos juntos a la estación de radio. Es en la habitación número nueve.

El inmenso corredor vivamente iluminado con lámparas eléctricas, se perdía a lo lejos como un túnel subterráneo. Las voces sonaban más bajo de lo habitual, debido a que el aire estaba enrarecido, y no oí en seguida que me llamaban.

Era Kramer. Volaba hacia nosotros agitando unas pequeñas alas. Colgaban de su espalda unos objetos parecidos a abanicos plegados.

—Ahí van las alas —dijo—, para que sean completamente parecidos a los habitantes del cielo. Abiertas, recordaban un poco las alas del murciélago. Se sujetan a las manos, pueden plegarse, y echándolas hacia atrás dan posibilidad a las manos para actuar libremente.

Kramer nos puso las alas con rapidez y habilidad, nos enseñó cómo utilizarlas y se fue volando. Tonia y yo empezamos los vuelos. Más de una vez chocaron nuestras cabezas, nos dábamos golpes en las paredes dando vueltas inesperadas. Pero estos golpes no dolían.

—En verdad, parecemos murciélagos —dijo Tonia riéndose—. Vamos a ver. ¿Quién llega primero a la estación de radio?

Salimos volando.

—¿Y por qué está tan desierto el corredor? —pregunté.

—Están todos en el trabajo —dijo Tonia—. Dicen que aquí por las tardes está lleno de público. Vuelan como un enjambre. ¡Como escarabajos de Mayo en buen tiempo!

Llegamos a la habitación número nueve. Tonia pulsó un botón y la puerta se abrió silenciosamente. Lo primero que me sorprendió fue el operador de radio. Con los auriculares en las orejas, estaba en el techo anotando un radiotelefonograma.

—Ya está —dijo él, guardando en una bolsa atada a su cinturón la libreta de apuntes: esta bolsa, por lo visto, reemplazaba el cajón de la mesa escritorio—. ¿Quiere hablar con Evgenev? Vamos a intentarlo.

—¿Es difícil? —preguntó Tonia.

—No, no es difícil, pero hoy no trabaja el transmisor de onda larga y con la corta es un poco complicado hallar un cohete que se eleva en espiral sobre la Tierra. Voy a calcular la situación del cohete y probaré...

Pero en este momento tropezó inesperadamente con el pie en la pared y voló hacia un lado. Los cables de los auriculares le detuvieron y en seguida el operador de radio volvió a tomar la misma postura. Sacando la libreta de notas, miró el cronómetro y se enfrascó en sus cálculos. Luego comenzó a sintonizar.

—¡Aló...! ¡Aló! ¡Habla la Estrella Ketz! Sí, sí. Llamen al aparato a Evgenev. ¿No? Díganle que llame a la Estrella Ketz cuando vuelva. Desea hablarle una nueva empleada de la Estrella. Su nombre...

—Antonina Gerasimova —se apresuró a decir Tonia.

—Camarada Gerasimova. ¿Oyes? Así. ¿Mucho? ¿Buena pesca? Les felicito.

Desconectó el aparato y dijo:

—Evgenev no está en el cohete. Voló al espacio interplanetario a pescar y volverá dentro de unas tres horas. Está ocupado en la pesca de pequeños asteroides. Es un excelente material para la construcción. Hierro, aluminio, granito. La llamaré cuando Evgenev esté en el radioteléfono.

IX - En la biblioteca

Estaba tomando el té cuando llegó Kramer.

—¿Está libre esta tarde? —me preguntó, y aclaró—: No se extrañe, por favor. En la estrella la jornada es de cien minutos pero por costumbre el día de trabajo continuamos calculándolo por el tiempo terrestre. Cerrando las ventanas, hacemos «la noche» y dormimos de seis a siete jornadas «estelares». Ahora, según la hora de Moscú, son las ocho de la tarde. ¿Quiere conocer nuestra biblioteca?

—Gustoso —respondí.

Como todos los locales en la Estrella Ketz, la biblioteca tenía también forma cilíndrica. No había en ella ventanas. Todas las paredes estaban totalmente ocupadas por cajones. Por el eje longitudinal del cilindro, desde la puerta hasta la pared opuesta, había cuatro delgados cables. Sujetándose en ellos, los visitantes se desplazaban por esta especie de corredor. El espacio entre los «corredores» y las paredes laterales estaba ocupado por una fila de camas. En la estancia se disfrutaba de un aire nítido, ozonizado y con un olor a pino. Unos tubos fluorescentes situados entre los cajones iluminaban la estancia con luz suave y agradable. Silencio. En algunas camas había personas tumbadas con negras cajas puestas en la cabeza. De vez en cuando giraban unas manecillas que salían de las cajas.

¡Extraña biblioteca! Se podría pensar que aquí no leen sino que están efectuando alguna cura.

Sujetando el cable con la mano, voy detrás de Kramer hacia el final de la biblioteca. Allí, sobre el fondo oscuro de los cajones que cubren las paredes, destaca una joven con un vestido de seda rojo vivo.

—Nuestra bibliotecaria Elsa Nilson —dice Kramer, y bromeando me lanza hacia la chica. Ella, riéndose, me toma al vuelo y así trabamos conocimiento.

—¿Qué va usted a leer? —pregunta ella—. Tenemos un millón de libros en casi todos los idiomas.

¡Un millón de ejemplares! ¿Dónde pueden alojarse? Pero después adivino:

—¿Filmoteca?

—Sí, libros en cinta —contesta Nilson—. Se leen con ayuda de un proyector.

—Fácil y compacto —añade Kramer—. Un tomo entero, página tras página grabado en la cinta, ocupa el mismo espacio que un carrete de hilo.

—¿Y los periódicos? —pregunto yo.

—Son reemplazados por la radio y televisión —contesta Nilson.

—Los libros en cinta ya no constituyen una novedad —dice Kramer—. Tenemos cosas más interesantes. ¿Qué programa vamos a organizar para esta tarde al camarada Artiomov? Vamos a ver: primero una crónica mundial. Le demostraremos que en la Estrella Ketz no estamos atrasados en cuanto a noticias frescas de todo el mundo. Luego dele «La Columna Solar»...

—¿Es una nueva novela? —pregunté.

—Sí, algo por el estilo —respondió Kramer—. Bueno, o «La Central Eléctrica Atmosférica».

Asintiendo con la cabeza, Nilson sacó de un cajón unos estuches metálicos redondos.

Kramer me hizo tumbar en una de las camas. Luego, poniendo estos estuches en el aparato con manivela, me lo puso en la cabeza.

—Bien, ahora escuche y mire —dijo él.

—No veo ni oigo nada —exclamo.

—Dele a la manivela de la derecha —dijo Kramer.

Giré la manivela. Algo chasqueó, se oyó un zumbido. Una fuerte luz me deslumbró. Instantáneamente cerré los ojos al mismo tiempo que oía una voz que decía:

«La jungla tropical africana es desbrozada para terrenos de cultivos».

Abrí los ojos y vi brillante, bajo los cegadores rayos del sol africano, la superficie azul verdosa del océano, y en él, extendida, una enorme flota: acorazados, navíos, cruceros y destructores de todos los tipos y sistemas. Habían allí viejos buques de guerra echando nubes de humo negro por sus anchas chimeneas, otros más nuevos con motores de combustión interior, y algunos modernos, con motores movidos por la electricidad.

Este espectáculo fue tan inesperado que sin querer me estremecí. ¿Será de nuevo la guerra? Pero, ¿cómo puede ser la guerra? ¿No estaré viendo un viejo film de los últimos tiempos?

«La flota de guerra, arma de destrucción, la hemos convertido en transportes», continuaba la voz.

¡Ah, he aquí de qué se trata! Cegado por la viva luz, no me di cuenta que las torres con los cañones han sido eliminadas. En su lugar se han colocado grúas. Centenares de lanchas motoras, remolcadores y gabarras van y vienen entre los barcos y el nuevo puerto. En él hierve el trabajo de descarga.

De nuevo giré la manecilla. Y..., esto también parece la guerra.

Un inmenso campamento, blancas tiendas de campaña y casas de madera pintadas asimismo de blanco. En las casas y tiendas de campaña se ven gentes vestidas con ropas ligeras de colores claros. Hay una mezcla de negros y europeos. Tras el campamento una cortina de humo llega casi hasta el cenit. El humo se eleva en remolinos, como si hubiera un enorme incendio...

Un nuevo «cuadro»; un compacto e infranqueable bosque tropical arde en llamas. Entre las cenizas hay enormes furgones, cajas formadas por carcazas de acero cubiertas de redes de alambre. Cerca de ellas hay gente que arranca los troncos con pequeñas máquinas.

«Los trópicos son los lugares más ricos en sol de la Tierra. Pero eran inaccesibles para el cultivo agrícola. Los intrincados bosques y pantanos, los animales salvajes, reptiles venenosos, insectos y fiebres mortales invadían estos lugares. Vean el cambio que sufren ahora...»

Una pradera. Los tractores trabajan la tierra. Alegres tractoristas negros montados en sus máquinas sonríen mostrando sus resplandecientes dientes blancos. En el horizonte se divisan edificios de varios pisos y el espeso verdor de sus jardines. «Los trópicos alimentarán a millones de personas... La idea de Tziolkovsky es llevada a la práctica...»

«¿Cómo, también Tziolkovsky? —me asombro—. ¡Cuántas ideas útiles a la Humanidad futura tuvo tiempo de preparar!»

Y como contestación a este pensamiento, vi otros cuadros de la gran transformación de la Tierra según ideas de Tziolkovsky.

La transformación de los desiertos en oasis utilizando la energía del sol; la adaptación de viviendas e invernaderos en las hasta hoy inaccesibles montañas;

los motores solares que trabajan con la fuerza de las mareas; nuevas especies de plantas que utilizan un alto porcentaje de energía solar...

Pero esto entra ya dentro de mi especialidad. De estos progresos tengo ya conocimiento.

La cinecrónica mundial terminó. Después de un minuto de descanso volví a oír la misma voz. Y todo lo que relataba, pasaba ante mis ojos atónitos, como si fuera realidad.

«Yo tomé parte en las pruebas de un aerotrineo de nuevo tipo —decía la voz—. Las condiciones en que se efectuaron eran bastante difíciles: había que recorrer centenares de kilómetros de tundra más allá del círculo Polar.

Yo era el jefe de la expedición y dirigía la columna, íbamos directamente hacia el norte.

Era de noche. La aurora boreal no brillaba en el cielo. Tan sólo los faros iluminaban el camino. La temperatura alcanzaba los cincuenta grados bajo cero. A nuestro alrededor se veía sólo la nevada llanura.

Viajamos dos días guiándonos por la brújula.

De pronto me pareció que el cielo en el horizonte se había iluminado.

—Empieza la aurora boreal. Será más alegre el viaje —dijo el que llevaba nuestro trineo.

A la media hora el horizonte se iluminó más vivamente.

—Extraña aurora boreal —comenté dirigiéndome a mi compañero—. Noto la ausencia absoluta de difuminación de la luz. Y de los colores. Generalmente las auroras boreales empiezan con un color verdoso, después pasa al rosa de diversos matices. Y esta luz parece la del alba, y además completamente inmóvil. Esta sólo va en aumento gradualmente y pasa del rosado al blanco a medida que vamos avanzando.

—¿Puede ser que sea luz zodiacal? —dijo mi acompañante.

—No es posible ni por el lugar, ni por el tiempo. Y no es parecida; mire la estela de luz va casi desde el cenit hasta el horizonte, ensanchándose gradualmente como un cono.

Nos apasionamos tanto en observar el maravilloso fenómeno celeste que no vimos cómo avanzábamos hacia un profundo valle de abrupta pendiente y por poco no rompimos los patines del trineo.

Después de algunos minutos, a la salida del valle, notamos un aumento de la temperatura. El termómetro marcaba treinta y ocho grados bajo cero, cuando tan sólo una hora antes marcaba cincuenta.

—¿Puede ser que esta luz irradie calor? —dije yo.

—Si es así, es completamente inexplicable —replicó mi compañero—. ¡Una columna de luz calentando la tundra!

La columna estaba en el camino de nuestra ruta y no había otro remedio que marchar hacia aquel cono luminoso y averiguar, si fuere posible, lo que pasaba.

Nos pusimos en marcha y, de pronto, subió aún más la temperatura y el tono de la luz se hizo más vivo. Pronto apagamos los faros; no había necesidad de ellos. Luego observamos que aumentaba la corriente de aire hacia el cono de luz y que en la parte superior de éste se distinguía un brillante foco luminoso en forma de hoz, como el creciente de Venus observado a través de unos prismáticos.

¡Vaya! A medida que nos íbamos acercando el enigma no se aclaraba, sino que se hacía cada vez más embrollado.

—Esta luz... Es sorprendente, pero me recuerda la luz del sol —dijo mi camarada con perplejidad.

Muy pronto se hizo tan claro como en pleno día. Pero a la derecha, a la izquierda y detrás estaba oscuro, y más lejos era noche cerrada. El viento, arrastrándose a ras del suelo, aumentaba levantando polvo de nieve. Continuamos el camino en medio de un simún de nieve.

Sin embargo, la temperatura aumentaba precipitadamente.

—Menos treinta... Veinticinco... Diecisiete... Nueve... —comunicaba mi acompañante—. Cero... Dos grados sobre cero... ¡Y esto después de cincuenta bajo cero! Ahora comprendo el porqué del viento. Por lo visto esta «columna solar» calienta el suelo y de ello resulta un gran cambio de temperaturas. El aire frío afluye por debajo hacia la zona templada y encima, seguramente, hay una corriente inversa de aire caliente.

Nos acercábamos al límite en el cual caían directamente los rayos luminosos. El polvo de nieve atraído por el viento se derretía; la ventisca se convirtió en lluvia que caía no del cielo, sino que nos venía de atrás. La nieve se derretía en el suelo, se hacía acuosa. En los declives de los montículos y vallecillos ya corría el agua. No había camino para el trineo. El oscuro y helado invierno polar, se convertía, como por encanto, en una primavera.

Era peligroso continuar nuestro camino: el trineo podía romperse. Nos paramos. Se paró también toda la columna. De los aerotrineos empezaron a salir los conductores, ingenieros, corresponsales, los operadores de cine, y todos los componentes de la prueba. Todos ellos estaban tan interesados como yo por el extraordinario fenómeno.

Mandé poner algunos trineos de lado para resguardarnos del viento, y empecé la deliberación. No tardamos mucho en ponernos de acuerdo. Todos pensábamos que ir más lejos era arriesgado y se decidió que alguien me acompañara en la expedición a pie, mientras los otros se quedaban con los trineos. Nosotros exploraríamos hasta donde fuera necesario, y veríamos si sería posible averiguar la causa de aquello; luego volveríamos para continuar nuestro viaje juntos, dando una vuelta a la «columna solar».

En el lugar de nuestra parada el termómetro marcaba ocho grados sobre cero. Por eso, quitándonos nuestros abrigos de pieles, nos calzamos botas de cuero, recogimos unas pocas provisiones, instrumentos, y partimos.

El camino no era fácil. Al comienzo, nuestros pies se hundían en la blanda nieve, luego nos atascábamos en el barro. Fue preciso dar rodeos entre riachuelos, pantanos y pequeños lagos. Por suerte, la franja de barro no era demasiado ancha. A lo lejos podíamos ver la «orilla» seca, cubierta de verde hierba y flores.

—¡A finales de diciembre y tras el círculo polar hay luz, calor y hierba verde! ¡Pellízcame para que despierte! —exclamó mi amigo.

—Pero esto no es la primavera, sino un encantador oasis primaveral entre el océano del invierno polar —comentó otro acompañante—. Si esto fuera la verdadera primavera, en todos los pantanos y lagos encontraríamos infinidad de aves.

Nuestro operador de cine dispuso su aparato, enfocó y empezó a rodar. Pero en este preciso momento una ráfaga de aire lo tiró al barro junto con su máquina.

El huracán no cesaba y el viento impedía nuestra marcha. Allí ya no había una dirección constante del viento, soplaba a ráfagas ahora por la espalda, luego de cara, o giraba en torbellino casi elevándonos en el aire. Por lo visto, habíamos llegado al límite en donde la afluencia del aire frío se encontraba con el caliente, y al chocar formaba torbellinos de corrientes ascendentes. Eran los límites del ciclón causado por la desconocida «columna de sol».

Ya no podíamos ir de pie; trepábamos, nos arrastrábamos por el barro, sujetándonos unos a otros.

Completamente agotados llegamos a la zona de suelo seco donde reinaba una completa calma. Allí sólo notábamos las suaves corrientes ascendentes de la tierra calentada, como en el campo los días calurosos de verano al mediodía. La temperatura se elevó hasta los veinte grados de calor.

En algunos minutos nos secamos por completo y empezamos a sacarnos ropa. La primavera se convertía en verano.

No muy lejos se elevaba un pequeño montículo cubierto de hierba fresca, flores y abedules polares. Volaban mosquitos, moscas y mariposas resucitadas por los rayos vivificantes.

Subimos al montículo y nos quedamos petrificados. Lo que vimos era parecido a un espejismo.

Ante nuestros ojos admirados espigaba el trigo. En campos aparte crecían girasoles, maduraba el maíz. Tras los campos habían huertos con coles, pepinos, tomates, bancales de fresas y fresones. Más allá, una zona de arbustos: grosellas y cepas con grandes racimos de uva ya madura. Tras los arbustos, árboles frutales: perales, manzanos, cerezos, ciruelos; luego mandarinas, albaricoques y melocotones y finalmente, en la parte central del oasis donde la temperatura sería muy alta, crecían naranjos, limoneros y cacao entremezclados con arbustos de té y café.

En una palabra, habían reunidos los principales cultivos de la zona media, la subtropical e incluso la tropical.

Entre los campos, huertos y frutales, había caminos que, en círculos concéntricos, iban hasta el centro. Allí se elevaba un edificio de cinco pisos con balcones y una antena de radio en su tejado, todo ello vivamente iluminado por los rayos verticales del «sol». En los balcones y en los antepechos de las ventanas abiertas de la casa se veían flores y plantas verdes. Por las paredes trepaban enredaderas.

En los campos, huertos y frutales trabajaban hombres con vestidos de verano y sombreros de anchas alas...

Unos minutos estuvimos parados llenos de admiración. Finalmente mi camarada exclamó:

—¡Vaya! ¡Esto sobrepasa los límites de lo asombroso! ¡Es un cuento de «Las Mil y Una Noches»!

Por un camino radial nos dirigimos hacia el centro del oasis. De vez en cuando miraba hacia el cielo, de donde salían los misteriosos rayos. El deslumbrante cuarto creciente iba transformándose en un disco como un sol.

A nuestro encuentro, por el camino cubierto de arena entre los naranjos cargados de fruta, iba un hombre de bronceada tez con camisa blanca, pantalones también blancos hasta la rodilla y sandalias. Su sombrero de anchas alas dejaba su cara en la sombra. Desde lejos nos saludó levantando el brazo. Al llegar hasta nosotros dijo:

—Buenos días, camaradas. Ya me habían comunicado vuestra llegada. De todos modos, son ustedes audaces, ya que se las han arreglado para pasar por nuestra zona de ciclones.

—Sí, tienen buenos guardianes —exclamó unos de mis acompañantes, riendo.

—No tenemos por qué protegernos —replicó el hombre del vestido blanco—. Los torbellinos en los límites son, por decirlo así, un fenómeno suplementario. Pero, si quisiéramos, podríamos crear una barrera de remolinos a través de la cual no se atrevería a pasar ningún ser vivo. Y una rata y un elefante, con igual

facilidad serían elevados a decenas de kilómetros y lanzados hacia atrás, en el muerto desierto de nieve. Ustedes, sin embargo, se han expuesto a un gran peligro. En la parte oriental existe un paso cubierto, por el cual se puede penetrar sin ningún peligro hasta aquí, a través de la «zona borrascosa»... Bien, vamos a presentarnos: Kruks, Villiam Kruks, director del oasis experimental. ¿Ustedes por lo visto no sabían que aquí existía este oasis? Por lo demás, se puede adivinar por sus asombrados semblantes. El oasis no es un secreto. Se habló de él en los periódicos y por la radio. Pero no me sorprende vuestra falta de información. Desde que la Humanidad se ha tomado en serio la tarea de transformación del mundo, en todas las partes del Universo se llevan a cabo tantos trabajos que es difícil estar al corriente de todo. ¿Han oído hablar de la Estrella Ketz?

—Sí —contesté yo.

—Pues bien, nuestro «sol artificial» —Kruks señaló al cielo—, debe su origen a la Estrella Ketz. La Estrella Ketz es la primera base celeste. Teniendo esta base, no nos fue difícil crear nuestro «sol». ¿Seguramente adivinan ya de qué se trata? Es un espejo cóncavo compuesto de planchas metálicas pulidas. Está situado a una altura tal, que los rayos del Sol verdadero, encontrándose más allá del horizonte terrestre, caen en el espejo y se reflejan en la Tierra verticalmente. Pongan atención en las sombras. Son verticales como en el ecuador al mediodía. Un palo clavado a la tierra verticalmente no da ninguna sombra. La temperatura en el centro del oasis es de treinta grados de calor, día y noche, durante todo el año. En los extremos del oasis es un poco más baja debido a la penetración de aire frío. A pesar que esta afluencia es insignificante, ya que el aire frío es instantáneamente elevado por la corriente ascendente. En concordancia con estas zonas de temperaturas distribuimos nuestros cultivos. En el centro, como ven, crecen incluso plantas tan amantes del calor como el cacao.

—Pero, ¿y si vuestro sol artificial se apaga? —pregunté.

—Si se apagara, los cultivos de nuestro oasis sucumbirían en unos minutos. Pero no puede apagarse mientras luzca el sol verdadero. Girando las planchas del espejo según el ángulo necesario, se puede regular la temperatura. Aquí la tenemos siempre igual. Y recolectamos varias cosechas al año. Este «sol», es tan sólo el primero entre decenas de otros que van a encenderse muy pronto en las altas latitudes del sur y norte de nuestro planeta. Vamos a cubrir con una red de tales oasis los países polares. Progresivamente irá calentándose el aire de las zonas que se encuentren entre los oasis. Crearemos un potente «sol» encima mismo del Polo Norte y derretiremos los hielos eternos. Calentando el aire y originando nuevas corrientes, protegeremos contra el frío todo el hemisferio norte. Convertiremos la helada Groenlandia en un jardín florido todo el año. Y finalmente, llegaremos hasta el Polo Sur, con sus inacabables riquezas naturales. Libraremos de los hielos a todo un continente que albergará y alimentará a millones de seres. Transformaremos nuestra Tierra en el mejor de los planetas...»

Se calló la voz. Se hizo la oscuridad. Tan sólo se oía el zumbido del aparato. Luego se hizo la luz otra vez, y vi un nuevo cuadro extraordinario.

En los espacios estratosféricos, bajo un cielo color pizarroso vuelan unos extraños proyectiles parecidos a erizos. Abajo, ligeras nubes, y encima los cúmulos... A través del manto de nubes se ve la superficie de la Tierra: las manchas verdes de los bosques los cuadrados de los sembrados, los zigzagueantes hilos de los ríos, el brillo de los lagos, las delgadas y alineadas líneas de los ferrocarriles. Los «erizos» se mueven por el cielo en diferentes direcciones, dejando tras sí colas de humo. Algunas veces los «erizos» disminuyen

la velocidad de su vuelo, se paran. Entonces de ellos escapa un cegador relámpago que cae en la Tierra casi verticalmente.

...Una gran cabina. Lámparas redondas con gruesos cristales de cuarzo. Complicados aparatos desconocidos para mí. Dos jóvenes están sentados tras los aparatos. Un tercero, de más edad, está sentado ante una consola y dirige el trabajo:

—...Cinco mil... siete... Para el vuelo... Diez amperios... Quinientos mil voltios... Alto... ¡Descarga!

Uno de los que está en los aparatos tira de una palanca. Un seco estampido de extraordinaria fuerza rompe el silencio, sale un relámpago y se precipita a la Tierra.

—¡Adelante, a toda marcha...! —ordena el mayor.

Vuelve la cara hacia mí y dice:

—Usted se encuentra en una central eléctrica atmosférica. Es también una empresa de la Estrella Ketz.

Al construir la Estrella Ketz nosotros pudimos investigar la estratosfera, y con completa meticulosidad estudiamos la electricidad atmosférica. Sabíamos de ella desde muy antiguo. Se había incluso intentado su utilización con fines industriales. Pero estos intentos no tuvieron éxito debido a la ínfima cantidad de electricidad existente en la atmósfera. Se calculaba que, sobre un kilómetro cuadrado se acumulaban sólo 0,04 kilovatios hora de energía. Esto ocurre si se toman las capas de la atmósfera cercanas a la superficie de la Tierra. Las descargas de los relámpagos dan mucho más: 700 kilovatios hora durante una centésima de segundo. Pero los relámpagos son raros. Es muy diferente en las altas capas de la atmósfera. Allí la cosa cambia.

Viviendo en la Tierra, nos encontramos en el fondo de un océano de aire. Comparativamente, hace mucho que los hombres aprendieron a utilizar las corrientes de aire horizontales que hinchaban las velas de los navegantes y giraban las alas de los molinos de viento. Después descubrieron las causas de estas corrientes: el desigual calentamiento del aire por los rayos del sol. Luego, cuando los hombres aprendieron a volar, descubrieron que por la misma causa se originan también movimientos del aire, verticalmente, de abajo arriba y de arriba abajo. Y, finalmente, no hace mucho se estableció que en nuestro océano aéreo, debido a la atracción del Sol y sobre todo de la Luna, tienen lugar los mismos flujos y reflujos que en los océanos de agua. Pero como sea que el aire es casi mil veces más ligero que el agua, se comprende que estos fenómenos sean mucho más fuertes. La atmósfera, en relación con los flujos y reflujos, se comporta aproximadamente como el océano acuoso en la profundidad de ocho kilómetros.

La Luna atrae la masa atmosférica y nuestro océano de aire se levanta, se hincha en dirección a la Luna. Resultan unos enormes movimientos periódicos de las capas aéreas. Estos flujos y reflujos van acompañados de la fricción de las partículas gaseosas, las cuales están fuertemente ionizadas. Por esto las altas capas de la atmósfera son buenas conductoras de las ondas de radio. Y he aquí que en estas capas de la atmósfera fuertemente ionizadas, en sus movimientos con relación a los polos magnéticos de la Tierra, se excitan como en el conductor de corrientes inductoras de Foucault.

De esta manera, gracias a los flujos atmosféricos, se crea en la naturaleza una original dínamo que ejerce su influencia en las condiciones magnéticas de la Tierra. Esto ha sido descubierto gracias a los registros de los magnetógrafos.

Estudiando el trabajo de esta grandiosa máquina, este original «motor de movimiento perpetuo», hemos hallado que las reservas de electricidad atmosférica son inagotables. Estas pueden cubrir largamente las necesidades de energía eléctrica de la Humanidad, hace falta tan sólo saber «arrancarla».

Esto que ve, es la primera y aún imperfecta solución de esta tarea. Los cohetes están dotados de unas agujas que toman la electricidad y van acumulándola en una especie de botellas de Leiden. Después se efectúa la descarga «relámpago», sobre lugares inhabitados en donde existen estaciones receptoras con esferas metálicas elevadas a gran altura sobre ellas, y conectadas a las mismas por medio de cables.

Ahora empezamos la construcción de una grandiosa estación atmosférica, cuyo funcionamiento será completamente automático. Erigiremos en la estratosfera unas instalaciones inmóviles permanentes, unidas entre ellas por cables. Estas instalaciones recogerán y acumularán la electricidad, cediéndola luego a la Tierra por medio de una columna de aire ionizado. La Humanidad recibirá un caudal inagotable de energía, necesario para la transformación de nuestro planeta.

De nuevo la oscuridad, silencio... Luego se enciende una luz azulada. Gradualmente va cambiando hasta volverse rosada. Amanecer... Manzanos en flor. Una joven madre sostiene a su hijo. El tiende sus brazos hacia el radiante amanecer...

La visión desaparece.

De pronto veo el espacio celeste y nuestro planeta Tierra volando en la inmensidad del Universo. Se oye una música solemne. La Tierra vuela hacia los espacios desconocidos transformándose en una estrella. Y la música va disminuyendo de tono, hasta que al final parece que se apaga en la lejanía. La sesión ha terminado. Pero yo continúo con los ojos cerrados, reviviendo mis impresiones.

Sí, Tonia seguramente tenía razón al reprocharme el haberme encerrado en mí mismo, en mi trabajo. Sólo ahora he sentido cómo ha cambiado la vida en los últimos años: ¡Qué trabajos! ¡Y a qué gran escala! ¡Y esto es tan sólo el preludio de mis impresiones! ¿Qué me espera en el futuro?

X - Con el director

El gabinete del director era un poco distinto de las otras habitaciones que había visto. Cerca de la ventana había una mesa de aluminio extraordinariamente delgado. En la mesa, carpetas, teléfonos, y un panel con botones numerados. Cerca de la mesa una estantería giratoria construida también en aluminio, para los libros y carpetas. En la Estrella existía una pequeña fuerza de gravedad artificial y los objetos «descansaban» en su lugar, pero «volaban» al más pequeño movimiento. Por esto todos estaban afianzados con fijadores automáticos.

Tras la mesa estaba sentado el director en un ligero sillón de aluminio.

Era un hombre de unos treinta años, bronceado por el sol, con nariz aguileña y grandes ojos expresivos. Vestía un ligero y amplio vestido que no estorbaba sus movimientos. El director me saludó haciendo un ligero movimiento con la cabeza (en Ketz no se saludaba dando la mano) y preguntó:

—¿Cómo se siente usted en nuestras condiciones, camarada Artiomov? ¿No sufre por la insuficiencia de oxígeno?

—Parece que empiezo a acostumbrarme —contesté—. Pero aquí hace mucho frío y el aire está tan enrarecido como en las más altas montañas de la Tierra.

—Es cuestión de costumbre —contestó él—. Como ve, yo me siento admirablemente. Mucho mejor que en la Tierra. Allí yo estaba condenado a la muerte: tercera etapa de tuberculosis, vómitos de sangre. Me llevaron al cohete casi en camilla. Y ahora estoy fuerte como un buey. La Estrella Ketz hace milagros. Es un balneario de primera clase. Con la ventaja sobre la Tierra que aquí puede crearse para cada persona el clima más conveniente.

—Pero, ¿cómo le admitieron en Ketz, con la selección tan severa que se efectúa, estando tuberculoso? —pregunté yo admirado.

—Fue una excepción para una persona necesaria —contestó el director sonriendo—. Fui enviado con un cohete sanitario especial y aquí estuve largo tiempo aislado, hasta que no desaparecieron las últimas huellas del proceso activo de la enfermedad. Nuestro médico, la respetable Anna Ignatevna Meller, está ocupada en gestionar la inauguración de sanatorios especiales aéreos para los enfermos de tuberculosis de los huesos. Ha hecho ya experimentos y los resultados son admirables. Ninguna presión en los huesos que destruya el proceso, nada de camas enyesadas, fajas, ni muletas. Tan sólo los intensivos rayos ultravioleta del sol. Plena respiración de la piel. Aire marítimo; nada más fácil de crear en nuestras condiciones. Tranquilidad absoluta, alimentación. Los casos más desesperados se curan en el más corto plazo.

—Pero, ¿para estas personas será peligroso volver a la Tierra?

—¿Por qué, si el proceso ha terminado? Muchos han vuelto ya y se sienten maravillosamente. Sin embargo, nos hemos desviado del asunto... Pues sí, camarada Artiomov, necesitamos mucho a los biólogos. Hay aquí una enormidad de trabajo. Nuestra primera tarea es la de abastecer a la Estrella con frutos y verduras de nuestro propio invernadero. Hasta ahora lo consigue con éxito nuestro «hortelano» Andrey Pavlovich Shlikov, pero ocurre que constantemente ampliamos nuestros dominios celestes. En la Tierra, las personas pueden establecerse sólo en cuatro direcciones: al este, al oeste, al sur o al norte. Pero aquí además, arriba y abajo; en una palabra hacia todos lados. Gradualmente nos engrandecemos, nos enriquecemos con toda clase de empresas auxiliares. Estamos construyendo un nuevo invernadero. Allí trabaja el ayudante de Shlikov, Kramer.

—Ya nos conocemos.

El director asintió con la cabeza.

—Pues bien... —continuó él, agitando el brazo en el que tenía el lápiz.

El lápiz se escapó de sus dedos y salió disparado casi rozándome. Quise atraparlo al vuelo, pero mis pies se separaron del suelo, las rodillas se elevaron hacia el vientre y quedé flotando en el aire. Sólo después de un minuto pude recobrar la posición normal.

—Aquí las cosas son desobedientes, siempre intentan marcharse —bromeó el director—. Pues sí. Nosotros producimos frutos y verduras en condiciones de casi completa imponderabilidad. Piense usted, cuántos interesantísimos problemas se abren al biólogo. ¿Cómo se porta en los vegetales el geotropismo faltando la fuerza de gravedad? ¿Cómo se opera la división de las células, el metabolismo, el movimiento de la savia? ¿Cómo influyen los rayos ultracortos? ¿Los rayos cósmicos? ¡Es difícil enumerarlos! Shlikov hace continuos descubrimientos. ¿Y los animales? Pensamos criarlos también aquí. Tenemos ya algunos ejemplares en experimentación. Sin lugar a dudas un laboratorio aéreo como éste es un

verdadero tesoro para el científico que ama su profesión. Veo que le brillan los ojos.

Yo no vi mis ojos, pero las palabras del director en verdad me alegraron. Lo confieso. En aquel momento yo me olvidé no sólo de Armenia, sino incluso de Tonia.

—Estoy impacienté para empezar a trabajar —dije.

—Y mañana mismo podrá empezar —dijo el director—. Pero no aquí de momento, no en el invernadero. Estamos organizando una expedición a la Luna. Irán nuestro viejo astrónomo Fedor Grigorievich Tiurin, el geólogo Boris Mijailovich Sokolovsky y usted.

Al oír esto, en seguida me acordé de Tonia. Dejarla, quizás para mucho tiempo... No saber lo que sucede aquí sin mí...

—¿Y para qué un biólogo? —pregunté—. Si la Luna es un planeta completamente muerto.

—Hay que pensar que así es en realidad. Pero no se excluye la posibilidad... Hable usted con nuestro astrónomo, el cual tiene algunas hipótesis sobre el asunto —el director sonrió—. Nuestro viejo está algo chiflado. Tiene una obsesión filosófica: «Filosofía del movimiento». Temo que le llene la cabeza. Pero en su materia es una gran celebridad. ¡Qué le vamos a hacer! ¡En la vejez los hombres a menudo tienen su «hobby»! Como dicen los ingleses, su manía. Vaya usted ahora a ver a Tiurin y trabe conocimiento con él. Es un interesante vejete. Sólo que no le deje charlar mucho de filosofía.

El director pulsó uno de los muchos botones.

—Usted ya conoce a Kramer. Lo llamo para que le ayude a trasladarse al observatorio. Recuerde que allí no hay ni la pequeña fuerza de gravedad que existe aquí.

Irrumpió Kramer. El director le explicó todo. Kramer asintió con la cabeza, me tomó del brazo y salimos volando al corredor.

—En este vuelo tengo interés en aprender a moverme solo en el espacio interplanetario —dije yo.

—¡De acuerdo! —contestó Kramer—. El abuelo que vamos a ver es un buenazo, aunque se enfada fácilmente. Es miel con vinagre. Usted no le contradiga cuando se enfrasque en su filosofía. De lo contrario se enojará y no le podrá hablar en todo el viaje a la Luna. A pesar de todo es un vejete admirable. Le queremos todos.

Mi situación se complicaba. El director me recomendó no dejar filosofar mucho a Tiurin. Kramer me advierte que no irrite al viejo astrónomo filósofo. Tendré que ser muy diplomático.

XI - El sabio araña

Con los trajes interplanetarios y las mochilas cohetes detrás de la espalda pasamos por la cámara atmosférica, abrimos la puerta y «caímos» al exterior. Un empujón con el pie fue suficiente para que nos encontráramos flotando en el espacio. En el cielo, de nuevo había «tierra nueva». Como una enorme «palangana» cóncava, la Tierra ocupaba medio horizonte «ciento doce grados», afirmó Kramer.

Yo vi el contorno de Europa y Asia, el norte cubierto por las manchas blancas de las nubes. En los claros se veían los brillantes hielos de los mares polares del norte. En los oscuros macizos de los montes asiáticos blanqueaban las manchas de los nevados picos. El sol se reflejaba en el lago Baical. Sus contornos eran

precisos. Entre verdosas sombras serpenteaban los plateados hilos del Obi y Yenisey. Claramente se distinguían los conocidos perfiles de los mares Caspio, Negro y Mediterráneo. Se destacaban netamente el Irán, Arabia, la India, el Mar Rojo y el Nilo. Los contornos de la Europa Occidental aparecían borrosos. La península de Escandinavia estaba cubierta de nubes. Los extremos sur y occidental de África también se veían mal. Como una mancha desdibujada, un borrón, se destacaba entre el azul del Océano Indico, Madagascar. El Tíbet se veía maravillosamente, pero el este de Asia se sumergía en la niebla. Sumatra, Borneo, la sombra blancuzca de las costas occidentales de Australia... Las islas del Japón casi invisibles: ¡Maravilloso! Veía, al mismo tiempo, el norte de Europa y Australia, las costas orientales de África y el Japón, nuestros mares polares y el Océano Índico. Nunca el hombre había abarcado un espacio tan enorme de la Tierra con una sola mirada. Suponiendo que en la Tierra, al mirar cada hectárea, se gastara tan sólo un segundo, se necesitarían unos cuatrocientos o quinientos años para verla toda; tan grande es.

Kramer apretó mi mano y señaló un punto luminoso a lo lejos, el objetivo de nuestro viaje. Tuve que dejar de admirar el grandioso espectáculo de la Tierra. Miré a la Estrella Ketz y al cohetódromo, semejante a una gran luna reluciente. Lejos, muy lejos, en la oscura profundidad del cielo, se encendía y apagaba una desconocida estrella roja. Yo adiviné: un cohete que desde la Tierra venía hacia nuestro cohetódromo. Alrededor de la Estrella Ketz, en el oscuro espacio celeste, había muchas estrellas cercanas. Examinándolas con atención me percaté que ellas eran creaciones de la mano del hombre. Eran las «empresas auxiliares» de las que me había hablado el director; yo aún no las conocía. La mayoría tenían apariencia de cilindros luminosos, pero había otras diferentes: cubos, globos, conos, pirámides. Algunas construcciones tenían además anexos; desde ellas salían una especie de mangas, tubos o discos, la utilidad de los cuales era desconocida para mí. Otras «estrellas» lanzaban periódicamente rayos luminosos. Parte de ellas estaban sin movimiento, otras giraban despacio. Había también algunas que se movían unas cerca de otras, en grupos, unidas seguramente por cables invisibles a distancia. Con este movimiento, por lo visto, se creaba en ellas una gravedad artificial.

Kramer llamó de nuevo mi atención. Señalando el observatorio, acercó su escafandra a la mía y dijo:

—Tendrá tiempo de admirarlo. Apriete el botón del pecho y dispare. No podemos perder más tiempo.

Apreté el botón. Sentí un golpe en la espalda y salí disparado dando volteretas. El Universo empezó a dar vueltas. Tan pronto veía el Sol como la gigantesca Tierra, o el vasto espacio celeste cubierto de estrellas de diferentes colores. Lo veía todo confuso, la cabeza me daba vueltas. No sabía hacia dónde volaba, dónde estaba Kramer. Entreabriendo los ojos vi con espanto que caía vertiginosamente en el cohetódromo. Rápidamente apreté otro botón, recibí un empujón en el costado y salí hacia la izquierda del cohetódromo. ¡Qué desagradable sensación! Y lo peor, es que nada puedo hacer. Me contraía, me estiraba, me retorcía... ¡Nada ayudaba! Entonces cerré los ojos y apreté de nuevo el botón. Otro golpe a la espalda... El observatorio ya hacía mucho que lo había perdido de vista. La tierra azulada allá abajo se iluminaba. Su borde ya oscurecía: se acercaba la corta noche.

A la derecha se encendió una lucecita, seguramente una explosión del cohete portátil de Kramer. No, no voy a disparar más sin sentido. Estaba completamente desorientado. Y he aquí que en el momento crítico de mi desesperación, vi la

Estrella Ketz en el lugar que menos esperaba. En mi alegría, sin darme cuenta, disparé mis cohetes y empecé otra vez a dar volteretas. Me entró miedo de verdad. Estos ejercicios de circo no eran para mí... Y de pronto algo me golpeó una pierna, luego el brazo. ¿No será un asteroide...? Si mis vestidos se rompen me convertiré instantáneamente en un pedazo de hielo y me asfixiaré... Sentí un hormigueo por todo el cuerpo. ¿Será posible? ¿Puede ser que tenga un agujero en mis vestidos y por allí penetra el frío interplanetario? Sentí que me asfixiaba. El brazo derecho está sujeto por algo. Oigo un golpe en la escafandra y luego la voz apagada de Kramer:

—Por fin le alcanzo. Me ha dado usted trabajo... Yo le creía más diestro. No dispare más, por favor. Saltaba usted de un lado a otro como un petardo de pirotécnica. Por poco le pierdo de vista. Podía perderse por completo.

Kramer apartó mi capa blanca, en la cual me había enredado por completo, y los rayos vivificantes del Sol me calentaron rápidamente. El aparato de oxígeno estaba en buenas condiciones, pero yo casi no respiraba debido a la excitación. Kramer me tomó por los sobacos, como en mi primera salida al espacio, disparó a la izquierda, a la derecha, hacia atrás. Y volamos. Sin embargo, yo no notaba el movimiento, veía sólo que «el universo estaba en su lugar». Que la Estrella Ketz parecía que caía hacia abajo y que a nuestro encuentro venía la estrella del observatorio. Su luz se encendía más y más viva, como la de una estrella variable.

Pronto pude distinguir el aspecto exterior del observatorio. Era una construcción extraordinaria. Imagínense un tetraedro regular: en el que todas sus caras son triángulos. En los extremos de estas pirámides triangulares, hay anexionadas grandes esferas metálicas con infinidad de ventanas redondas. Las esferas están unidas entre sí por tubos. Como supe después, estos tubos sirven como corredores para pasar de una esfera a otra. En las esferas se han erigido telescopios reflectores. Enormes espejos cóncavos están unidos a las esferas con ligeras armazones de aluminio. El tubo telescópico usado en la Tierra no existe en el telescopio «celeste». Aquí no es necesario: no hay atmósfera y por esto no hay dispersión de la luz. Además de los gigantescos telescopios, encima de las esferas se elevan otros instrumentos astronómicos relativamente pequeños: espectógrafos, astrógrafos y heliógrafos.

Kramer disminuyó la velocidad del vuelo y cambió de dirección. Nos acercábamos a una de las esferas y nos paramos junto al tubo que las une, pero sin tocarlo. Tal precaución, como después me explicó Kramer, se debía a que el observatorio no debe experimentar ni el más leve choque. Mal lo va a pasar el visitante que al abordar empuje el observatorio. Tiurin se pondrá colérico y casi seguro dirá que le han estropeado la mejor fotografía del estrellado cielo, o que le han arruinado su carrera...

Kramer apretó con cuidado un botón en la pared. La puerta se abrió y penetramos en la cámara atmosférica. Cuando el aire la llenó nos despojamos de nuestros trajes y mi acompañante dijo:

—Verdaderamente este vejete ha echado raíces en su telescopio. No se separa de él ni para comer. Colocó a su lado balones y potes de los que chupa por medio de un tubito mientras continúa sus observaciones. Usted mismo lo verá. Mientras queda hablando con él, yo vuelo hasta el nuevo invernadero. Voy a ver como van los trabajos.

De nuevo se vistió la escafandra. Y yo, abriendo la puerta de entrada al interior del observatorio, me encontré en un corredor iluminado por luz eléctrica. Las lámparas se encontraban debajo de mis pies: resulta que había entrado en el observatorio cabeza abajo. Para no romper las lámparas me apresuré a agarrarme

a las correas de la pared. Tenía las alas plegables, pero no me atreví a usarlas en el santuario del temible viejo. Así me lo dibujaba mi imaginación, después de las referencias dadas por Kramer y el director.

Había un silencio sepulcral. El observatorio parecía completamente deshabitado. Tan sólo se oía el zumbido de los ventiladores y en algunos lugares un silbido apagado, seguramente proveniente de los aparatos de oxígeno. No sabía hacia dónde dirigirme.

—¡Eh!, oigan —grité sin alzar mucho la voz y tosí.

Silencio absoluto.

Tosí más fuerte, luego grité:

—¿Hay alguien aquí?

De una puerta a lo lejos salió la cabeza rizada de un joven negro.

—¿Quién? ¿Qué? —preguntó.

—¿Está en casa Fedor Grigorievich Tiurin? ¿Recibe? —bromeé yo.

En la negra cara brillaron los dientes con una sonrisa.

—Recibe. Yo estaba durmiendo. Siempre duermo cuando en Florida es de noche. Usted me ha despertado a tiempo —dijo el locuaz negro.

—¿Cómo desde Florida ha venido a parar al cielo? —continué yo.

—En barco, tren, aeroplano, dirigible, cohete.

—Sí, pero... ¿Por qué?

—Porque soy curioso. Aquí hace el mismo calor que en Florida. Yo ayudo al profesor —la palabra «profesor» la pronunció con respeto—. pues él es como un niño. Si no fuera por mí, se habría muerto de hambre al lado de su ocular. Tengo una mona que se llama «Mikki». Con ella no se aburre uno. Hay libros. Y hay también un libro muy grande e interesante: el cielo. El profesor me habla de las estrellas.

«Por lo visto este vejete no es tan temible», pensé yo.

—Vuele recto por el corredor hasta la esfera. En ella verá una cuerda que le llevará hasta el profesor Tiurin.

Se oyó el chillido de la mona.

—¿Qué? ¿No puedes mirar quién hay aquí? ¿Con quién hablo? ¡Ja, ja! Está forcejeando en el aire en medio de la habitación y no puede bajar hasta el suelo. Seguramente le van a salir alas —añadió el negro con convencimiento—. Sin alas aquí se pasa mal.

Volé hasta la pared esférica en la que se terminaba el corredor, abrí la puertecita y entré en la esfera. En las paredes había sujetas máquinas, aparatos, armarios, balones. Desde la puerta de entrada a través había tendida una cuerda bastante gruesa. Ésta se perdía en una abertura del tabique que dividía la esfera en dos partes. Me tomé de la cuerda y empecé a avanzar, abajo o arriba, no puedo decirlo. Es necesario despedirse para siempre de las nociones terrestres.

Finalmente pasé por el agujero y vi a una persona. Estaba acostada en el aire. De ella, salían delgados cordones de seda atados a las paredes.

«Como una araña en su telaraña», pensé yo.

—¿John? —preguntó él con una vocecita delgada, para mí inesperada.

—Buenos días, camarada Tiurin. Soy Artiomov. Vine...

—Sí, ya sé. El director me habló. ¿A la Luna? Sí. Volamos. Excelente idea.

Hablaba sin apartar los ojos del ocular y sin hacer el más leve movimiento.

—No le invito a sentarse: no hay dónde. Bueno, y no hace falta.

Yo traté de acercarme con cuidado al «araña», para ver mejor su cara. Lo primero que vi, fue un gran manojo de espeso pelo blanco como la nieve y un rostro pálido con nariz recta. Cuando Tiurin giró un poco su semblante hacia mí,

encontré la viva mirada de sus negros ojos con párpados rojizos. Por lo visto, fatigaba mucho su vista.

Tosí.

—¡No tosa hacia mí, va a desordenar mis cosas! —dijo con severidad.

«Ya empezamos —pensé yo—. Ni toser se puede.»

Pero, observando atentamente a mi alrededor, comprendí por qué no se podía toser.

Tiurin tenía dispersos por el aire libros, papeles, lápices, libretas, el pañuelo, su pipa, el paquete de tabaco y otros muchos objetos. Al más mínimo movimiento de aire todo volaría. Será necesario llamar a John para que le ayude, pues seguramente por sí mismo no le será fácil deshacerse de su telaraña. Probablemente con esta telaraña sostiene su cuerpo inmóvil cerca del objetivo del telescopio.

—Tiene un gran diámetro su telescopio —dije yo, para empezar la conversación.

Tiurin sonrió con satisfacción.

—Sí, los astrónomos terrestres no pueden ni soñar con un telescopio así. Sólo que no tiene tubo. ¿Al volar hasta aquí, no lo ha notado...? Perdone, antes que se me olvide debo dictar algunas palabras.

Y empezó a decir frases salpicadas de términos astronómicos y matemáticos. Luego, extendió levemente la mano hacia un lado y giró una manecilla de un pequeño armario que se hallaba también atado con cordones. Si se mostraran estos movimientos en la pantalla de cine, los espectadores asegurarían que el operador se había equivocado y la velocidad de la máquina era retardada.

—La grabación automática en la cinta es un secretario casero perfecto —aclaró Tiurin—. Encerrado en la caja, trabaja con exactitud y no pide de comer. Es más rápido que escribirlo uno mismo. Observo y dicto al mismo tiempo. Este aparato me ayuda también a efectuar cálculos matemáticos. Aunque por si acaso, tengo papel y lápiz cerca. No respire hacia mí... Sí, esto es un telescopio... En la Tierra no se podría construir. Allí el peso limita el tamaño. Esto es un telescopio reflector. Y no sólo uno. Los espejos tienen un diámetro de centenares de metros. Son reflectores gigantescos. Y están construidos aquí, con materiales celestes, el cristal está hecho de meteoros cristalinos. Yo organicé aquí una verdadera cacería de bólidos-meteoros... ¿Sí, de qué hablaba... Es acaso posible dedicarse a la astronomía en la Tierra? Allí son topos comparados conmigo. Aquí en dos años los adelanté en un siglo. Espere un poco, ya verá cuando se publiquen mis obras... Por ejemplo, el planeta Plutón. ¿Qué saben de él en la Tierra? ¿El tiempo de su revolución alrededor del Sol, lo saben? No. ¿La distancia media hasta el Sol? ¿La inclinación respecto de la elíptica? No. ¿Su masa? ¿Su densidad? ¿La fuerza de gravedad en el ecuador? ¿El tiempo de giro alrededor de su eje? No, no y no. ¡Se dice que descubrieron un planeta...!

Echó una risita de viejo.

—¿Y los blancos planetas enanos, las estrellas dobles? ¿Y la estructura del sistema galáctico...? Bueno. ¡Qué se puede decir! ¡Si incluso no saben nada en concreto de la atmósfera de los planetas del Sistema Solar! Se pasan la vida discutiendo. En cambio, yo aquí tengo descubrimientos como para veinte Galileos. Yo no me vanaglorio de ello, pues en este caso no ha sido el hombre el que lo ha hecho posible, sino las posibilidades que han sido puestas a su disposición. Cualquier otro astrónomo en mi lugar habría hecho lo mismo. Yo no trabajo solo. Tengo toda una plantilla de astrónomos... Si alguien fue genial, éste fue el que imaginó el observatorio aéreo. Sí, Ketz. A él se lo debemos.

En la abertura del tabique se movió algo. Vi la mona y la rizada cabeza de John. Con sus dedos metidos en su espesa y enmarañada cabellera, la mona estaba sentada en la cabeza del negro.

—¡Camarada profesor! ¿Usted no ha desayunado aún? —dijo John.

—¡Fuera! —gritó Tiurin.

La mona emitió un chillido.

—Mire y «Mikki» también lo dice. Tome un poco de café caliente —insistió John.

—¡Púdrete, márchate! ¡Vete con tu chillona!

La mona emitió un sonido aún más agudo.

—¡No me la llevo hasta que usted no desayune!

—Bien, bien. Ya empiezo, bebo, como. ¿Lo ves?

Tiurin acercó el balón con cuidado y, abriendo el grifo del tubo, chupó una y otra vez.

La mona y la cabeza del negro desaparecieron, pero a los pocos minutos salieron de nuevo en el agujero. Así se repitió hasta que, a juicio del negro, el profesor no tomó lo suficiente para reconfortarse.

—Y esto cada día —dijo Tiurin con un suspiro—. Son mis verdugos. Claro está que sin ellos me olvidaría por completo de comer. ¡La astronomía es, amigo mío, tan apasionante...! ¿Usted piensa que la astronomía es una ciencia? ¡Ja! Hablando sinceramente, es una concepción del mundo. Una filosofía.

«Ya empieza», pensé asustado. Y, para esquivar el tema peligroso, pregunté:

—Dígame, por favor. ¿Cree usted necesario que vaya un biólogo a la Luna?

Tiurin volvió con cuidado la cabeza y me miró escrutador, con desconfianza.

—¿Y usted qué, no quiere ni hablar de filosofía?

Recordando los consejos de Kramer, contesté apresuradamente:

—Todo lo contrario, yo me intereso mucho por la filosofía, pero ahora... falta muy poco tiempo, y es necesario prepararse. Yo quería saber...

Tiurin se volvió al ocular del telescopio y enmudeció. ¿Se habrá enfadado? Yo no sabía cómo salir de esta situación embarazosa. Pero Tiurin, de improviso, empezó a hablar:

—Yo no tengo a nadie en la Tierra. Ni esposa, ni hijos. En el sentido ordinario de la palabra, estoy solo. Pero mi casa, mi patria, son toda la Tierra y todo el cielo. Mi familia son todos los trabajadores del mundo: los buenos mozos como usted.

Al oír este cumplido me sentí aliviado.

—¿Usted piensa que aquí, sentado en este nido de arañas, he perdido el contacto con la Tierra, con sus intereses? No. Nosotros llevamos a cabo una gran tarea. Usted tendrá tiempo de conocer todos los laboratorios que hay en la Estrella Ketz.

—De algo me he enterado ya en la biblioteca. «La Columna Solar»...

Tiurin extendió la mano suavemente, conectó su aparato «secretario automático» y dictó algunas frases; por lo visto grababa sus últimas observaciones o ideas. Luego continuó:

—Yo observo el cielo. ¿Y qué es lo que más sorprende a mi mente? El eterno movimiento. El movimiento es vida. El cese del movimiento, la muerte. Movimiento es felicidad. La falta de independencia, el paro, son sufrimiento, desdicha. La dicha está en el movimiento, el movimiento de los cuerpos, de las ideas. Fundándose en esto se puede erigir incluso una moral. ¿No cree usted?

—Creo, que usted tiene razón —pude decir al fin—. Pero esta profunda idea es necesario meditarla bien.

—¡Ah! ¿Usted, de todas maneras, cree que ésta es una profunda idea? —exclamó alegre el profesor y, por primera vez, se volvió hacia mí rápidamente. La telaraña empezó a oscilar. Menos mal que aquí es imposible caerse...

—Voy a profundizar esta idea sin falta —dije, para ganarme la simpatía de mi futuro compañero de viaje—. Pero ahora vendrá a por mí el camarada Kramer, y yo quería...

—Pero, ¿qué es lo que quiere saber? ¿Si será necesario un biólogo en la Luna? Pues..., la Luna es un planeta completamente muerto. En él no existe en absoluto la atmósfera, y por esto, no puede haber vida orgánica. Así está admitido pensar. Pero yo me permito pensar de diferente manera. Mi telescopio... Sí, venga, dé una mirada a la Luna. Afírmese a estos cordones. ¡Con cuidado! ¡No tropiece con los libros! ¡Así! Bueno, dele un vistazo...

Yo miré al objetivo y quedé admirado. La superficie de la Luna se veía muy cerca, se distinguían hasta algunos bloques de piedra y grietas. El borde de uno de los bloques relucía con fulgores de diferentes colores. Seguramente eran originados por el brillo de rocas cristalinas.

—Bueno. ¿Qué dice usted? —dijo el profesor, satisfecho.

—Me parece que veo la Luna más cerca que la Tierra desde la Estrella Ketz.

—Sí, pero si mirara a la Tierra desde mi telescopio podría admirar su Leningrado... Pues bien: yo creo, basándome en mis observaciones, que en la Luna existen gases, por lo menos en cantidades insignificantes, y, por lo tanto, pueden haber también algunos vegetales... Mañana vamos a volar para comprobarlo. Yo, en suma, no soy amigo de los viajes. Desde aquí lo veo todo. Pero nuestro director insiste en hacer esta expedición. La disciplina ante todo... Ahora volvamos a nuestra conversación sobre la filosofía del movimiento.

»El movimiento rectilíneo infinito de puntos en el espacio es un absurdo. Tal movimiento no se diferencia de la inmovilidad. El infinito delante, el infinito detrás..., no hay proporción. Cualquier parte del camino recorrido, en comparación con el infinito es igual a cero.

»Pero, ¿qué hacer con el movimiento en todo el cosmos? El cosmos es eterno. El movimiento en él no cesa. ¿Será posible que el movimiento del cosmos sea también un absurdo?

»Durante algunos años razoné sobre la naturaleza del movimiento, hasta que encontré, por fin, dónde estaba lo esencial de la cuestión.

»El asunto resultó ser completamente fácil. El hecho es que en la naturaleza no existe en absoluto el movimiento infinito ininterrumpido, ni rectilíneo, ni curvo. Todo movimiento es intermitente, he aquí el secreto. Mendeleiev ya demostró la regularidad de intermitencia de las dimensiones (¡incluso las dimensiones!), en este caso concreto, los átomos. La doctrina de la evolución se cambia, o mejor, se profundiza en la genética, dando más importancia al desarrollo de los organismos en impulsos, en mutaciones. La intermitencia de las magnitudes magnéticas fue demostrada por Weiss; la intermitencia de las radiaciones por Blanck; la intermitencia de las características térmicas por Konovalov. El cosmos es eterno, infinito, pero todos los movimientos en el cosmos son intermitentes. Los sistemas solares nacen, se desarrollan, envejecen y mueren. Se originan nuevos sistemas diferentes. Tienen fin y principio y, por lo tanto, tienen proporción de medida. Lo mismo sucede en el mundo orgánico... ¿Usted me comprende? ¿Sigue usted el hilo de mis ideas...?

Por fortuna, asomó de nuevo en el agujero la cabeza del negro con la mona.

—Camarada Artiomov. Kramer le espera en la cámara atmosférica —dijo el negro.

Apresuré mi despedida con el profesor y salí de aquel rincón de arañas.

Tengo que confesar que Tiurin me obligó a pensar en su filosofía. «La felicidad en el movimiento»... ¡Pero qué cuadro tan desalentador ofrece a simple vista el creador de la filosofía del movimiento! Perdido en el oscuro espacio del cielo, rodeado de telarañas, inmóvil, colgando meses, años... Pero él es feliz, esto es indudable. La falta de movimiento del cuerpo lo compensa con el intensivo movimiento de ideas, de células cerebrales.

XII - Tiurin se entrena

Kramer me esperaba sin quitarse la escafandra; por lo visto tenía prisa. Rápidamente me puse la mía. Mi acompañante disminuyó la presión atmosférica y abrió la puerta al exterior. Sujetándome fuerte ante sí, se separó de la pared del observatorio con precaución, y con un movimiento de lado ayudándose con suaves disparos, giró hacia la Estrella Ketz. Luego hizo algunos disparos más fuertes y salimos lanzados a gran velocidad. Ahora Kramer habría podido dejarme suelto pero, por lo visto, no tenía confianza en mi «arte de vuelo» y me sostenía desde atrás por el codo.

Mirando cómo se acercaba la Estrella Ketz, observé que ésta giraba a bastante velocidad sobre su eje. Evidentemente, la reparación del invernadero había terminado y ahora se creaba artificialmente una mayor fuerza de gravedad.

No es tarea fácil agarrarse a las palas de un molino de viento en marcha. Pero Kramer se las arregló de maravilla. Empezó a dar vueltas alrededor del cilindro en dirección a su giro. Igualando de este modo nuestra velocidad con la del cilindro se asió de la agarradera.

No había terminado de desvestirme, cuando Meller me llamó a su despacho.

No sé en cuanto se había aumentado la gravedad en la Estrella. Seguramente que no había ni una décima de la terrestre. Pero yo noté en seguida la conocida sensación de tensión de los músculos. Era grato «pisar» con los pies «el suelo», hallar de nuevo que existe suelo y techo.

Entré animado en el despacho de Meller.

—Buenos días —me saludó ella—. He llamado a Tiurin. Va a llegar de un momento a otro. ¿Cómo lo ha encontrado usted?

—Es una persona original —respondí—, sin embargo, yo esperaba encontrar...

—No quería decir esto —me interrumpió Meller—. ¿Qué aspecto tiene? Yo pregunto como médico.

—Muy pálido. Con la cara un poco hinchada...

—Se comprende. Lleva un régimen de vida imposible. Hay en el observatorio un pequeño jardín, una sala para gimnasia con aparatos para el entrenamiento de los músculos; pero él menosprecia por completo su salud. Le confieso que he sido yo quien ha persuadido al director de mandar a Tiurin a la Luna. Y en adelante exigiré que cambie por completo de régimen, pues de otro modo muy pronto perderíamos a este hombre excepcional.

Se presentó Tiurin. Bajo la viva luz del ambulatorio aparecía aún más enfermizo. Además los músculos de las piernas habían perdido por completo el hábito del movimiento y es posible que en parte se hubieran atrofiado. Le era difícil estar de pie. Sus rodillas se plegaban, las piernas le temblaban, e impotente, agitaba los brazos. Si se le hubiera devuelto a la Tierra en este estado, seguramente se habría sentido como una ballena arrojada a la playa por las olas.

—¡Mire hasta qué punto ha llegado! —empezó Meller en tono de reproche—. Parece hecho de jalea.

La pequeña y enérgica mujer reñía al viejo científico como a un chico travieso. Finalmente lo envió al masajista, ordenando que después del masaje se presentara de nuevo a reconocimiento.

Cuando Tiurin salió. Meller se dirigió a mí:

—Usted es biólogo y me comprenderá. Tiurin es una excepción. Todos nos sentimos muy bien. Sin embargo, esta ligereza de la «vida celeste» me preocupa en sumo grado. Usted no siente o casi no siente su cuerpo. Pero, ¿cuáles serán las consecuencias? Ketz es una estrella joven. Sus más viejos habitantes llevan no más de tres años en condiciones de imponderabilidad, ¿qué pasará dentro de diez años? ¿Cómo repercutirá tal adaptación al ambiente en las condiciones generales del organismo? Finalmente... ¿Cómo se desarrollarán nuestros recién nacidos? ¿Y los hijos de nuestros hijos? Es muy posible que los huesos de nuestros descendientes sean más cartilaginosos, más gelatinosos. Los músculos se atrofiarán, indudablemente. Esto es lo primero que más me preocupa como persona responsable de la salud de nuestra colonia celeste. Lo segundo, son los rayos cósmicos. A pesar de la envoltura que, en parte, detiene estos rayos, de todas maneras nosotros recibimos aquí muchos más que en la Tierra. Hasta ahora yo no veo consecuencias nocivas. Pero es que tenemos aún muy poco material para las observaciones. En las moscas drosófilas aquí se observa una acentuada mutación, además muchas nacen con genes volátiles y no tienen descendencia. ¿Qué sucederá si los rayos producen este mismo efecto en las personas que viven en la Estrella Ketz? ¿Y si les nacen hijos monstruos o muertos...? Al fin y al cabo todo está en nuestras manos. Podemos eliminar todas las consecuencias perjudiciales. Podemos originar artificialmente cualquier fuerza de gravedad, si hace falta, mayor incluso que en la Tierra. Podemos también aislarnos de los rayos cósmicos. Pero debemos hacer infinidad de experimentos para poder fijar las condiciones óptimas... Ya ve cuánto trabajo tenemos para los biólogos.

—Sí, trabajo no falta —contesté, muy interesado por las palabras de Meller—. Este trabajo es necesario no sólo para las colonias celestes, sino también para la Tierra. ¡Cómo se abren los horizontes del saber sobre la naturaleza viva y muerta! Yo estoy entusiasmado porque la casualidad me haya traído aquí.

—Tanto mejor. Necesitamos trabajadores entusiastas —dijo Meller.

El recuerdo de «la casualidad me ha traído aquí», me llevó a pensar en Tonia. Cautivado por las nuevas impresiones, me había incluso olvidado de ella. ¿Cómo está y cómo va su búsqueda?

Me despedí de Meller y salí volando al corredor. Allí se oían alegres risas, voces, canciones y el particular zumbido de las alas; a pesar de haber ya un poco de gravedad, la juventud actuaba como de costumbre con las alas. Les gustaba dar saltos volando unos metros, como peces voladores. Algunos se ejercitaban en andar pisando el suelo. ¡Cuántas caras jóvenes, alegres y bronceadas! ¡Cuántas diversiones y travesuras!: he aquí que un grupo de chicas se las han ingeniado para jugar a «la pelota», haciendo servir de pelota a una de ellas, una pequeña regordeta. Ésta chillaba mientras «volaba» de unas manos a otras.

Todos se sentían alegres y despreocupados. Por lo visto no les cansaba el trabajo en este mundo de «poco peso». Pasando por un lado, cerca de la pared, pude llegar hasta la habitación de Tonia. Ella estaba sentada en una ligera silla de aluminio. Al parecer habían ya traído muebles del almacén.

A través de la ventana, en el negro cielo se veía un enorme resplandor; era el círculo de la Tierra «en la noche». La luz del resplandor coloreaba la cara y manos de Tonia. Estaba pensativa.

Quise alegrarla. Llegué hasta ella y dije riéndome:

—Bueno, ¿cuánto pesa usted ahora?

Y sin pensarlo mucho, la tomé por los hombros y la levanté fácilmente. Probablemente se me contagió la alegría de los jóvenes que acababa de ver.

Ella se apartó en silencio.

—¿Por qué está triste? —pregunté, sintiéndome violento.

—Nada..., estaba pensando en mamá.

—¿Actúa la «atracción terrestre»? ¿Nostalgia?

—Puede ser —contestó.

—¿Sabe algo de Evgenev?

—Aún no he podido comunicar con él. El aparato está siempre ocupado. ¿Y cómo fue su conversación con el director?

—Mañana salgo hacia la Luna.

Ella levantó su mirada hacia mí.

—¿Para mucho tiempo?

—No lo sé. El vuelo, dicen que tarda unos cinco o seis días. Y no se sabe cuánto tiempo estaremos en la Luna.

—Es muy interesante —dijo Tonia mirándome fijamente—. Con gusto iría con ustedes. Pero me han enviado por algún tiempo al laboratorio, el cual se encuentra a tal distancia de la Tierra que allí no llega la radiación terrestre. Allí, en la sombra, reina el frío del espacio universal. Vamos a montar un nuevo laboratorio para el estudio de la electroconductibilidad de los metales a bajas temperaturas...

Sus ojos se avivaron.

—¡Hay un problema interesantísimo! Usted sabe que con la disminución de la temperatura, disminuye en los metales la resistencia a la corriente eléctrica. A temperaturas cercanas al cero absoluto, la resistencia es también casi igual a cero... En la solución de estos problemas trabajó ya Kapitza. Pero en la Tierra se exigían esfuerzos colosales para conseguir bajas temperaturas. Y en el espacio interplanetario esto es sencillo. Imagínese un aro metálico colocado en el vacío a la temperatura de cero absoluto. En él se dirige corriente inducida. Esta corriente puede ser de una potencia enorme. Y circulará por el aro eternamente, mientras no aumente la temperatura. Al subir la temperatura se produce una descarga instantánea. Si utilizamos estos aros dándoles altas tensiones, podremos tener una especie de relámpago en conserva, cuya actividad se manifestará en cuanto se eleve la temperatura. Aunque existe el problema del hecho que, al faltar la resistencia disminuye la tensión, o sea la potencia... Es necesario hacer un cálculo. ¡Cómo me serviría Paley en este caso! —exclamó casi con apasionamiento.

Esto, claro, era la pasión del científico, pero yo no pude disimular mi disgusto.

No pudo salir la expedición al día siguiente: enfermó Tiurin.

—¿Qué le pasa? —pregunté a Meller.

—Se ha agriado nuestro filósofo —contestó ella—, enfermó de la «alegría», todo es debido al movimiento. En realidad no es nada. Se queja de dolor en las piernas. Le duelen las pantorrillas. Es poca cosa. Pero, ¿cómo enviarlo a la Luna en este estado? Les crearía muchos problemas. Con una décima parte de la gravedad terrestre está así. Y en la Luna hay una sexta parte. Allí a buen seguro

no podrá con sus huesos. He decidido darle unos cuantos días para entrenarse. Aquí tenemos un almacén de los asteroides captados por nuestros hombres. Todas estas piedras, trozos de planetas, se han amontonado en forma de globo. Para que no volaran trozos de esta masa nuestros heliosoldadores han fundido y soldado la superficie de estos pedazos. A una de estas «bombas» hemos atado una esfera vacía con un cable de acero y luego le dimos movimiento circular. Resultó una fuerza centrífuga; la gravedad en el interior de la esfera hueca es igual a la de la Luna. En este globo se ejercita Tiurin. La presión y cantidad de oxígeno en la esfera son las mismas que en la escafandra del vestido interplanetario. Vuele hasta allí y hágale una visita. Pero no vaya solo. Que vaya Kramer con usted.

Hallé a Kramer en la sala gimnasio. Estaba efectuando tales números que le hubieran envidiado los mejores artistas del trapecio si le hubieran podido ver.

—Voy a ir con usted, eso sí, pero ya es hora de aprender a volar solo. Va a ir pronto a la Luna. ¡Y no sabemos lo que puede suceder en un viaje así!

Kramer me ató a un largo cordón y me dejó volar hasta el campo de entrenamiento de Tiurin. Ya no daba volteretas y «disparaba» con bastante acierto, aunque no supe amarrar a la esfera en movimiento. Kramer vino en seguida en mi ayuda. A los cuatro minutos de haber partido ya entrábamos en la esfera metálica.

Fuimos recibidos con ensordecedores chillidos y alaridos. Extrañado miré hacia el interior del globo iluminado por una gran lámpara eléctrica y vi a Tiurin sentado en el «suelo» golpeando con los puños una alfombra de goma. Cerca de él daba saltos gigantescos el negrito John. La mona «Mikki» con alegres chillidos, saltaba desde los hombros del negro hasta el «techo», allí se asía de las correas, cayendo otra vez a la cabeza de John. La gravedad «lunar» parecía gustarles, lo que no se podía decir de Tiurin.

—¡Levántese profesor! —gritó John—. La doctora ha ordenado que ande unos quince minutos y usted no ha andado ni cinco.

—¡No me levanto! —chilló enojado Tiurin—. ¡Yo no soy un caballo! ¡Verdugos! ¡No puedo más!

En este momento llegamos nosotros. Primero nos vio John y se alegró:

—Mire, camarada Artiomov —dijo dirigiéndose a mí—, el profesor no me hace caso, de nuevo quiere meterse en su telaraña...

La mona, de pronto, se puso a chillar.

—¡Detén ya tu tocadiscos! —gritó el profesor—. ¡Buenos días, camaradas! —se dirigió a nosotros y, poniéndose de rodillas se levantó pesadamente.

«¿Cómo puede ir a la Luna en este estado?», pensé yo mirando a Kramer. Éste sólo meneó la cabeza.

—Pero si usted mismo, profesor, más de una vez me lo ha dicho: cuanto más movimiento, más felicidad... —insistía el negro.

Este argumento «filosófico» por parte de John, fue inesperado. Sin querer nos sonreímos, y Tiurin se puso rojo de ira.

—¡Hace falta comprender! ¡Al menos intentarlo! —chilló él con voz aguda—. Hay diversas clases de movimiento. Estos movimientos físicos pesados estorban al movimiento superior de las células de mi cerebro, de mis ideas. Y además, cualquier movimiento es intermitente y tú quieres que marche sin descanso... ¡Me vas a matar!

Y se puso a caminar con aspecto de mártir, gimiendo y suspirando.

John me llevó a un lado y me dijo al oído:

—¡Camarada Artiomov! Tengo mucho miedo por mi profesor. Está tan débil. Será peligroso que vaya a la Luna sin mí. Si incluso se olvida de comer y beber... ¿Quién va a cuidarlo en la Luna...?

A John la aparecían las lágrimas en los ojos. Quería a su profesor. Consolé a John como pude, y le prometí preocuparme de Tiurin durante la expedición.

—¡Usted responde de él! —pronunció el negrito solemnemente.

—¡Sí, claro! —asentí.

De vuelta a la Estrella, se lo conté todo a Meller. Ella meneó la cabeza con desaprobación.

—Tendré que ocuparme yo misma de Tiurin.

Y esta pequeña y enérgica mujer se dirigió efectivamente a la «sala de entrenamiento».

Yo tampoco perdí el tiempo: aprendí a volar en el espacio interplanetario, y según manifestó mi maestro Kramer, hice grandes progresos.

—Ahora ya estoy tranquilo porque durante la expedición a la Luna usted no se perderá en los abismos del cielo —dijo.

Pasados unos días Meller regresó de la «sala de entrenamiento» más satisfecha y declaró:

—A la Tierra aún no dejaría ir al profesor, pero para ir a la Luna está en «plena forma».

XIII - Hacia la órbita lunar

En vísperas de nuestro viaje a la Luna acompañé a Tonia al laboratorio del frío universal. La despedida fue breve, pero calurosa. Ella apretó mi mano con afecto y dijo:

—Sea prudente, cuídese...

Estas palabras sencillas me hicieron feliz.

A la mañana siguiente Tiurin, bastante animado, entró en el cohete. John, se despidió de él completamente afligido. Parecía que fuera a llorar de un momento a otro.

—¡Usted responde del profesor! —me gritó al ir a cerrarse la puerta del cohete.

Resulta que volamos hacia la Luna no directamente, sino por la espiral, alrededor de la Tierra. Y no se sabe cuánto va a durar el viaje. En nuestro cohete pueden alojarse veinte personas. Y nosotros sólo somos seis: tres componentes de la expedición científica, el capitán, el piloto y el mecánico. Todo el espacio libre de la nave está ocupado por víveres de reserva, materias explosivas y oxígeno líquido. Y en la parte superior del cohete va sujeto una especie de vagón con ruedas, destinado a servir para los viajes por la superficie lunar. Como aquí no existe la resistencia del aire, el «automóvil lunar» no disminuirá la velocidad de vuelo de nuestro cohete.

Muy pronto el cohete abandonó el hospitalario cohetódromo de la Estrella Ketz. Y en seguida Tiurin se sintió mal. El caso era que, en cuanto aumentó la velocidad y las explosiones se hicieron más seguidas, el peso del cuerpo cambiaba. Y yo comprendí a Tiurin: se puede uno acostumbrar a la gravedad, a la ausencia de peso, pero acostumbrarse a que de repente el cuerpo deje de pesar, y de pronto pese como el plomo, es imposible.

Menos mal que teníamos suficientes reservas de alimentos y combustible, lo cual daba la posibilidad de no apresurarse y las explosiones eran moderadas. El sonido de ellas se transmitía únicamente por las paredes del cohete. A estos

ruidos se podía uno acostumbrar, como al zumbido de motores, o al tic tac del reloj. ¡Pero no al aumento de peso!

Tiurin suspiraba, gemía. La sangre se le subía a la cabeza y su semblante se tornaba purpúreo, casi azul, o se retiraba el color y su cara se tornaba pálida, amarilla.

Sólo nuestro geólogo Sokolovsky, alegre y fuerte, con grandes bigotes lo soportaba bien y siempre estaba de buen humor.

Cuando volvió nuestro cuerpo al estado de imponderabilidad, el astrónomo empezó a hablar en voz alta, costumbre que había adquirido en su vida solitaria. Hablaba sin coherencia: comunicaba datos astronómicos de interés, desconocidos por los astrónomos terrestres, o pronunciaba sentencias «filosóficas».

—¿Por qué es tan interesante el cine? Porque en él vemos movimiento...

Luego empezaba a gemir y retorcerse, para después hablar de nuevo.

Yo miraba por la ventanilla. A medida que nos alejábamos de la Tierra, ésta parecía más pequeña. Nuestro día se hacía más largo, las noches más cortas. En realidad esto no eran noches, sino eclipses solares.

En cambio con la Luna sucedían cosas chocantes.

Si nuestro cohete se encontraba en el punto opuesto de la órbita de la Luna, ésta aparecía pequeña, mucho más pequeña de como se ve desde la Tierra, y si nos acercábamos hacia la Luna por la órbita, ésta se hacía enorme.

Finalmente, llegó el momento en que la máxima dimensión de la Luna se igualó con la de la Tierra. Nuestro capitán, que más de una vez había hecho el viaje a la órbita lunar, nos dijo:

—Les felicito. Hemos superado las cuatro quintas partes de la distancia que nos separa de la Luna. Hemos sobrepasado cuarenta y ocho radios terrestres. Para nuestros viajes interplanetarios dentro del Sistema Solar, el radio terrestre —6.378,4 kilómetros— sirve de unidad de medida. Es una especie de milla para los navegantes interplanetarios —aclaró.

Ahora el tamaño de la Luna variaba durante el día, que era el tiempo de la órbita del cohete alrededor de la Tierra. La mitad del día la Luna «engordaba», se hacía más grande, y la otra mitad «enflaquecía». Pero estos días empezaron a ser de mayor duración que los terrestres.

El día claro, sin nubes y resplandeciente aumentaba sin cesar.

El capitán dice que la atracción de la Luna se deja sentir más y más fuerte y altera la ruta del cohete. La velocidad del mismo aumenta o disminuye como resultado de los fuertes abrazos de nuestro satélite terrestre. La Luna no quiere dejarnos salir de su campo de atracción. Si no fuera por la fuerza de resistencia que suponen nuestros aparatos de explosión, ella nos haría prisioneros para la eternidad. ¡Cuánto más peligrosos serán los grandes planetas del Sistema Solar...!

En las primeras horas del vuelo, el capitán dejaba los mandos para que automáticamente el cohete volara por la ruta señalada. Esto no era peligroso. Pero después, pocas veces lo dejó, a pesar de estar mecanizados y automatizados.

Íbamos alrededor de la Tierra, aproximadamente por la misma órbita que la Luna, y por eso el viaje alrededor de la Tierra lo efectuamos con el mismo tiempo que la Luna —cerca de treinta días terrestres—. Nuestra noche, o sea el eclipse solar, se hizo tan rara, como los eclipses lunares en la Tierra. El cohete iba acercándose a la Luna igualando su velocidad a la de ella. Nuestra nave alcanzó la misma distancia de la Tierra que la Luna. El espacio que separaba al cohete de la Luna se hizo invariable.

Parecía que la Luna, la Tierra y el cohete estaban inmóviles, y que sólo la bóveda celeste se moviera continuamente.

—Muy pronto construiremos colonias aquí —rompió el silencio Sokolovsky.

—No, no, señor mío, no tan pronto —contestó Tiurin—, antes es necesario encontrar materiales aquí. No los vamos a traer de la Tierra. Al contrario, nosotros debemos enviar a la Tierra algunos regalos «celestes». Ya hemos enviado toda una colección de meteoritos. Todo un enjambre de leónidos.

Y Tiurin sonrió satisfecho.

—Es verdad —dijo Sokolovsky—. Necesitamos mucho hierro, níquel, acero y cuarzo para la construcción de nuestros alojamientos.

—¿Y de dónde van a sacar estos minerales? —pregunté yo. La palabra «mineral» hizo reír a Sokolovsky.

—No son minerales, sino «aéreos» estos materiales —dijo—. Los meteoritos son nuestros «minerales». No en balde yo corría tras ellos.

—La explotación de meteoritos la organicé yo. ¡Esto fue mi idea! —rectificó Tiurin.

—No discuto esto, profesor —dijo Sokolovsky—. La idea fue suya y la ejecución mía. Por ejemplo, ahora he enviado a Evgenev a una nueva exploración.

El nombre de «Evgenev» hizo rememorar en mí todo el camino que me había llevado aquí. ¿Quién lo iba a decir? ¡Cómo lo personal había pasado a último plano ante las extraordinarias impresiones recibidas aquí!

—¿Usted seguramente no sabía que encontramos todo un enjambre de pequeños meteoritos no muy lejos de la Estrella Ketz? —me dijo Sokolovsky—. Más arriba se encontraron más grandes. Al analizarlos se halló hierro, níquel, sílice, alúmina, óxido de calcio, feldespato, hierro cromado, óxidos de hierro, grafito y otras materias. En una palabra, todo lo necesario para la construcción y además oxígeno para los vegetales y el agua. Poseyendo la energía solar podemos transformar estos materiales y recibir todo lo que necesitamos, incluso lápices. El oxígeno y el agua, claro está, no se hallan aquí en estado ya preparado, sino en estado «ligado», pero para los químicos esto no es problema.

—Estudié según sus datos los movimientos de estos restos de cuerpos celestes —intervino Tiurin—, y he llegado a interesantes conclusiones. Parte de estos meteoritos vino desde lejos, pero la mayoría giraban alrededor de la Tierra, en la misma órbita que la Estrella Ketz...

—Sobre esto, profesor, fui yo quien le llamé la atención —dijo Sokolovsky.

—¡Sí, claro! Pero las conclusiones las hice yo.

—No discutamos —añadió Sokolovsky reconciliador.

—No discuto. Yo sólo quiero exactitud. No en balde soy científico —replicó Tiurin levantándose incluso del sillón, pero en seguida se dejó caer y empezó a quejarse.

—Meller tiene razón —dijo—. Me he debilitado por completo en los años que he pasado en el mundo de la imponderabilidad. Hace falta cambiar de régimen.

—La Luna será un buen entrenamiento —rió el geólogo.

—Sí... Bueno, yo quería hablar sobre mi hipótesis —continuó Tiurin—. Son tantos los meteoritos que giran alrededor de la Tierra que nos obliga a pensar que deben ser los restos de un pequeño satélite de la Tierra desaparecido, una segunda Luna. Ésta sería una Luna muy pequeña. Cuando calculemos exactamente la cantidad y masa de estos meteoros, podremos restaurar las medidas que tenía este satélite, así como los paleontólogos restauran los huesos de los animales desaparecidos. ¡Una pequeña Luna! Aunque ésta seguramente lucía no menos que la actual, pues se encontraría más cerca de la Tierra.

—Perdone, profesor —intervino de pronto el joven mecánico parecido a un indio por su color de piel—. A mí me parece que a tan corta distancia la Tierra hubiera atraído a esta pequeña Luna.

—¿Qué? ¿Qué? —gritó Tiurin en tono amenazador—. ¿Y la pequeña Estrella Ketz, por qué no cae a la Tierra? ¿Eh? Todo depende de la rapidez de movimiento... Pero la pequeña Luna de todas maneras sucumbió —dijo conciliador—. Las fuerzas en lucha (su inercia y la atracción terrestre) la hicieron trizas. ¡Ay! ¡Esto es lo que también amenaza a nuestra Luna! Se desintegrará en pequeños trozos. Y la Tierra tendrá un magnífico aro como el de Saturno. Yo creo que este aro lunar dará tanta luz como la Luna actual. Adornará las noches de los habitantes terrestres. Pero de todas maneras será una pérdida —terminó el profesor con un suspiro.

—Una pérdida irreparable —añadí.

—Quizá sea reparable. Tengo algunos proyectos, pero por ahora me los callo.

—¿Y cómo cazaban los meteoros? —pregunté a Sokolovsky.

—Es una caza divertida —contestó el geólogo—. Yo tuve que cazarlos no sólo en la órbita de la Estrella Ketz y...

—En la zona de asteroides entre las órbitas de Marte y Júpiter —interrumpió Tiurin—, los astrónomos terrestres han hallado poco más de dos mil Asteroides allí. Pero mi catálogo pasa ya de los cuatro mil.

»Estos asteroides son también restos de un planeta, pero más importante que nuestra segunda Luna. Según mis cálculos este planeta era mayor que Mercurio. Marte y Júpiter lo desintegraron con sus atracciones. ¡No lo compartieron! El aro de Saturno es también un satélite suyo que sucumbió destrozado a pedazos. Ya ven cuántos cadáveres hay en nuestro sistema solar. ¿Quién los va a seguir? ¡Ay! ¡Ay! ¡Otra vez estos empujones!

De nuevo miré por la ventanilla sujetándome en el respaldo. A través de ella se veía el mismo cielo negro cubierto de estrellas. Así se puede volar durante años enteros, siglos y el cuadro será el mismo...

De pronto recordé un viaje que hice en un vagón de un tren ordinario con la vieja locomotora de vapor. Verano. Atardecía. El sol se ocultaba tras el bosque dorando las nubes. Por la abierta ventanilla del vagón entraba la humedad del bosque con aromas de acónito y tilo. En el cielo, tras del tren, corre la joven Luna en su cuarto creciente. El bosque deja paso a un lago, el lago a unos promontorios, en ellos están dispersas casas con frondosos jardines. Luego vinieron los campos con aromas de trigo maduro... Cuántas impresiones diferentes, cuánto «movimiento» para los ojos, el oído, el olfato, expresándose según Tiurin. Y aquí, ni viento, ni lluvia, ni cambio de tiempo. Ni noche, ni verano, ni invierno. Siempre esta lúgubre bóveda celeste, el espantoso sol azulado y el clima invariable en el cohete...

No, por interesante que sea estar en el cielo, en la Luna, en otros planetas, yo no cambiaría esta vida «celeste» por la terrestre...

—¡Pues bien...! La caza de asteroides es una de las más atractivas —oí de pronto la voz de bajo del geólogo Sokolovsky.

Me gusta escucharle. Habla de manera sencilla, como si charlara en casa, en su gabinete, reunido con amigos que han venido a pasar el rato. A él, por lo visto, no le produce ninguna sensación la situación extraordinaria en que nos hallamos.

—Acercándose a la zona de asteroides hay que estar muy atento —dice Sokolovsky—. De lo contrario, es posible que algún «trocito» del tamaño del Palacio de los Soviets de Moscú, o más grande aún, caiga sobre el cohete y...,

¡recuerde como se llamaba! Por eso hay que volar por la tangente, acercándose más y más hacia la dirección de los asteroides... ¡Qué hermoso cuadro! Nos acercamos a la zona de asteroides. El aspecto del cielo cambia... ¡Mire el cielo! En realidad no se puede decir que sea completamente negro. El fondo es negro, pero en él hay una masa compacta de estrellas. Y he aquí que en esta luminosa masa se notan unas rayas oscuras. Es el vuelo de los asteroides no iluminados por el Sol. Algunos dibujan en el cielo trazos luminosos como la plata. Otros dejan rastros de color rojo bronceado. Todo el cielo queda lleno de trazos más o menos luminosos. A medida que el cohete gira hacia la dirección del movimiento de los asteroides y aumenta su velocidad, cuando vuela Casi al igual que ellos, dejan de aparecer rayas. Ustedes se encuentran en un mundo extraordinario y vuelan entre innumerables «lunas» de diversas formas y tamaños. Todos vuelan en una dirección, pero aún siguen avanzando hacia el cohete.

»Cuando alguna de las «lunas» vuele cerca del cohete, podrán ver que no es redonda. Estas «lunas» tienen formas muy variadas. Un asteroide, digamos, parece una pirámide, otro que se acerca tiene forma de esfera, un tercero se parece a un tosco cubo, la mayoría, son sencillamente informes trozos de rocas. Algunos vuelan en grupos, otros bajo la influencia de la atracción mutua, se unen formando como un «racimo de uva»... Su superficie en estos casos varía, puede ser mate, o reluciente como el cristal de roca. «Lunas» a la derecha, «lunas» a la izquierda, arriba, abajo... Cuando el cohete disminuye su velocidad, parece como si las «lunas» de pronto fueran hacia delante, pero cuando el cohete de nuevo adquiere velocidad, entonces ellas parece que frenan. Finalmente el cohete las adelanta y las «lunas» se quedan atrás.

»Es peligroso volar más despacio que los asteroides. Pueden alcanzarte y destrozar el cohete. Por el contrario, es completamente seguro volar en la misma dirección y a su misma velocidad. Pero entonces se ven únicamente los asteroides que te rodean. Parece que todo está inmóvil: el cohete, las «lunas» de la izquierda, las de la derecha, las de arriba y las de abajo. Tan sólo la cúpula celeste avanza lentamente, pues, a pesar de todo, los asteroides y el cohete vuelan y cambian de posición en el cielo.

»Nuestro capitán preferiría volar un poco más veloz que los asteroides. Entonces la masa de asteroides no se echan encima. Y además te mueves entre ellos, entre un enjambre de «lunas», las observas, escoges. En una palabra, intervienes como en el personaje del diablo de Gogol, que quería robar la Luna al cielo. Sólo que pequeña. No tenemos aún la fuerza suficiente para arrancar de su órbita a un gran asteroide y luego arrastrarlo hasta la Estrella Ketz. Tenemos miedo de gastar todo el combustible en la «pelea» y quedarnos prisioneros del asteroide que nos llevaría con él... Los primeros tiempos escogíamos los más pequeños. Era necesario una gran destreza y sangre fría para acercarse al asteroide sin golpes, y tomarlo «en abordaje». El capitán dirigía el cohete de manera que volando a su lado procuraba acercarse lo más posible. Luego los disparos de lado cesaban y poníamos en acción el electroimán: pues casi todos los asteroides, menos los cristalinos, están compuestos principalmente de hierro. Finalmente, cuando la distancia era mínima, desconectábamos el electroimán, dejando que la fuerza de gravedad hiciera lo restante. Al cabo de unos instantes sentíamos un insignificante golpe. Y seguíamos volando junto con nuestro satélite. Los primeros intentos de «abordaje» no siempre salieron a pedir de boca. Algunas veces nos golpeamos bastante fuerte. En estos casos, el asteroide —sin notarlo nosotros— se desviaba de su órbita y nuestro cohete, como era más ligero, salía despedido a un lado, haciéndose necesario maniobrar de nuevo.

Luego ya nos dimos maña en «abordar» de manera más limpia. Quedaba sólo «atar» el asteroide al cohete. Probamos de sujetarlo con cadenas, probamos de aguantarlo con electroimanes, pero todo esto no daba resultado. Finalmente, aprendimos incluso a soldar los meteoros a la cubierta metálica del cohete. Para esto nos servíamos de aparatos de soldadura heliógena, aprovechando la energía solar.

—Pero, ¿para esto era necesario salir del cohete? —dije yo.

—Claro. Y salíamos. Incluso hacíamos excursiones por los asteroides. Recuerdo un caso —continuó Sokolovsky riéndose—. Llegamos a un gran asteroide en forma de grandiosa y rústica bomba de piedra un poco achatada. Salí del cohete, me agarré a uno de los ángulos del asteroide e intenté hacer un «viaje» alrededor de aquel mundo. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que en los «polos» achatados de este planeta me podía mantener de pie, pero en el prominente «ecuador» el centro de gravedad se había desplazado y tuve que ponerme cabeza abajo «con los pies arriba». Así caminé por él aferrándome con las manos.

—Sería seguramente un pequeño planeta giratorio y no es que se hubiera desplazado el centro de gravedad, sino la gravedad relativa —rectificó Tiurin—. En la superficie de los polos de rotación la gravedad tiene su máximo valor y la dirección normal hacia el centro. Pero cuanto más lejos del polo, menor es la fuerza de gravedad. Así que una persona que vaya del polo al ecuador es como si descendiera de una montaña, además la pendiente aumenta sin cesar. Entre los polos y el ecuador la dirección de la gravedad coincidía con el horizonte y a usted le parecía que bajaba por una pendiente casi vertical. Más allá ya le parecía el suelo como un techo inclinado y tenía que agarrarse donde podía para no ser despedido del planeta... Desde la Tierra, con los mejores telescopios —continuó Tiurin—, se distinguen planetas con diámetros no menores de seis kilómetros. Pero hay asteroides del tamaño de una partícula de polvo.

—¡En cuántos he tenido que estar! —dijo Sokolovsky—. En algunos la fuerza de gravedad es tan insignificante que es suficiente un pequeño salto para salir disparado de su superficie. Estuve en uno de estos que tenía una circunferencia de diecisiete kilómetros y medio. Al saltar a un metro de altura tardaba veintidós segundos en volver a tocar la superficie. Al hacer un movimiento como para traspasar una puerta en la tierra, podía aquí subir a la altura de doscientos diez metros..., un poco menos que la torre Eiffel. Tiraba piedras y ya no volvían a caer.

—Volverán, pero pasado un tiempo —añadió el astrónomo.

—He estado en un planeta relativamente grande con un diámetro sólo seis veces más pequeño que la Luna. En él levantaba con una sola mano veintidós personas, todos mis compañeros. Allí se podía uno columpiar en un columpio atado con delgados cordeles, construir torres de seis kilómetros y medio de altura. Probé a disparar con el revólver. ¡No puede usted imaginar lo que sucedió! Si yo mismo no hubiera sido despedido del planeta por el disparo, mi bala hubiera podido matarme por detrás, después de volar sobre alrededor del asteroide. Seguro que aún ahora sigue dando vueltas al planeta, como si fuera un satélite.

—Los trenes en un planeta así podrían ir a velocidades de mil doscientos kilómetros por hora —dijo Tiurin—. A propósito, podrían acercarse algunos de estos planetas a la Tierra. ¿Por qué no organizar una mejor iluminación de las noches terrestres? Y luego poblar estos planetas. Envolverlos en fundas de cristal como si fueran invernaderos. Sembrar plantas. Criar animales. Con el tiempo podría asimismo poblarse la Luna.

—En la Luna hace mucho frío y mucho calor —dije yo.

—Una atmósfera artificial bajo una cúpula de vidrio con cortinas reduciría el calor del Sol. En lo que se refiere al frío del suelo durante las noches lunares, tengo mi opinión —añadió Tiurin en tono significativo—. ¿No hemos renunciado a la teoría del núcleo candente de la Tierra con temperaturas extraordinariamente altas? Y a pesar de esto nuestra Tierra es cálida…

—El Sol y el abrigo de la atmósfera… —empezó el geólogo, pero Tiurin lo interrumpió.

—Sí, sí, pero no es tan sólo esto. En la corteza terrestre se desarrolla el calor de la desintegración radiactiva que tiene lugar en sus entrañas. ¿Por qué no puede suceder esto también en la Luna? ¿Incluso en más alto grado? La desintegración radiactiva puede calentar el suelo de la Luna. Y además el magma no enfriado aún debajo de su corteza… La Luna no es tan fría como parece. Y si además hay restos de atmósfera… He aquí por qué usted, biólogo, ha sido incluido en esta expedición —dijo dirigiéndose a mí.

Sokolovsky movió la cabeza con incertidumbre.

—En los asteroides no he podido encontrar ningún calentamiento del suelo ocasionado por la desintegración radiactiva de los elementos.

—Los asteroides son menores que la Luna —contestó el astrónomo gritando.

Estuvo callado durante mucho tiempo y de pronto volvió con su filosofía, como si en su cerebro, fueran paralelas dos líneas de ideas.

Estrellas muertas que ya no parpadean miran por la ventanilla de nuestro cohete. La lluvia de estrellas, atravesando la bóveda celeste, se va hacia un lado y a lo alto. El cohete gira.

—Hemos ya recogido muchos asteroides —me dice Sokolovsky en voz baja, sin prestar atención a Tiurin que, como una pitonisa, pronuncia sus sentencias—. Ante todo «pusimos los cimientos» debajo de nuestro cohetódromo. Cuanto mayor fuere su masa, más estabilidad tendría. Los golpes casuales de los cohetes al llegar no podrían desplazarlo en el espacio. También proveemos de asteroides a nuestras fábricas, usted aún no conoce esta faceta. No hace mucho pudimos cazar un pequeño planeta interesantísimo. Bueno, era tan sólo un trozo que según la medida terrestre tendría como tonelada y media de peso. Imagínese un pedazo casi por entero formado por oro… ¡Vaya hallazgo! Yacimientos de oro en el cielo…

Por lo visto Tiurin oyó estas palabras y comentó:

—En los grandes planetas los elementos se disponen desde la superficie hacia el centro, según su peso específico: arriba el silicio y el aluminio «sial», debajo del silicio el magnesio («sima», más abajo el níquel, el hierro) «nife», el hierro y otros metales más pesados: platino, oro, mercurio, plomo… Vuestro asteroide de oro sería un trozo del núcleo central de un planeta destrozado. Es un caso raro. No cuenten con encontrar muchos de éstos.

Tenía sueño. Mi organismo aún no se había deshabituado al régimen de vida terrestre. Del cambio de día y noche.

—¿Se duerme? —me preguntó Tiurin—. Buenas noches, que descanse. Yo ya he perdido la costumbre de dormir por la noche. En el observatorio perdí por completo el hábito de dormir regularmente. Y ahora me parezco a aquellos animales que duermen a cortos intervalos. Como un gato, por ejemplo.

Y continuó hablando, pero yo me dormí. No había explosiones. Silencio, tranquilidad… Soñé con mi laboratorio de Leningrado…

Cuando después de un día miré al cielo, quedé extrañado del aspecto de la Luna. Ésta ocupaba la séptima parte del cielo y daba miedo su gran tamaño. Estábamos tan sólo a dos mil kilómetros de ella. Las montañas, los valles y los

«mares sin agua» se veían como en la palma de la mano. Se destacaban bruscamente los contornos de algunas cordilleras y los conos de volcanes apagados, sin vida, como todo en la Luna. Se veían incluso las profundas grietas...

El astrónomo miraba la Luna fijamente. Conocía desde hacía mucho tiempo «cada piedra de su superficie», como él se expresaba.

—Vean allí en el extremo. Es Clavius, debajo Tycho, y más allá Alfonso, Ptolomeo, a la derecha Copérnico, y más lejos los Apeninos, Cáucaso, Alpes...

—Falta el Pamir y el Himalaya —añadí yo.

—Así vamos a bautizar los picos de la otra cara invisible de la Luna —dijo el geólogo sonriendo—. Allí aún no tienen nombre.

—¡Vaya que Luna...! —decía Tiurin admirado—. Cien veces más grande que la «terrestre». ¡Ay, ay! —gimió—, otra vez la sobrecarga.

—El capitán está frenando —dijo el geólogo—. La Luna nos atrae cada vez con más fuerza. Dentro de media hora llegaremos.

Yo me alegré pero también me asusté un poco. Que me llame cobarde aquel que ya haya pisado la Luna y no se haya emocionado ante su próximo «alunizaje».

La Luna está debajo de nosotros. Ocupa la mitad del cielo. Sus picos crecen ante nuestros ojos.

Pero es extraño: la Luna, al igual que la Tierra, desde la altura parece cóncava y no prominente. Aparece como una sombrilla vuelta al revés.

Tiurin se quejaba: las contraexplosiones aumentaban. A pesar de esto no dejaba de mirar. Pero de pronto empezó a moverse hacia un lado. Y sólo porque mi cuerpo se hizo más pesado de un lado, comprendí que el cohete había cambiado de nuevo de dirección. La gravedad se desplazó tanto que la Luna se «percibía» ya encima de nosotros. Se hacía difícil hacerse a la idea de cómo podríamos andar por «el techo».

—Aguante un poco profesor —dijo el geólogo dirigiéndose a Tiurin—. Quedan sólo dos o tres kilómetros. El cohete vuela ya muy despacio: no más de unos cientos de metros por segundo. La presión de los gases del cohete es igual a la atracción lunar, y va sólo por inercia.

De nuevo nos sentimos ligeros. El peso desapareció.

—¿Y dónde bajamos? —preguntó Tiurin reanimado.

—Parece que cerca de nuestro vecino Tycho Brahe. Quedan tan sólo quinientos metros —dijo Sokolovsky.

—¡Ay, ay! ¡Otra vez contraexplosiones! —gimió Tiurin.

Bueno, ahora todo está normal. La Luna ya está debajo.

—Ahora descendemos... —dijo Sokolovsky con emoción—. Con tal de no destrozar nuestro «automóvil lunar» al caer.

Pasaron unos diez segundos y sentí un ligero golpe. Las explosiones cesaron. Con bastante suavidad caímos hacia un lado.

XIV. En la Luna

—¡Hemos llegado! —dijo Sokolovsky—. Todo ha resultado bien.

—No hemos cerrado las ventanillas al caer —refunfuñó Tiurin—. Esto ha sido una imprudencia. El cohete podía haber caído de lado y romper el cristal.

—Bueno, no es la primera vez que nuestro capitán «aluniza» —replicó Sokolovsky—. Bien, queridos camaradas, pónganse los trajes interplanetarios y trasládense al «automóvil lunar.»

Nos vestimos rápidamente y salimos del cohete.

Respiré profundamente. Y a pesar que respiraba el oxígeno de mi aparato, me pareció como si el gas tuviera aquí otro «gusto». Esto, claro está, era todo imaginario. Mi segunda impresión, ya real por completo, fue la sensación de ligereza. Ya antes, durante los vuelos en los cohetes y en la Estrella Ketz, donde había una completa ingravidez, había experimentado esta ligereza, pero aquí, en la Luna, la gravedad se sentía como una «magnitud constante», sólo que bastante menor que en la Tierra. ¡No era broma! ¡Yo ahora pesaba seis veces menos que mi peso terrestre!

Miré a mi alrededor. Encima de nosotros se hallaba el mismo cielo lúgubre con sus estrellas sin centelleo. El Sol no se veía y tampoco la Tierra. Oscuridad completa, atenuada tan sólo por los rayos de luz de las ventanillas de nuestro cohete. Todo esto se hacía extraño por la idea terrestre que tenemos de nuestro satélite reluciente. Luego adiviné: el cohete cayó más al sur de Clavius, en el lado de la Luna invisible desde la Tierra. Y aquí ahora era de noche.

Todo alrededor era silencio y desierto sin vida. No sentía frío dentro de mi traje electrificado. Pero el aspecto de este negro desierto inhóspito me helaba el alma.

Salieron también del cohete el capitán y el mecánico para ayudar a sacar el automóvil. El geólogo me invitó con un gesto a tomar parte en el trabajo. Miro el cohete-auto. Tiene forma de vagón-huevo. A pesar de ser pequeño debe pesar lo suyo. Pero no veo ni cuerdas, ni cables, ni grúas, en una palabra ningún aparato para bajarlo. El mecánico trabaja allá arriba destornillando las tuercas. El capitán, Sokolovsky, Tiurin y yo estamos debajo preparados para recibir el cohete. Nos va a aplastar... Pero bueno, estamos en la Luna. No es fácil acostumbrarse tan pronto. La parte trasera del «huevo» está destornillada. Empieza a deslizarse por este lado. Sokolovsky tira de él. El capitán está a la mitad y yo en la parte delantera. Ahora el cohete se vendrá abajo... Yo estoy preparado para sujetarlo y al mismo tiempo pienso en cómo y dónde saltar, si el peso resulta demasiado para mis fuerzas. Sin embargo, mis temores son vanos. Seis brazos, deteniendo el deslizante automóvil, sin grandes esfuerzos lo ponen sobre sus ruedas.

El capitán y el mecánico se despiden agitando la mano y vuelven al gran cohete. Tiurin nos invita a subir a nuestro automóvil.

En él se estaba bastante estrecho. Pero en compensación podíamos liberarnos de nuestros trajes y hablar.

Al mando se puso Sokolovsky, que ya conocía la construcción del pequeño cohete. Encendió la luz, accionó al aparato de oxígeno y conectó la calefacción eléctrica.

El interior del cohete recordaba un automóvil ordinario de pequeñas dimensiones. Sus cuatro asientos ocupaban la parte delantera del mismo. Dos terceras partes de la cabina estaban ocupadas por el combustible, las provisiones y mecanismos. Esta parte del vehículo llevaba una estrecha puertecilla, por la cual era difícil penetrar.

Al desvestirnos de nuestros trajes y escafandras sentimos frío a pesar que la calefacción eléctrica estaba ya conectada. Yo tenía escalofríos. Tiurin se echó encima un abrigo de pieles.

—Nuestro cohete se enfrió mucho. Tengan un poco de paciencia, pronto se calentará —dijo Sokolovsky.

—Ya empieza el alba —dijo Tiurin, mirando por la pequeña ventanilla de nuestro vehículo.

—¿El alba? —pregunté yo extrañado—. ¿Cómo puede verse en la Luna el resplandor del amanecer si no hay atmósfera?

—Pues resulta que puede ser —contestó Tiurin. No había estado nunca en la Luna, pero como astrónomo sabía tanto de las condiciones lunares como de las terrestres.

Miré por la ventanilla y vi a lo lejos algunos puntos luminosos, como si fueran trozos de metal en fusión.

Eran los picos de las montañas iluminadas por los rayos del sol naciente. Su vivo reflejo iluminaba a otras cumbres. Su luz iba transmitiéndose más; y más allá debilitándose poco a poco. Esto era lo que creaba el original efecto de alba lunar. A su luz, empecé a distinguir las cordilleras que se hallaban a la sombra, las cavidades de los «mares» y los picos cónicos. Montañas invisibles se destacaban en el fondo del cielo estrellado, mostrando hendiduras con negros trazos de caprichos contornos dentados.

—Pronto va a salir el sol —dije.

—No tan pronto —replicó Tiurin—. En el ecuador de la Tierra sale en dos minutos, pero aquí será necesario esperar más de una hora hasta que todo el disco solar no se eleve sobre el horizonte. Pues los días en la Luna son treinta veces más largos que en la Tierra.

Quedé pegado a la ventanilla sin poderme separar ¡El espectáculo era magnífico! Las cumbres de las montañas se encendían con luz cegadora una tras otra, como si en ellas seres desconocidos estuvieran encendiendo bengalas de gran potencia. ¡Cuántos picos hay en la Luna! Los rayos del sol aún invisibles «cortaron» todas las cumbres de las montañas a una misma distancia de la superficie. Y parecía como si de pronto aparecieran en el «aire» montañas de extraños contornos, pero con iguales bases planas. Fueron aumentando más y más la cantidad de estas montañas en llamas hasta que, al fin, se divisaron sus «proyecciones» y ellas cesaron de parecer flotantes en el fondo negro.

Sus partes bajas eran de color ceniza plateada, y más arriba, de un blanco deslumbrante. Gradualmente fueron iluminándose, por los reflejos de la luz, las bases de las montañas. El «alba lunar» se hizo aún más luminosa.

Completamente encantado por este espectáculo, no podía retirar mis ojos de la ventana. Quería ver las particularidades y el trazado de las montañas lunares. Pero me di cuenta que eran casi como en la Tierra. En algunos puntos, las rocas colgaban de manera inverosímil sobre el abismo, como enormes cornisas, y no caían. Aquí ellas pesaban menos, la gravedad era menor.

En las llanuras lunares, como grandes campos de pasadas batallas, habían agujeros en forma de embudo de diversas medidas. Algunos pequeños, no más grandes de las que deja al explotar una granada de tres pulgadas, otros se acercaban a las medidas de un verdadero cráter. ¿Podrá ser que esto sean huellas de meteoritos caídos en la Luna? Quizá. En la Luna no hay atmósfera y, por lo tanto, no tiene la cubierta protectora que pueda evitar, como en la Tierra, que caigan enteras estas bombas celestes. Pero bueno, entonces aquí no estamos exentos de peligro. ¿Qué va a pasar si nos cae encima una de estas bombas-meteoro?

Comuniqué a Tiurin mis inquietudes. Él me miró, sonriendo.

—Parte de los cráteres son de origen volcánico pero otros son, sin duda, hechos por meteoritos al caer —dijo él—. ¿Usted teme que uno de ellos caiga sobre su cabeza? Esta posibilidad existe, pero el cálculo de probabilidades nos demuestra que el peligro es un poco mayor que en la Tierra.

—¡Un poco mayor! —exclamé—. ¿Caen muchos meteoros grandes en la Tierra? Se buscan como una gran rareza. Por el contrario aquí toda la superficie está cubierta de ellos.

—Eso es verdad —dijo tranquilamente Tiurin—. Pero usted se olvida de algo: La Luna hace ya mucho que no tiene atmósfera. Y existe desde hace millones de años; además del hecho que al no existir aquí ni vientos ni lluvias, las huellas quedaron intactas. Estos cráteres son los anales de muchos millones de años de vida. Si en la Luna cae un meteoro de grandes dimensiones cada cien años, ya es mucho. ¿Vamos a tener tanta mala suerte que precisamente ahora, cuando estamos aquí, va a caer este meteoro? Yo no tendría nada en contra, claro está, siempre que no nos cayera precisamente sobre nuestras cabezas, sino cerca de nosotros para poderlo ver.

—Vamos a discutir sobre el plan de nuestras operaciones —dijo Sokolovsky.

Tiurin propuso empezar con un examen general de la superficie lunar.

—¡Cuántas veces he admirado con mi telescopio el circo de Clavius y el cráter de Copérnico! —dijo—. Quiero ser el primer astrónomo que pise estos lugares.

—Yo propongo empezar con el examen geológico del suelo —añadió Sokolovsky—. Sobre todo porque la parte invisible desde la Tierra, aún no está iluminada por el sol y aquí empieza a «amanecer».

—Se equivoca usted —replicó Tiurin—. O sea, no es muy exacto. En la Tierra ahora ven la Luna en cuarto creciente. Nosotros podemos recorrer este «cuarto» —el extremo oriental de la Luna— en cuarenta y cinco horas, si ponemos nuestro bólido a doscientos kilómetros por hora. Vamos a parar únicamente en Clavius y Copérnico. ¿Además, quién es el jefe de la expedición, usted o yo? —terminó acalorándose.

El paseo por el «cuarto» me interesó.

—Verdaderamente, ¿por qué no admirar los más grandiosos circos y cráteres de la Luna? —dije—. Su estructura geológica tiene también un gran interés.

El geólogo se encogió de hombros. Sokolovsky ya había estado en la parte de la Luna que se ve desde la Tierra. Pero si la mayoría quería…

—Pero, ¿usted no subió al cráter, verdad? —preguntó Tiurin con temor.

—No, no —sonrió Sokolovsky—. El pie del hombre no ha pisado aún aquellos lugares. Usted será el primero. Yo estuve en el «fondo» del Mar de la Abundancia. Y puedo confirmar que este nombre es justificado, hablando de materiales geológicos. Yo recogí allí una colección extraordinaria… Bien, no perdamos tiempo. ¡Vamos entonces, vamos! Pero permítanme ir a gran velocidad. En nuestro coche podemos hacer más de mil kilómetros por hora. Sea, voy a llevarles a Clavius.

—Y a Copérnico —añadió Tiurin—. Por el camino veremos los Cárpatos. Se hallan un poco más al norte de Copérnico.

—¡De acuerdo! —respondió Sokolovsky, tirando de la palanca.

Nuestro cohete se estremeció, recorrió un trecho sobre sus ruedas y, dejando la superficie, fue tomando altura. Vi nuestro gran cohete posado en el valle, luego un vivo rayo de luz me cegó: ¡El Sol!

Estaba aún muy bajo en el horizonte. ¡Era un sol de madrugada, pero no se parecía en nada al que nosotros vemos desde la Tierra! La atmósfera no lo enrojecía. Tenía un color azulado, como siempre en este cielo negro. A pesar de esto su luz era deslumbrante. A través del cristal de la ventanilla sentí en seguida su calor.

El cohete se había elevado y volaba por encima de los altos picachos. Tiurin observaba con atención el contorno de las montañas. Se había olvidado de los

embates que acompañaban los cambios de velocidades y también de su filosofía. Ahora era tan sólo un astrónomo.

—¡Clavius! ¡Es él! Ya veo en su interior tres cráteres no muy grandes.

—¿Lo llevo al mismo circo? —preguntó Sokolovsky sonriendo.

—Sí, al circo. ¡Bien cerca del cráter! —exclamó Tiurin, y empezó a cantar de alegría.

Eso fue para mí tan inesperado como oír cantar una araña. Creo que ya había dicho que Tiurin tenía una voz extremadamente fina, lo que desgraciadamente no se podía decir de su oído. En su canto no había ni ritmo, ni melodía. Sokolovsky me miró malicioso y sonrió.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le preguntó de pronto Tiurin.

—Estoy buscando un lugar para bajar —respondió el geólogo.

—¡Un lugar para posarse! —exclamó Tiurin—. Creo que hay sitios de sobra. El diámetro de Clavius tiene doscientos kilómetros. ¡Una tercera parte de la distancia que separa Moscú de Leningrado!

El circo de Clavius era una especie de valle rodeado por un alto terraplén. Tiurin dijo que la altura de este terraplén era de siete kilómetros. Más alto que los Alpes. Juzgando por la sombra dentada que proyecta en el valle, el terraplén tiene una cresta muy desigual. Las tres sombras de los cráteres se alargaban ocupando casi todo el circo.

—Es el mejor tiempo para hacer excursiones por el circo —dijo Tiurin—. Cuando el Sol se encuentre encima, el calor será insoportable. El suelo se pondrá candente. Ahora sólo empieza a calentarse.

—Es igual. Aguantaremos también el día lunar. Nuestros trajes resguardan tan bien del calor como del frío —respondió Sokolovsky—. Bajamos. ¡Sujétese fuerte, profesor!

Yo también me agarré a la butaca. Pero el cohete casi sin sacudida cayó sobre sus ruedas, dio un salto, voló unos veinte metros, cayó de nuevo, otra vez dio un salto ya más pequeño y finalmente corrió por una superficie bastante lisa.

Tiurin pidió ir hasta el centro del triángulo formado por los tres cráteres.

Rápidamente nos dirigimos hacia ellos. El suelo se hacía cada vez más irregular, más escabroso y empezamos a dar saltos en nuestros asientos.

—Será mejor que lo pasemos de un salto —dijo el geólogo—. O vamos a dejar las ruedas en esta «pista».

En ese mismo instante, sentimos un fuerte golpe. Algo se había roto debajo y nuestro bólido, tumbado hacia un lado fue dando brincos lentamente por los terrones.

—¡Vaya, ya lo decía! —exclamó Sokolovsky con disgusto—. Una avería. Tendremos que salir fuera y repararla.

—Tenemos ruedas de recambio. Lo arreglaremos —dijo Tiurin—. En caso contrario iremos a pie. Hasta los cráteres sólo hay unos diez kilómetros. ¡Vistámonos!

Sacó con prisa la pipa y empezó a fumar.

—Yo propongo comer un poco —dijo Sokolovsky—. Ya es hora de desayunar.

Pese a sus prisas, Tiurin tuvo que obedecer. Comimos frugalmente y salimos al exterior. Sokolovsky movió la cabeza: la rueda estaba deshecha. Fue necesario poner una nueva.

—Bueno, mientras ustedes lo hacen, yo me voy —dijo Tiurin.

Y él, en efecto, empezó a correr. ¡Vaya con la gelatina! ¡Lo que puede la curiosidad! Sokolovsky admirado, abrió los brazos con gesto de sorpresa. Tiurin saltaba con facilidad grietas de más de dos metros y sólo las más anchas le

obligaban a dar un rodeo. La mitad de su traje brillaba al sol y la otra casi se perdía en la sombra. Parecía como si en la superficie lunar se moviera un extraño monstruo, saltando sobre la pierna derecha y agitando el brazo también derecho. La pierna y brazo izquierdos centelleaban periódicamente con una estrecha franja luminosa. La «cuarta» parte de la figura de Tiurin iluminada se alejó rápidamente.

Estuvimos ocupados con la rueda algunos minutos. Cuando todo estuvo reparado, Sokolovsky me propuso ir a la plataforma superior abierta del cohete, donde había un segundo mando de dirección del mismo. Renovamos nuestro camino siguiendo las huellas de Tiurin. Cabalgar en la plataforma superior era más interesante aún. Desde allí podía verse todo a nuestro alrededor. A nuestra derecha cuatro sombras de montañas proyectaban en el valle vivamente iluminado por el Sol sus siluetas. A la izquierda «ardían» sólo las cimas de las montañas y sus bases estaban sumergidas en el crepúsculo lunar. Desde la Tierra esta parte de la Luna parece de color ceniza. Las cordilleras eran de declives más suaves de lo que yo esperaba, íbamos por el mismo borde del «cuarto creciente», o sea por la línea «terminal», como dijo Tiurin, el límite de la luz y la sombra.

Súbitamente Sokolovsky me dio un suave golpe con el codo y con la cabeza me señaló hacia delante. Ante nosotros había una enorme grieta. Más de una vez habíamos pasado de corrida grietas de esas dimensiones, y si era demasiado ancha, volábamos sobre ella. Seguramente, Sokolovsky me había avisado antes del salto, para que yo no me cayera. Yo le miré interrogante. El geólogo acercó su escafandra a la mía y dijo:

—Mire, nuestro profesor…

Eché una mirada y vi a Tiurin que acababa de salir de la franja de sombra. Corría agitando los brazos, a lo largo de una extensa grieta, en dirección a nosotros. Por lo visto no podía saltarla.

—Tiene miedo a que pasemos delante de él y seamos los primeros en llegar al centro del circo —dijo el geólogo—. Tendremos que parar.

En cuanto paramos, Tiurin subió a la plataforma de un salto. Verdaderamente la Luna lo había rejuvenecido.

Sin embargo, exageró un poco. Tiurin cayó sobre mí con todo su cuerpo y se veía cómo su vestido se levantaba convulsivamente en el pecho. El viejo estaba extraordinariamente cansado.

Sokolovsky «pisó el pedal» ante la grieta. Se oyó una explosión y al mismo tiempo el cohete dio un tirón hacia arriba. En este instante vi ante mis ojos los pies de Tiurin. El cansancio se hizo sentir: no tuvo tiempo de aferrarse fuerte de la barandilla y fue derribado. Vi cómo su cuerpo describía un arco y empezaba a caer. Caía despacio, pero desde una altura considerable. Mi corazón dejó de latir ¡Se ha matado…!

Y nosotros ya volábamos encima de la ancha grieta. Sokolovsky giró bruscamente el cohete, con lo cual por poco no salto también yo, y rápidamente descendimos a la superficie, no lejos de donde yacía Tiurin. Estaba tendido y no se movía. Sokolovsky, como persona entendida, revisó ante todo, el estado del traje. El más pequeño agujero podría ser mortal: el frío convertiría en un momento el cuerpo del profesor en un pedazo de hielo. Por fortuna el vestido estaba entero, sólo manchado en algunos sitios por el negro polvo, y tenía algunos rasguños sin importancia, que no había llegado a agujerearlo. Tiurin levantó una mano, movió el pie… ¡Vivo! Inesperadamente se levantó y sin ayuda de nadie se dirigió al cohete. Yo quedé admirado. Sólo en la Luna se puede caer

con tanta suerte. Tiurin subió a su sitio y sin decir palabra señaló con el brazo adelante. Miré a través del cristal de su escafandra. ¡Estaba sonriendo!

Después de unos minutos llegamos al lugar. El profesor, con aire solemne, bajó primero del cohete. Realizaba un rito. Este cuadro se grabó en mi memoria. El cielo negro sembrado de estrellas. El Sol, azulado. Por un lado, las montañas de un brillo cegador; por el otro, picos montañosos «encendidos» hasta el blanco, «pendientes en el vacío». El amplio valle del circo, casi la mitad cubierto por sombras de bordes dentados; las huellas de nuestro automóvil-cohete en el suelo rocoso cubierto de cenizas y polvo. Estas huellas en la superficie lunar producían un efecto singular. En el mismo límite de la sombra pisa con solemnidad una figura, parecida a un buzo dejando tras de sí huellas... ¡Huellas del pie del hombre! Pero he aquí que esta figura se para. Mira el cráter, hacia nosotros, el cielo. Recoge algunas piedras y forma una pequeña pirámide. Luego se agacha y dibuja con el dedo en la ceniza:

TIURIN

Esta inscripción, hecha en la frágil ceniza con un dedo de la mano, de hecho era más fuerte que las inscripciones rúnicas en las rocas terrestres: las lluvias no van a erosionarla, los vientos no van a taparla con polvo. Se conservará durante millones de años, suponiendo que no caiga en este lugar algún meteorito casual.

Tiurin está satisfecho. De nuevo subimos a nuestro coche y volamos hacia el norte. El sol, poco a poco, se eleva en el horizonte e ilumina aislados peñascos de las montañas situadas al este. ¡Sin embargo, qué lento se desliza por el firmamento!

De nuevo un salto sobre una grieta. Esta vez Tiurin está preparado. Se agarra fuerte a la barandilla. Miro hacia abajo. ¡Pavorosa grieta! No es fácil que en la Tierra existan tales grietas. No se ve el fondo, está oscuro. Tiene una anchura de varios kilómetros. ¡Pobre viejecita, la Luna! ¡Qué profundas arrugas tiene tu cara...!

—Alfonso... Ptolomeo... Ya los vimos cuando volábamos hacia la Luna —dice Tiurin.

A lo lejos veo la cúspide de un cráter.

Tiurin acerca su escafandra a la mía (de otra manera no podemos conversar) y me comunica:

—¡Helo aquí...! ¡Copérnico! Uno de los más grandes cráteres de la Luna. Su diámetro pasa de los ochenta y cinco kilómetros. El mayor de la Tierra, en la isla de Ceilán, tiene menos de setenta kilómetros de anchura.

—¡Al cráter! ¡Al mismo cráter! —ordena Tiurin.

Sokolovsky pone el cohete vertical. Subimos para volar sobre el borde del cráter. Desde la altura se ve el círculo correcto, en el centro del cual se eleva un cono. El cohete desciende en la base del cono. Tiurin baja a la superficie y dando saltos se dirige hacia él. ¿No querrá subir hasta su cumbre? Así es. Ya empieza a escalar por las abruptas rocas casi verticales, y con tal rapidez que el mejor alpinista en la Tierra no le daría alcance. En la Luna es más fácil la escalada. Aquí Tiurin pesa entre diez y doce kilogramos. No es demasiado peso, incluso para sus debilitados músculos.

Alrededor del cono, a alguna distancia de él, hay un terraplén de piedras formando círculo. No comprendo su origen. Si esto son piedras arrojadas alguna vez por el volcán en erupción entonces estarían dispersas por todo el espacio y no formarían un círculo tan correcto.

La explicación vino inesperadamente. De pronto sentí cómo el suelo se estremecía. ¿No será que en la Luna hay aún «lunemotos»? Miré perplejo a Sokolovsky. Éste, en silencio, extendió el brazo en dirección a un pico: de su cumbre salían disparadas enormes rocas que se desmenuzaban por el camino. En su carrera estas rocas rodaban hasta el terraplén.

¡Ahora comprendo de qué se trata! En la Luna no hay vientos, ni lluvias que destruyan las montañas. Pero en cambio existe otro fenómeno destructor: la enorme diferencia de temperaturas entre el día y la noche lunares. Durante dos semanas se sostienen temperaturas de cerca de doscientos grados bajo cero, y en otras dos semanas, casi doscientos grados de calor. ¡Una diferencia de cuatrocientos grados! Las rocas no resisten y se agrietan rompiéndose a trozos, como un vaso de vidrio al que se vierte agua hirviendo. Tiurin debe saber esto mejor que yo. ¡Cómo ha podido cometer tal imprudencia...! Por lo visto, él mismo ha comprendido esto y ya está descendiendo rápidamente, saltando de roca en roca. A su izquierda hay otro derrumbamiento, a la derecha también, pero ya está cerca de nosotros.

—¡No, no! Yo no rehúso de mi intento —dice agitado—, pero escogí una mala hora. Para subir a las montañas lunares, es necesario hacerlo al final del día lunar o de noche. Por ahora ya basta. Volemos hacia el Océano de las Tormentas, y desde allí, recto hacia el este, al otro lado de la Luna, el que no ha visto aún ningún ser humano.

—Me gustaría saber quién ha dado estos extraños nombres —dije cuando ya nos pusimos en camino—. Copérnico, Platón, Aristóteles..., no lo comprendo aún. Por ejemplo: ¿Qué océano de las Tormentas puede haber en la Luna, si no las hay en absoluto? ¿Un mar de la Abundancia, donde no hay nada, excepto piedras muertas, un mar de las Crisis..., qué crisis? ¿Y qué clase de mares son éstos, en los que no hay ni una gota de agua?

—Sí, los nombres no son del todo acertados —convino Tiurin—. Claro que las cavidades en la superficie de la Luna, son el lecho de mares y océanos que existieron alguna vez. Pero esos nombres... ¡Hacía falta llamarlos de alguna manera! Cuando se fueron descubriendo los pequeños planetas, al principio se les llamaba, según una tradición ya establecida, por los nombres de los antiguos dioses griegos. Muy pronto se agotaron todos los nombres y había más y más planetas. Entonces se recurrió a los nombres de hombres célebres: Flammarión, Gauss, Pickering e incluso conocidos filántropos como el norteamericano Eduardo Tuck. Así el capitalista Tuck pudo adquirir propiedades en el cielo. Yo creo que para los pequeños planetas el mejor sistema sería el numeral... Los Cárpatos, Alpes, Apeninos en la Luna es por falta de fantasía. Yo, por ejemplo, he imaginado una denominación completamente nueva para las montañas, volcanes, mares y circos, que descubramos en el otro lado de la Luna...

—¿No se olvidará usted del cráter de Tiurin, verdad? —preguntó, sonriendo, Sokolovsky.

—Habrá para todos —contestó Tiurin—. El cráter de Tiurin, el mar de Sokolovsky y el circo de Artiomov, si así lo quieren.

No había pasado media hora cuando Sokolovsky «aumentando el ardor» de nuestro cohete nos llevó al Océano de las Tormentas. El cohete bajó hasta el «fondo» del océano. Este «fondo» era muy desigual. En algunos lugares se elevaban altas montañas. Es posible que sus cimas en algún tiempo sobresalieran de las aguas formando islas. Algunas veces descendíamos a profundos valles que se hallaban en la sombra. Pero la oscuridad no era

completa: la luz reflejada por los picos de las montañas iluminadas nos alumbraba.

Miré a mi alrededor con atención. Las piedras daban sombras largas y compactas. De improviso vi a lo lejos una sombra extraña en forma de rejilla, como de una gran cesta medio deshecha. Mostré la sombra a Sokolovsky. Paró inmediatamente el cohete y corrí hacia ella. Parecía una piedra, pero una piedra de forma rara: como parte de una espina dorsal con sus costillas. ¿Es posible que hayamos encontrado los restos de algún monstruo extinguido? ¿O sea, que en la Luna existieron incluso animales vertebrados? Por lo tanto, no hace tanto que perdió su atmósfera. Mirando atentamente vi que las «vértebras» y las «costillas» eran demasiado finas para un animal de tales dimensiones. Pero claro, en la Luna la gravedad es seis veces menor que en la Tierra, y los animales podían tener aquí esqueletos más delgados. Además, esto seguramente fue un animal marino.

El geólogo recogió una «costilla» caída cerca del esqueleto y la partió. Por fuera era negra, en el interior tenía un color grisáceo y de aspecto poroso. Sokolovsky movió la cabeza y dijo:

—Creo que esto no es hueso, más bien son corales.

—Pero su aspecto, sus contornos... —traté de objetar.

Estuvo a punto de entablarse una discusión científica, pero en aquel momento se inmiscuyó Tiurin. Alegando sus poderes exigió la marcha inmediata. Tenía prisa para examinar la parte opuesta de la Luna mientras estaba casi toda iluminada por la luz del sol. No tuvimos más remedio que obedecer. Recogí algunos «huesos» para analizarlos detenidamente de vuelta a Ketz y emprendimos el vuelo. Este hallazgo me emocionó fuertemente. Si se excavara en el suelo del fondo marino se podrían hacer muchos descubrimientos inesperados. Se podría reconstruir el cuadro de la breve vida en la Luna. Breve, claro está, a escala astronómica...

Nuestro cohete corría hacia el este. Yo miraba hacia el sol y me asombraba: se elevaba bastante de prisa hacia el cenit. Súbitamente, Tiurin se echó la mano al costado.

—Creo que he perdido mi máquina fotográfica... El estuche está aquí pero el aparato no... ¡Atrás! ¡No puedo quedarme sin aparato fotográfico! ¡Seguramente se me cayó cuando lo puse en el estuche, después de fotografiar aquel nefasto esqueleto! Aquí los objetos tienen tan poco peso que no es difícil que caigan sin notarlo...

El geólogo movió la cabeza con disgusto pero dio la vuelta al cohete. Y entonces me di cuenta de un fenómeno inverosímil: el sol se fue hacia atrás, hacia el este, bajando gradualmente hacia el horizonte. Me dio la sensación que estaba delirando. ¿Me habrán calentado la cabeza los rayos solares? ¡El sol se mueve en el cielo hacia un lado, y después hacia otro! No me atrevía a decirlo a mis compañeros y continuaba, callado, mi observación. Cuando llegábamos al lugar, disminuyó la velocidad de nuestro cohete hasta unos quince kilómetros a la hora y el sol se paró. ¡No puedo comprenderlo!

Tiurin, por lo visto, se dio cuenta que yo miraba a menudo el cielo. Sonrió y, acercando su escafandra a la mía, dijo:

—Veo que le inquieta el comportamiento del sol. Y, sin embargo, la razón es sencilla. La Luna es un cuerpo celeste pequeño y, por lo tanto, el movimiento de sus puntos ecuatoriales es muy lento: cruzan menos de cuatro metros por segundo. Por esto, si se va por el ecuador a una velocidad cercana a los quince kilómetros por hora hacia el oeste, el sol estará parado en el cielo y si se aumenta

esta velocidad, el sol empezará a «ponerse» hacia el este. Y al contrario: cuando nosotros íbamos hacia el este, hacia el sol, entonces, al trasladarnos por la superficie lunar, obligábamos al mismo a aumentar su ascensión. En una palabra, aquí podemos dirigir el movimiento del sol. Quince kilómetros por hora es fácil hacerlos en la Luna, aunque sea a pie. Entonces el expedicionario que por el ecuador hacia el oeste vaya a tal velocidad, tendrá el sol siempre encima... Esto es muy cómodo. Por ejemplo, es muy conveniente ir siguiendo al sol cuando está cerca de la puesta. El suelo está aún caliente, hay luz suficiente y no existe ya el calor sofocante. A pesar que nuestros trajes nos preservan de los cambios de temperaturas, la diferencia entre la luz y la sombra se siente bastante.

Llegamos al lugar. Tiurin empezó la búsqueda de su aparato y yo aprovechando la oportunidad, empecé de nuevo la inspección del fondo del Océano de las Tempestades. Puede ser que algún día, en efecto, hubieran en la superficie de este océano espantosas tempestades. Que sus olas fueran cinco o seis veces más altas que en los mares terrestres. Que verdaderas montañas de agua se desplazaran alguna vez por este mar. Que centellearan relámpagos, iluminando sus aguas bulliciosas, que retumbara el trueno, que el mar estuviera lleno de monstruos de gigantesca estatura, mayores que los más grandes existentes alguna vez en la Tierra...

Llegué hasta el borde de una grieta. Tenía una anchura no menor de un kilómetro. ¿Por qué no mirar lo que hay en la profundidad? Encendí la lámpara eléctrica y empecé a descender por el lado de pendiente más suave. Era fácil el descenso. Empecé con precaución, luego, dando saltos y bajando más y más profundo. Encima brillaban las estrellas. A mi alrededor una oscuridad impenetrable. Me pareció que a medida que iba descendiendo aumentaba la temperatura. Quizás me calentara con mis rápidos movimientos. Lástima que no tomé el termómetro del geólogo. Habría podido comprobar la hipótesis de Tiurin, según la cual el suelo de la Luna tiene más calor de lo que los científicos suponen.

Por el camino empecé a encontrar restos extraños de piedras de forma cilíndrica. ¿Serían troncos de árboles petrificados? ¿Pero, cómo podrían haber ido a parar al fondo del mar, en esta profunda hendidura?

Me enganché en algo agudo y faltó poco para que desgarrara mi traje. Un sudor frío de angustia me invadió: esto hubiera sido mortal. Me encogí rápidamente y palpé con la mano el objeto: unos extraños dientes. Giré la lámpara. De la roca salía una larga y negra sierra de dos filos exactamente igual a la de nuestros peces sierra. No, «esto» no podía ser coral. Dirigí la luz a diferentes lados y todo a mi alrededor estaba lleno de sierras, colmillos rectos en espiral como los de los narvales, láminas cartilaginosas, costillas... Todo un cementerio de animales desaparecidos... Era muy peligroso pasear entre todas estas armas de ataque petrificadas. A pesar de esto yo vagaba entre ellas como encantado. ¡Un descubrimiento extraordinario! Sólo por eso valía la pena efectuar un viaje interplanetario. Ya me imaginaba cómo descendería a esta hendidura una expedición especial y los huesos de estos animales que perecieron millones de millones de años atrás, serían recogidos y llevados a Ketz, a la Tierra, a los Museos y Academias de Ciencias, donde los científicos restaurarían los animales lunares...

¡Esto sí que son corales! Y no sólo seis, sino diez veces más grandes que los mayores terrestres. Todo un bosque de «cuernos ramificados». Algunos de ellos

conservaban aún su colorido. Unos eran de color marfil, otros rosa, pero la mayoría eran rojos.

Sí, se puede afirmar que en la Luna existió la vida. Puede ser que Tiurin tenga razón y podamos descubrir restos de esta vida. No sólo los despojos mortales, sino los restos vivos de los últimos representantes del mundo animal y vegetal...

Una pequeña piedra me pasó rozando y fue a caer en una mata de coral cercana.

Esto me volvió a la realidad. Levanté la cabeza y vi en el borde superior de la hendidura unas lucecitas que centelleaban. Mis compañeros hacía tiempo que me estaban dando señales. Era necesario volver. Les hice señales con mi linterna, de prisa recogí las muestras más interesantes y llené mi bolsa de campaña. En la Tierra este tesoro pesaría seguramente no menos de sesenta kilos. O sea que aquí no pesa más de diez. Este lastre no me molestó mucho y rápido subí a la superficie.

Tuve que escuchar una reprimenda por parte del astrónomo por haberme separado de la expedición, pero cuando le conté mi hallazgo, se ablandó un poco.

—¡Usted ha hecho un gran descubrimiento! ¡Le felicito! —dijo—. Naturalmente, organizaremos una expedición. Pero ahora no vamos a detenernos más. ¡Adelante, sin demora de ninguna clase!

Pero sobrevino a pesar de esto una demora. Estábamos ya en el extremo del océano. Ante nosotros se levantaban las peñas «costeras» iluminadas por el sol. ¡Un espectáculo encantador! Sokolovsky paró la máquina sin querer.

Debajo, las rocas eran de pórfidos rojizos y basaltos de los más variados coloridos y matices: verde esmeralda, rosa, gris, azul, pajizo y amarillo... Parecía una alfombra mágica oriental tornasolada por todos los colores del arco iris. En algunos sitios se veían contrafuertes de blanco níveo y obeliscos rosáceos. Sobresalían en las rocas enormes cristales que resplandecían con luz cegadora. Como gotas de sangre colgaban los anaranjados rubines. Cual flores transparente lucían su hermosura los jacintos, los rojo-sangre pirones, los oscuros zafiros melanitas, los almandinos violetas. Nidos enteros de zafiros, esmeraldas, amatistas... De uno de los lados, en un borde agudo del peñascal, brotó un haz de vivos rayos irisados. Así, sólo podían brillar los diamantes. Seguramente eran rupturas recientes de la roca y por esto su brillo no había sido empañado aún por el polvo cósmico.

El geólogo frenó en seco. Tiurin por poco no volvió a caer. Paramos. Sokolovsky, sacando el martillo de geólogo de su bolsa, ya saltaba por las rocas fulgurantes. Tras él iba yo y Tiurin detrás de nosotros. Sokolovsky fue preso de la locura «geológica». No era la codicia del buscador de piedras preciosas. Era la codicia del científico que encuentra un yacimiento de minerales raros.

El geólogo golpeaba con el martillo en los bloques de diamantes, con el enfurecimiento del minero atrapado por un desmoronamiento al abrir camino hacia su salvación. Bajo sus golpes, los diamantes saltaban en todas direcciones con chispas iridiscentes. La locura es contagiosa. Tiurin y yo recogíamos trozos de piedras diamantinas y las tirábamos allí mismo para recoger otras mejores. Llenamos nuestras bolsas, les dábamos vueltas en nuestras manos exponiéndolas a los rayos del sol, las lanzábamos al aire. A nuestro alrededor todo centelleaba y brillaba.

¡Luna! ¡Luna! Desde la Tierra te vemos de color uniforme plateado. ¡Pero cuántos y variados colores descubre el que llega a pisar tu superficie...!

Muchas veces fuimos sorprendidos con tales descubrimientos. Las piedras preciosas, como rocío policromo, sobresalían en las rocas de montañas y picos.

Los diamantes, esmeraldas, las piedras preciosas más caras en la Tierra, no son raras en la Luna... Ya casi nos acostumbramos a tales espectáculos. No les dábamos valor. Pero no olvidaré jamás la «fiebre de diamantes» de la que fuimos presa en las orillas del Océano de las Tempestades...

De nuevo volamos hacia el este saltando a través de montañas y grietas. El geólogo recupera el tiempo perdido.

Tiurin, aferrado con una mano en el respaldo de su asiento, levanta solemne su otro brazo. Este gesto significa nuestro paso por la frontera de la superficie lunar visible desde la Tierra. Hemos entrado en las regiones desconocidas. Ni un sólo hombre ha visto jamás lo que ahora vemos. Mi atención se esfuerza hasta el límite.

Pero los primeros kilómetros nos desilusionaron. Es la misma sensación que se apodera de nosotros la primera vez que salimos al extranjero. Siempre parece que al traspasar la frontera todo será diferente. Sin embargo, te das cuenta que ves el mismo paisaje, los mismos campos, la misma vegetación... Sólo la arquitectura en algunos casos cambia y los vestidos de las personas varían. Después poco a poco se van descubriendo las particularidades del nuevo país. Aquí la diferencia era aún menos manifiesta. Las mismas montañas, circos, cráteres, valles, cavidades de antiguos mares...

Tiurin estaba extraordinariamente inquieto. No sabía que hacer: encima del vagón-cohete se veía todo mejor, pero en el interior era más cómodo efectuar apuntes. Lo que ganaba en uno, lo perdía en lo otro. Por fin, decidió sacrificar los apuntes: de todas maneras, la superficie de la parte «trasera» de la Luna será en un futuro próximo estudiada y medida cuidadosamente para, al final, ser llevada a un mapa. Ahora tan sólo es necesario recibir una idea general de esta parte del relieve lunar aún desconocido por el hombre. Decidimos pasar por el ecuador. Tiurin anotaba sólo los circos de mayores proporciones, los más altos cráteres y les daba al mismo tiempo sus nombres. Este derecho de primer explorador era para él motivo de gran satisfacción. Sin embargo, era tan modesto que no tenía prisa en poner su nombre a los cráteres y mares que descubríamos. Seguramente ya tenía preparado todo un catálogo, y ahora lo rellenaba con nombres de científicos, héroes, escritores y exploradores célebres.

—¿Qué le parece este mar? —me preguntó con el aire de un rey que se dispone a recompensar con títulos y tierras a su vasallo—. ¿Le gustaría bautizarlo con el nombre de «Mar de Artiomov»?

Miré la profunda cavidad llena de grietas que se extendía hasta el horizonte. Este mar no se diferenciaba en nada de los otros mares lunares.

—Si me permite. —dije después de un momento de vacilación—, lo llamaremos «Mar de Antonino».

—¿Antonio? ¿Marco Antonio, el ayudante de Julio César? —preguntó extrañado Tiurin. No había oído bien. Y, por lo visto, su cabeza estaba llena de nombres de grandes hombres y dioses antiguos—. Bueno, está bien. ¡Marco Antonio! No suena mal y me parece que es un nombre no utilizado aún por los astrónomos. Sea. Apuntó: «Mar de Marco Antonio».

Era violento corregir al profesor. Así recibió Marco Antonio unas posesiones a título póstumo en la Luna. Bueno. Para mí y Tonia aún quedaban bastantes mares.

Tiurin pidió hacer una parada. Estábamos en una cuenca donde aún no llegaban los rayos del sol.

Descendimos y el astrónomo sacó el termómetro y lo hundió en el suelo. El geólogo descendió del cohete después de Tiurin. Pasado un tiempo Tiurin sacó el

termómetro del suelo y, una vez observado lo entregó a Sokolovsky. Acercaron sus escafandras y, por lo visto, compartieron sus impresiones. Luego subieron precipitadamente a la plataforma del cohete. Allí empezaron de nuevo a hablar. Yo, con mirada interrogante, contemplé a Sokolovsky.

—La temperatura del suelo es de cerca de doscientos cincuenta grados bajo cero por la escala de Celsius —me dijo Sokolovsky—. Por eso Tiurin está de mal humor. Cree que esto es debido a que en este lugar hay pocas materias radiactivas, cuya desintegración calentaría el suelo. Dice que también en la Tierra los océanos se formaron allí donde el suelo era más frío. En el fondo de los mares tropicales, la temperatura es incluso menos que en los mares de latitud norte. Afirma que aún hallaremos zonas calentadas por la desintegración radiactiva. A pesar que, entre nosotros, debo decirle que en régimen térmico de la Tierra, la desintegración radiactiva constituye una magnitud insignificante. Pienso que en la Luna, pasará lo mismo.

Sokolovsky propuso subir a un lugar más elevado para poder observar mejor el relieve de la superficie lunar de la región en que nos encontrábamos.

—Tendremos todo un mapa ante nosotros. Será posible fotografiarlo incluso — dijo Tiurin.

El astrónomo aceptó. Nos asimos fuertemente y Sokolovsky aumentó las explosiones. El cohete empezó a tomar altura. Tiurin fotografiaba sin descanso. En un lugar, en una pequeña elevación del terreno, vi un montón de piedras o rocas en forma de ángulo recto.

«¿Será acaso una construcción de los habitantes lunares, de los que pudieron existir antes que el planeta se convirtiera en este desolado satélite sin atmósfera?», pensé yo y en seguida deseché esta absurda idea. De todos modos, la regular forma geométrica quedó grabada en mi cerebro como uno de los enigmas a descifrar en el futuro.

Tiurin se movía en su asiento. Por lo visto el fracaso con el termómetro le había causado un gran disgusto. Cuando volamos sobre el siguiente «mar», exigió a Sokolovsky bajar hasta la parte sombría del mismo y midió de nuevo la temperatura del suelo. Esta vez el termómetro marcó ciento ochenta grados bajo cero. Una diferencia enorme, a no ser que fuera causada por un mayor calentamiento del suelo por el sol. Sin embargo, Tiurin contempló a Sokolovsky con mirada de vencedor y declaró categóricamente:

—«Mar Caluroso», así se llamará.

¡Un calor de ciento ochenta grados bajo cero! Sin embargo. ¿Es esto peor que el «Mar de las Lluvias» o el «Mar de la Abundancia»? ¡Son unos bromistas estos astrónomos!

Tiurin propuso recorrer unos cientos de kilómetros «sobre ruedas», para poder, en dos o tres lugares, volver a medir la temperatura.

Íbamos ya por el fondo de otro mar, al que yo, de buen grado, le hubiera dado el nombre de «Mar de las Sacudidas». Todo el fondo estaba cubierto de montículos, algunos de los cuales tenían una superficie aceitosa. ¿Serían capas petrolíferas? Éramos zarandeados despiadadamente pero continuábamos la marcha. Tiurin medía con mucha frecuencia la temperatura. Cuando en un paraje el termómetro marcó doscientos grados bajo cero, el astrónomo acercó solemnemente el termómetro a los ojos del geólogo. ¿Qué pasa? Pues que, si la temperatura descendió de nuevo a pesar de aproximarnos al día lunar, quiere decir que las causas hay que buscarlas no sólo en el calentamiento del suelo por el sol. Quizás el profesor tenga razón.

Tiurin se puso de buen humor. Salimos de la cuenca, dimos una vuelta para pasar una grieta, traspasamos la cadena rocosa de un circo y, recorriendo la suave planicie, levantamos el vuelo hacia las montañas.

Volando a través de ellas, vimos una grandiosa pared de montañas de unos quince kilómetros de altura. Esta pared nos cubría del sol, a pesar que éste estaba ya muy alto del horizonte. Por poco tropezamos ante esta barrera imprevista. Sokolovsky tuvo que dar un círculo para adquirir altura.

—¡Esto sí que es un hallazgo! —exclamó Tiurin admirado—. Esta cadena de montañas no la podemos llamar Alpes, ni Cordilleras. Esto... Esto...

—¡Tiurineros! —sugirió Sokolovsky—. Sí, Tiurineros. Un nombre suficientemente sonoro y digno para usted. Difícilmente encontraremos unos montes más altos.

—Tiurineros —repitió atónito Tiurin—. Bien..., Bien..., un poco inmodesto... Pero suena bien: ¡Tiurineros! Sea, lo que usted quiera —asintió. A través de su escafandra vi su rostro radiante.

Fue necesario dar un gran círculo para adquirir altura. Estas montañas llegaban hasta el mismo cielo... Finalmente vimos de nuevo el sol. ¡El cegador sol azul!

Instintivamente entrecerré los ojos. Y Cuando los abrí, parecía que habíamos dejado la Luna y volábamos por los espacios celestes... Me volví y vi detrás la radiante pared vertical de los montes Tiurineros. Su base se perdía abajo en el negro abismo. Y delante..., nada. Abajo, tampoco nada. Un negro vacío... El reflejo de la luz se apaga a medida que avanzamos y más allá..., tinieblas.

¡Vaya aventura! Resulta que la Luna en su parte posterior no tiene forma de hemisferio, sino una especie de corte en la esfera. Veo que mis compañeros están no menos alarmados que yo. Miro a la izquierda, a la derecha. Vacío. Recuerdo algunas hipótesis de cómo podía ser la parte invisible. Una en la que esta parte sería igual a la otra, sólo que con otros mares, montañas. Alguien emitió la opinión donde la Luna tenía forma de pera. En que la parte visible desde la Tierra tenía forma esférica, pero que la invisible era alargada como en la pera. Y que, debido a esto, la Luna dirige siempre hacia la Tierra su cara esférica, más pesada. Pero nosotros encontramos algo aún más inverosímil: la Luna es la mitad de un globo. ¿Qué se ha hecho la segunda mitad?

El vuelo continuó algunos minutos más y nosotros continuábamos sobre el negro abismo. Tiurin estaba sentado, como aturdido. Sokolovsky pilotaba en silencio aumentando la velocidad del cohete: estaba impaciente para ver en qué acababa todo esto.

No sé cuánto tiempo estuvimos volando entre la negrura del cielo estrellado, pero, de pronto, hacia el este, se insinuó una franja iluminada de superficie lunar. Nos alegramos como navegantes en un mar desconocido que de pronto divisan la tierra esperada. ¿No nos hemos caído de la Luna? Entonces, ¿qué es lo que había debajo de nosotros?

Tiurin fue el primero en adivinarlo.

—¡Una grieta! —exclamó, golpeándose en mi escafandra—. ¡Una grieta de extraordinaria profundidad y anchura.

Así era en realidad.

Pronto llegamos al otro lado de la grieta.

Cuando volví la vista atrás, no estaban los Tiurineros. Habían desaparecido detrás del horizonte. A nuestra espalda sólo estaba el espacio vacío.

Los tres estábamos muy impresionados por nuestro descubrimiento. Sokolovsky escogió un lugar para posarse, descendió y sentó el cohete no muy lejos del borde de la grieta.

Nos miramos en silencio. Tiurin se rascó con la mano la escafandra; quería rascarse la nuca, como hacen las personas completamente desconcertadas. Juntamos nuestras escafandras: todos queríamos comunicarnos nuestras impresiones.

—Pues bien, he aquí lo que sucede —dijo finalmente Tiurin—. Esto ya no es una grieta vulgar, como existen infinidad en la Luna. Esta depresión va de un extremo a otro de la superficie posterior de la Luna. Y su profundidad es probable que no sea menor de una décima parte del diámetro del planeta. Nuestro querido satélite está enfermo, y seriamente además, y nosotros no lo sabíamos. ¡Ay! La Luna resulta ser un globo roto, medio rajado.

Recordé diferentes hipótesis sobre la destrucción, el final de la Luna. Unos afirmaban que la Luna, al girar alrededor de la Tierra, se aleja más y más de ella. Y por esto las generaciones futuras verán la Luna cada vez más pequeña. Primero se verá igual que Venus, luego como una sencilla estrella pequeña y, finalmente, nuestro fiel satélite huirá para siempre al espacio universal. Otros, por el contrario, afirman que la Luna será atraída por la Tierra y caerá en ella. Algo singular parece que ya sucedió con un segundo satélite terrestre: una pequeña luna que en tiempos remotos cayó en la Tierra. Esta caída, según ellos, provocó la cavidad del Océano Pacífico.

—¿Qué va a pasar con la Luna? —pregunté alarmado—. ¿Caerá a la Tierra o se irá al espacio interplanetario cuando se desintegre en pedazos?

—Ni lo uno, ni lo otro. Lo más seguro es que girará alrededor de la Tierra infinidad de tiempo, pero en otro aspecto. Si se rompe sólo en dos pedazos, entonces la Tierra tendrá dos satélites en vez de uno. Dos «medias lunas». Pero lo más fácil es que se desintegre en pequeñas partes y entonces se formará alrededor de la Tierra un anillo luminoso, como el de Saturno. Un anillo de pequeños trozos. Yo había ya predicho esto pero, francamente, no creía que este peligro estuviera tan cerca... Sí, da lástima nuestra vieja Luna —continuó, mirando hacia las tinieblas de la grieta—. Mal... Mal... ¿Y si no se esperara hasta el inevitable final y se precipitara? Si en esta grieta se colocara una tonelada de nuestro «potental», seguramente sería suficiente para partirla en partes. Si está ya condenada a morir, al menos que esto suceda por nuestra voluntad y en la hora que nosotros decidamos.

—Es interesante. ¿Cuán profunda penetra la grieta en la corteza lunar? —dijo Sokolovsky. A él, como geólogo, no le interesaba la suerte de la Luna, sino las posibilidades de penetrar casi hasta el centro del planeta.

Tiurin aprobó efectuar esta expedición.

Empezamos a discutir el plan de acción. Tiurin propuso descender lentamente con el cohete-vagón por la inclinada pendiente de la grieta, frenando el descenso por medio de explosiones.

—Se pueden hacer paradas y mediciones de la temperatura —dijo.

Pero Sokolovsky consideró que este descenso sería difícil e incluso peligroso. Además, al hacerlo despacio, se gastaría demasiado carburante.

—Mejor será descender directamente hasta el fondo. En la vuelta se pueden hacer dos o tres paradas, en caso de hallar lugar adecuado para ello.

Sokolovsky era nuestro capitán y Tiurin, por esta vez, tuvo que conformarse. Sólo pidió que no descendiera demasiado aprisa y que lo hiciera acercándose todo

lo posible al borde de la grieta para poder examinar la composición geológica del declive.

Y así empezamos el descenso.

El cohete se elevó sobre el negro abismo de la hendidura y, describiendo un semicírculo, empezó a descender. El sol, que estaba ya bastante alto, iluminaba parte del declive hasta una profundidad considerable. Pero la pendiente contraria de la grieta aún no se veía. El cohete iba perdiendo altura, inclinándose más y más. Nos teníamos que echar hacia atrás, apoyando los pies. Tiurin fotografiaba.

Vimos unas rocas negras, casi lisas. Algunas veces parecían azuladas. Luego aparecían rojizas, amarillas, con matices verdosos. Yo interpreté esto como una señal del hecho que aquí la atmósfera tardó más en desaparecer y los metales, sobre todo el hierro, sufrieron una mayor influencia del oxígeno y, como en la Tierra, se oxidaron. Más tarde Tiurin y Sokolovsky confirmaron mi suposición.

De pronto nos sumergimos en una profunda oscuridad. El cohete entró en la zona de sombra. El cambio fue tan brusco que al principio quedamos como ciegos. El cohete giró a la derecha. En la oscuridad era peligroso volar cerca de las rocas. Se encendieron las luces de los proyectores. Dos tentáculos de luz escudriñaban en la oscuridad sin encontrar dónde posarse. El descenso se hizo más lento. Pasaban los minutos y continuábamos volando en el vacío. Si no fuera por la ausencia de las estrellas, se podría decir que volábamos en el espacio interplanetario. Inesperadamente, la luz del proyector resbaló por una afilada peña. Sokolovsky disminuyó aún más la velocidad de vuelo. Los proyectores iluminaban las angulosas capas de estratos. A la derecha se presentó una pared. Giramos a la izquierda. Pero también allí nos encontramos con una pared. Ahora volábamos por un estrecho cañón. Montones de puntiagudas piedras se acumulaban por todos lados. No había dónde asentar la nave. Volábamos kilómetros y más kilómetros, pero el desfiladero no se ensanchaba.

—Me parece que tendremos que contentarnos con este examen y elevarnos de nuevo —dijo Sokolovsky.

En él recaía toda la responsabilidad de nuestras vidas y de la integridad del cohete: no quería arriesgarse. Pero Tiurin puso su mano en la suya, como si le prohibiera con este gesto actuar con la palanca de altura.

El vuelo se prolongó una hora, dos, tres..., no puedo decirlo con exactitud.

Al fin vimos una plazoleta, bastante inclinada por cierto, pero en la cual, a pesar de todo, pudimos posarnos. El cohete se paró en el espacio, luego, despacio, fue bajando. ¡Detención! La nave «alunizó» con una inclinación de unos treinta grados.

—Bien —dijo Sokolovsky—. Conseguimos llegar, pero no sé cómo vamos a salir de aquí.

—Lo importante, es que hemos alcanzado nuestro objetivo —respondió Tiurin.

Ahora no quería pensar en nada más y se ocupó en medir la temperatura del suelo. Con inmenso placer comprobó que el termómetro marcaba una temperatura de ciento cincuenta grados bajo cero. No era una temperatura demasiado alta, pero de todos modos parecía que sus hipótesis se justificaban.

Y el geólogo ya estaba picando con su martillo. De él salían chispas, pero ni un solo pedazo de roca se desprendía. Al final, cansado por su vano trabajo, se levantó y acercando su escafandra a la mía, dijo:

—Hematites puras. Lo que podía esperarse. Habrá que contentarse con fragmentos ya rotos. —Y se puso a buscar muestras por los alrededores.

Miré arriba y vi las estrellas, franjas de la Vía Láctea y los bordes radiantes de nuestra grieta vivamente iluminados con fulgores de diferentes colores. Luego

dirigí la mirada hacia donde iluminaban los proyectores del cohete. Me pareció que cerca de una pequeña hendidura de la pared la luz oscilaba. Me acerqué al agujero. Verdaderamente, una corriente imperceptible casi de gas o vapor salía de las profundidades. Para comprobar si era verdad, recogí un puñado de cenizas y lo tiré al agujero. La ceniza saltó hacia un lado. Esto se ponía interesante. Encontré una piedra cerca del abismo y la tiré a él, para que el temblor del suelo llamara la atención de mis compañeros y vinieran hacia mí. La piedra cayó al abismo. Pasaron al menos diez segundos, antes que yo sintiera un leve temblor del suelo. Luego le siguió otro, un tercero, cuarto..., más y más fuertes. No podía comprender que estaba sucediendo. Algunas sacudidas eran tan fuertes que la vibración del suelo se transmitía a todo el cuerpo. De pronto vi cómo una enorme roca pasaba cerca de mí. Al pasar por una franja de luz, brilló como un meteorito y desapareció en el oscuro abismo. Las peñas temblaban. Comprendí que había cometido una fatal equivocación. Sucedió lo mismo que en las montañas, cuando la caída de un pequeño guijarro provoca inmensos desprendimientos de rocas. Y he aquí que ahora caían de todas partes piedras, rocas y trozos de peñas. Se precipitaban golpeando en las rocas, saltando, chocando unas con otras soltando chispas... Si nos hubiéramos encontrado en la Tierra, habríamos oído un tronido, un estruendo parecido a cañonazos repercutido interminablemente por el eco de las montañas. Pero aquí no había aire y por eso reinaba un silencio absoluto. El sonido, más exactamente, la vibración del suelo, se transmitía únicamente a través de los pies. Era imposible adivinar hacia dónde correr, de dónde vendría el peligro... Helado de espanto, seguramente habría muerto de miedo si no hubiera visto a Sokolovsky que frenéticamente agitaba sus brazos desde la plazoleta en la que estaba la nave para que fuera hacia allá. ¡Sí! ¡Claro! ¡Sólo el cohete podía salvarnos!

De algunos saltos llegué al cohete, sin parar salté a la plataforma y, al instante, Sokolovsky tiró de la palanca. Bruscamente fuimos echados hacia atrás y durante algunos minutos volamos con las piernas hacia arriba, tan brusca era la subida, la posición casi vertical que Sokolovsky había dado al cohete. Fuertes explosiones en las toberas del cohete lo hacían estremecer.

El geólogo dirigió el cohete en ascenso hacia la derecha, lejos de la vertiente de la grieta. ¡Era asombroso cómo podía dirigir el cohete en posición tan incómoda! Juzgando por su entereza, era un hombre experimentado, que no perdía nunca el dominio de sí mismo. Y, sin embargo, parecía un sencillo hombre «de su casa» chistoso y alegre.

Sólo cuando nuestra nave entró en el espacio iluminado por el sol y se alejó lo bastante del borde del desfiladero, disminuyó Sokolovsky la velocidad y el ángulo de vuelo.

Tiurin subió a la butaca y frotó la escafandra. Por lo visto el profesor se había magullado la nuca.

Como a menudo sucede en las personas que acaban de pasar un gran peligro, nos sobrevino de repente una alegría nerviosa. Nos mirábamos unos a otro a través de las escafandras y nos reíamos, reíamos...

Tiurin señaló hacia el iluminado declive de la grieta lunar. La casualidad nos brindaba una plazoleta para tomar tierra. ¡Y qué plazoleta! Ante nosotros había una enorme terraza, en la cual sin grandes trabajos podrían alojarse docenas de naves. Sokolovsky giró el cohete y muy pronto corríamos por él sobre las ruedas, como en una pista de asfalto. Rodando casi hasta la misma pared, nos paramos. La pared rocosa o férrea tenía unas grietas enormes en sentido vertical. En cada

una grietas enormes en sentido vertical. En cada grieta podrían haber entrado varios trenes.

Descendimos al suelo del «cohetódromo». Nuestra excitación no había pasado aún. Sentíamos necesidad de movernos, de trabajar, para poner nuestros nervios a tono.

Relaté a Tiurin y Sokolovsky sobre el hallazgo del «géiser» lunar y me confesé culpable del alud de piedras ocasionado, que por poco nos destruye. Pero Tiurin, interesado por el «géiser», no hizo caso de mi acto temerario.

—¡Pero si esto es un descubrimiento grandioso! —exclamó—. Yo siempre he dicho que la Luna no es un planeta tan muerto como parece. En él deben existir aún, por insignificantes que sean, restos de gases, sea cual fuere su composición, de su vida anterior. Estas serán, seguramente, salidas de gases sulfúreos. En algún lugar de la masa lunar, queda aún magma caliente. Los últimos latidos, el último fuego del gran incendio que se extingue. En la profundidad de esta grieta que penetra, seguramente, hacia el interior de la Luna, no menos de un cuarto de su radio, los gases encontraron salida. Y nosotros no los hemos analizado. Es necesario hacerlo pase lo que pase. Esto producirá sensación entre los científicos del mundo. ¡El «Géiser de Artiomov»! ¡No ponga objeciones! Tiene derecho a ello. Volvamos ahora mismo.

Y saltó al cohete, pero Sokolovsky movió la cabeza negativamente.

—Por hoy tenemos bastante —dijo—. Es necesario descansar.

—¿Qué quiere decir «por hoy»? —protestó Tiurin—. El día en la Luna dura treinta días terrestres. ¿Y usted piensa quedarse inmóvil durante treinta días?

—Me moveré —contestó Sokolovsky en tono conciliador—. Pero si usted hubiera estado pilotando cuando salimos de esta grieta del diablo, comprendería mi estado de ánimo y razonaría de otra manera.

Tiurin miró la fatigada cara de Sokolovsky y se calló.

Decidimos renovar la reserva de oxígeno en nuestras escafandras y luego dispersarnos para explorar hacia diferentes lados, aunque sin alejarnos mucho uno de otro.

Me dirigí hacia la garganta más cercana, la cual se hacía interesante por su colorido. Las peñas eran de tonos rojizos y rosáceos. Sobre este fondo destacaban manchas de espeso color verde de forma irregular, por lo visto capas de otros minerales. Resultaba una combinación de colores muy hermosa. Gradualmente fui adentrándome en el cañón. Una de sus paredes estaba brillantemente iluminada por el sol y por la otra sus rayos resbalaban oblicuamente, dejando en su parte inferior un ángulo agudo de sombra.

Me sentía de un humor excelente. El oxígeno penetraba en mis pulmones al punto de embriagarme. Sentía en todos mis miembros una ligereza extraordinaria. Había momentos en que me parecía que todo lo veía en sueños. ¡Un sueño atrayente, prodigioso!

En uno de los cañones laterales brillaba una «cascada» de piedras preciosas. Ellas llamaron mi atención y doblé a la derecha. Luego me desvié otra vez y otra. Finalmente llegué a un completo laberinto de cañones. En él era fácil perderse pero yo procuraba recordar bien el camino. Y por doquier aquellas manchas. De un verde vivo en la luz tenían a la sombra un matiz amarillo oscuro, y a media luz un tinte pardusco claro. Extraño cambio de colores: pues en la Luna no hay atmósfera que pueda cambiar los matices de los colores. Me acerqué a una de estas manchas y la observé atentamente. No, esto no es una salida de minerales. La mancha era prominente y parecía blanda como el fieltro. Me senté en una piedra y continué la observación.

De pronto me pareció que se había movido un poco en dirección a la luz. ¿Será una ilusión óptica? Yo miraba la mancha con demasiada atención, fijamente. Haciendo mentalmente una señal en uno de los pliegues del mineral, continué mi acecho. Después de unos minutos ya no podía dudar: la mancha se había desplazado. Su borde había traspasado el límite de la sombra y estaba volviéndose verde ante mis ojos.

Me levanté y corrí hacia la pared. Sujetándome de un ángulo de la roca, alargué mi brazo hasta la mancha más próxima y arranqué un trozo del blando «fieltro». Estaba compuesto de pequeños hilos en forma de abeto. ¿Un vegetal? ¡Claro, es un vegetal! Son musgos lunares. ¡Vaya descubrimiento! Arranqué otro pedazo de una mancha pardusca. Estaba completamente seco. Lo volví del lado contrario y vi unas blancuzcas «avellanitas» que en su parte inferior terminaban con una especie de ventosa almohadilla.

Un enigma biológico. Por su aspecto este vegetal podría catalogarse entre los musgos. Pero, ¿y las ventosas? ¡«Raicespiernas»! Un vegetal que puede desplazarse por las rocas siguiendo los rayos solares. Su color verde, claro está, depende de la clorofila. Pero..., ¿y la respiración? ¿Y la humedad? ¿De dónde la saca...? Recordé conversaciones en Ketz sobre piedras celestes de las que puede obtenerse oxígeno y agua. Por supuesto, también en las piedras habrá en combinación con otros elementos oxígeno e hidrógeno, elementos que entran en la composición del aire y el agua. ¿Y por qué no...? ¿No son también las plantas terrestres verdaderas «fábricas» milagrosas con producción química muy complicada? ¿Y es que nuestras plantas terrestres, como, por ejemplo, la «Rosa de Jericó», no poseen la facultad de amortecerse por el calor y la sequía y luego revivir de nuevo, cuando se ponen en agua? Los vegetales lunares «duermen» durante la larga y fría noche y a la luz del sol empieza de nuevo a funcionar la «fábrica química», elaborando todo lo necesario para su vida. ¿Movimiento? Bien, pero es que también los vegetales terrestres no están por completo privados de movimientos. La adaptabilidad de los organismos es ilimitada.

Llené la bolsa de musgos y con el ánimo excitado me dispuse a regresar para vanagloriarme de mi hallazgo.

Marché hasta el final del cañón, giré a la derecha, otra vez a la derecha. Aquí debía encontrar el yacimiento de rubíes y diamantes, pero no los vi... Volví atrás, giré hacia otro cañón... ¡Un lugar completamente desconocido!

Aceleré mi marcha. Ya no andaba, sino que saltaba. De pronto, me paré en el borde del abismo, estupefacto. Un nuevo paisaje lunar se abría ante mí. Al otro lado del abismo se elevaba una cadena de montañas. Entre ellas destacaban tres picos de igual altura. Brillaban como panes de azúcar. Nunca había visto unas cumbres tan blancas. Estaba claro que no era nieve. En la Luna no podía haber nieve. Podía ser que estas montañas fueran de yeso o cal. Pero las montañas no hacían al caso. Estaba claro que me había extraviado por completo.

La inquietud se apoderó de mí. Como si todo este extraordinario mundo lunar me hubiera de repente vuelto la espalda. ¡Qué hostil era al hombre! Aquí no habían nuestros bosques terrestres, ni campos, ni praderas con sus flores, hierbas, pájaros y animales, donde «bajo cada árbol» tienes preparados «mesa y casa».

Aquí no hay ríos y lagos con abundante pesca. La Luna es avara, no da de comer ni beber al hombre. Los que se extravían en la Tierra pueden mantenerse días y días aunque sea con raíces vegetales. ¿Pero aquí? Sólo rocas desnudas, sin contar con el musgo. Seguramente, no será mejor comestible que la arena. Pero aunque corrieran a mi alrededor ríos de leche con orillas de pan, de todas

maneras moriría de sed y de hambre, sufriendo los tormentos de Tántalo, ya que no puedo sacarme la escafandra.

¡La escafandra! Al recordarla me puse a temblar como si el frío del espacio hubiera penetrado en mi cuerpo. Toda la «atmósfera» que me da posibilidad de respirar y vivir, está resumida en el pequeño balón que llevo en la espalda. Tiene capacidad para seis horas; no más. Ya han pasado unas dos horas desde que renové la provisión de oxígeno. ¿Y después? La muerte por asfixia... ¡Tengo que salir de aquí mientras no se agoten mis fuerzas y la reserva de oxígeno!

Volví atrás de nuevo y empecé a dar saltos como un saltamontes. Menos mal que aquí no se fatiga uno tanto como en la Tierra...

Llegué al final del cañón. Ante mí otro cañón vivamente iluminado por el sol y cubierto por entero por una verde alfombra. Por lo visto, todos los musgos se arrastraron hasta aquí desde los lugares sombríos. ¡Asquerosos musgos! No quería verlos, pero mis ojos se encontraban con el color verde, debido al cual veía confusamente...

Pero, ¿puede ser que éste sea el mismo cañón por el cual vine, aunque ahora no pueda reconocerlo, debido a que se ha puesto verde?

Nuevo viraje hacia una estrecha garganta sumergida de la oscuridad. A través de mis vestidos calentados por el sol, sentí frío. ¿O es que los nervios me fallan?

¿Hacia dónde ir? Detrás, después de dos vueltas está el abismo. Delante, un oscuro y estrecho cañón desconocido.

Sentí una debilidad aterradora y me dejé caer sobre una piedra quebrada, desfallecido. Súbitamente, debajo de mí, la piedra se movió y empezó a arrastrarse... Di un brinco como si me hubiera picado una avispa. Mis nervios estaban demasiado tensos. ¡Una piedra viva! ¡Un nuevo animal! ¡Un nuevo descubrimiento sensacional! Pero en aquel momento no estaba para descubrimientos. Dejé arrastrarse al nuevo ser vivo sin mirarle incluso. Y como un autómata seguí adelante.

Ya no meditaba, incluso, hacia dónde iba. Algunas veces me parecía que el oxígeno del balón se agotaba. Sentía asfixia. Entonces me paraba y me agarraba el pecho. Luego todo pasaba. ¡Nervios, nervios! ¡Si en la Luna hubiera atmósfera, un medio ambiente elástico, aunque no fuera apto para la respiración! Podría golpear piedra con piedra, para pedir auxilio. La atmósfera podría transmitirme los reflejos, el «resplandor» de los proyectores del cohete. Sin embargo, esto no podría ayudarme ahora: del cielo se derramaba la luz cegadora del sol, la cual quemaría mis ojos si no fuera por el ahumado de mi escafandra.

En el momento en que yo había perdido las esperanzas y me preparaba para el final, vi el gran cañón. Tuve una alegría tan grande como su hubiera salido de pronto a la Gran Avenida de la isla Vasilevskaia en Leningrado.

¡Vaya suerte! ¿Será el instinto el que me llevó aquí?

Sin embargo, mi alegría pronto cambió en alarma. ¿Hacia que lado seguir? ¿A la derecha o a la izquierda? ¡He perdido por completo la orientación! Probé de poner a prueba mi «instinto», pero esta vez guardaba silencio. Di un paso a la izquierda —el instinto no se oponía— a la derecha, lo mismo.

Fue preciso dirigirse de nuevo en petición de ayuda al «cerebro». A pensar. Cuando salí del cohete tiré hacia la derecha. O sea que ahora hay que girar a la izquierda. Vayamos por la izquierda.

Seguí en esta dirección por lo menos una hora. El hambre se dejaba sentir. Y el final del cañón no se veía aún. Es extraño. Si la primera vez fui hasta la vuelta menos de media hora. O sea que no había visto bien. ¿Volver atrás? ¡Cuánto

tiempo perdido! Seguí adelante tenazmente. Súbitamente el cañón se estrechó. Está claro: no voy bien, me he equivocado de lado. ¡Atrás rápidamente!

El sol quemaba sin compasión. Tuve que cubrirme con la capa blanca. El hambre me atormentaba, empezaban a faltarme las fuerzas, pero yo saltaba y saltaba, como si detrás de mí vinieran acosándome monstruos desconocidos. De pronto me cerró el camino una grieta. No era muy grande, se podía traspasar. ¡Pero esta grieta no la vi cuando vine! ¿O es que, pensando, no me di cuenta de ella? Un sudor frío cubrió mi cuerpo. El corazón me latía febrilmente. ¡Me muero! Tuve necesidad de echarme para descansar un poco y volver en sí. Desde el negro cielo me miraba el azul, muerto sol. Así, indiferente, iluminará mi cadáver... ¡No! ¡No! ¡Aún no he muerto! Tengo aún reservas de oxígeno y energía... Poniéndome de pie de un salto, traspasé la grieta y eché a correr... ¿Adónde? ¡Delante, atrás: es igual, lo que importa es moverse!

El cañón se ensanchó. Salté sin parar no menos de una hora, hasta que caí desvanecido. Aquí, por primera vez sentí verdaderamente que me faltaba el aire. Esto ya no era engaño. Con mis carreras había gastado demasiado oxígeno y la provisión se terminaba antes de tiempo.

Es el fin... Adiós, Tonia... Armenia...

Mi cabeza empezó a turbarse...

Inesperadamente vi encima de mí, vivamente iluminado por el sol, uno de los lados de nuestro cohete. ¡Me buscan! ¡Estoy salvado! Reuniendo mis últimas fuerzas, doy un brinco, agito los brazos, grito, olvidando por completo que mi grito no saldrá de la escafandra... ¡Ay! Mi alegría se apagó con igual rapidez que se había encendido: no me vieron. El cohete voló sobre el cañón y se perdió tras las montañas...

Era el último destello de energía. La indiferencia se apoderó de mí. La insuficiencia de oxígeno se hacía sentir. Miles de soles azules centellearon ante mis ojos. Sentí ruidos en los oídos y perdí el conocimiento.

No sé cuanto tiempo estuve tendido sin sentido.

Luego, sin abrir los ojos, aspiré profundamente. El vivificante oxígeno penetraba en mis pulmones. Abrí los ojos y vi encima de mí a Sokolovsky. Con la preocupación en su semblante, miraba a través de mi escafandra. Yo estaba tendido en el suelo, en el interior del cohete donde, por lo visto, me habían llevado. Pero, ¿por qué no me sacan la escafandra?

—Tengo sed... —pronuncié débilmente, sin pensar en que no me oían. Pero Sokolovsky había comprendido mi ruego por el movimiento de los labios. Me sentó en el sillón y acercando su escafandra a la mía, preguntó:

—¿Tiene hambre y sed, verdad?

—Sí.

—Desgraciadamente, tendrá que esperar. Tenemos una avería. El alud de piedras causó algunos desperfectos en el cohete. Están rotos los vidrios de las ventanillas.

Recordé los golpes «de lado», que había sentido cuando salíamos del «Cañón de la Muerte». Entonces no les había prestado atención.

—Tenemos cristales de repuesto —prosiguió Sokolovsky—, pero para colocarlos y soldarlos es necesario no poco tiempo. En una palabra, vamos a ir rápidamente hasta nuestro cohete grande. Habrá que terminar la expedición lunar.

—¿Y por qué me llevaron al interior del cohete?

—Pues debido —contestó Sokolovsky—, a que tendré que desarrollar una gran velocidad cósmica para ir hasta el cohete en dos o tres horas. Las explosiones serán fuertes, el aumento de la gravedad del cuerpo será extraordinario. Y usted

está aún demasiado débil para poderlo resistir arriba. Además, el profesor Tiurin también estará aquí.

—¡No sabe lo contento que estoy porque esté usted vivo! —oí la voz de Tiurin—. Ya habíamos perdido las esperanzas de encontrarle...

En su voz había un calor insospechado.

—Ahora échese mejor en el suelo. Yo también lo voy a hacer, y el camarada Sokolovsky se sentará en el mando.

Después de un minuto nuestro cohete, con los vidrios rotos, se había ya elevado sobre las cimas de las montañas. Viraje hacia el oeste. Por un momento, el cohete casi se puso de lado. Debajo vi el abismo de la gran grieta lunar, que por poco nos pierde, con la plazoleta y el cañón. El cohete vibraba por las explosiones. Mi cuerpo se hacía pesado como el plomo. La sangre afluía tan pronto a la cabeza como a los pies. Sentí que, otra vez, perdía el conocimiento... Caí en un leve desvanecimiento, que esta vez superé yo mismo. El oxígeno es un magnífico medio vivificante. Se notaba que Sokolovsky se había preocupado porque a mi escafandra llegara en fuertes dosis. Pero la presión no debía sobrepasar una atmósfera, pues de lo contrario, podría fallar el vestido. Y tanto se había hinchado que daba la impresión que me había engordado.

Al final de este viaje, me había recobrado hasta el punto en que pude ya salir por mi mismo del pequeño cohete y trasladarme a la gran nave interplanetaria.

¡Con qué gusto me deshice de la ropa de «buzo»! ¡Y comí y bebí por cinco!

Pronto volvió a nosotros el buen humor. Yo contaba ya riendo mis aventuras, mis descubrimientos científicos, y no podía perdonarme el haber dejado escapar la «tortuga lunar» que había tomado por una piedra. Por otra parte ya empezaba a dudar de su existencia. Puede ser que esto fuera tan sólo una broma de mi trastornada imaginación. Pero los «musgos» estaban en mi bolsa, como un trofeo traído del «País de los Sueños».

Nuestra expedición a la Luna, a pesar de su breve duración, dio inmensos resultados científicos. Estos darían, sin duda, mucho que hablar a los científicos terrestres.

El viaje de retorno se hizo sin dificultades. No existía ya la depresión natural que siempre sobrecoge al hombre ante lo desconocido. Volábamos hacia la Estrella Ketz, como si volviéramos «a casa». Pero, ¿dónde está? Miré al cielo. En lo alto pendía sobre nosotros la hoz de la «tierra nueva». Debajo, la Luna ocupaba la mitad del horizonte. A pesar del hecho que por poco muero en ella, su vista no me causaba miedo.

Había caminado por esta Luna y huellas de nuestros pies habían quedado en su superficie. Llevábamos a Ketz, a la Tierra, «pedazos» de Luna... Este sentimiento nos acercaba a ella.

XV - Días de trabajo en la estrella

—¡A ver, muéstrense, muéstrense! —nos decía Meller mirando sobre todo a Tiurin por todos lados—. Se ha curtido, ha vuelto más joven «la araña». ¡Si parece un novio! ¿Y los músculos? Bueno, no salte, no presuma. Déjeme palpar sus músculos. Los bíceps son debiluchos. Pero las piernas se han reforzado bien. ¿Por cuántos años va a encerrarse de nuevo en su telaraña?

—¡No, ahora no voy a atarme! —respondió Tiurin—. Voy a volver a la Luna. Hay mucho trabajo allí. Y también a Marte y a Venus quiero ir.

—¡Vaya, qué bríos! —bromeaba Meller—. Deje que le haga un análisis de sangre. ¿Cuántos glóbulos rojos le agregó el sol lunar...? Los habitantes lunares son pacientes raros.

Terminada la revisión médica me apresuré a ver a Tonia. Me daba la sensación que ella ya había vuelto a la Estrella. Sólo ahora sentía cuánto la añoraba.

Salí disparado por el ancho corredor. La gravedad de Ketz era menor que en la Luna y yo, casi sin tocar el suelo, revoloteaba como un pez volador. Los amigos de Ketz me paraban para preguntarme sobre la Luna.

—¡Luego, luego, camaradas! —respondía, y volaba hacia ella.

He aquí su puerta. Llamé. Me abrió la puerta una joven desconocida. Unos cabellos castaños enmarcaban su cara de grandes ojos grises.

—Buenos días —pronuncie confuso—. Yo quería ver a la camarada Gerasimova. ¿Se ha trasladado de habitación?

—¿El camarada Artiomov? —me preguntó la joven y sonrió como a un antiguo conocido—. Gerasimova aún no ha vuelto de su comisión de servicios y parece que no volverá pronto. Yo ocupo su habitación mientras tanto. Ella ahora trabaja en el Laboratorio Físico-Técnico.

Seguramente, notó mi cara de disgusto y añadió:

—Pero usted puede hablar con ella por teléfono. Vaya a la cabina de radio.

Di las gracias precipitadamente y corrí hacia la estación radiotelefónica. Entré como una bala en la habitación del operador de radio y grité:

—¡Laboratorio Físico-Técnico!

—¡Ahora mismo! —respondió y empezó a girar la manivela del aparato—. ¿La camarada Gerasimova? En seguida... ¡Aló! ¡Aló! Por favor...

—Yo soy Gerasimova. ¿Con quién hablo? ¿Artiomov?

Si el éter no miente, se nota alegría en su voz.

—¡Buenos días! ¡Estoy tan contenta de volverle a oír! ¿Por poco no pereció? Ya supe esto antes que ustedes llegaran. Lo comunicaron desde el cohete lunar... Bien, es bueno lo que bien acaba. Y yo aquí hago un trabajo muy interesante en el laboratorio del frío absoluto. Está en el balcón de la parte sombría de nuestro cohete. Tengo que trabajar también con traje interplanetario. Es un poco incómodo. Pero en cambio tengo el frío absoluto, como diríamos, a mano. He hecho ya algunos descubrimientos en el dominio de la resistencia de los semiconductores a bajas temperaturas.

Y empezó a hablar sobre sus descubrimientos. ¿Cuándo dirá algo del de la barba negra y de Paley? Me es embarazoso preguntárselo yo mismo. Ella quería venir a Ketz pero no antes de un mes «terrestre».

—¿Y cómo va la búsqueda? —dije sin poder contenerme.

Pero, ¡ay!, precisamente en este momento el operador de radio dijo:

—Una llamada urgente desde el cohete «Ketz-ocho». Perdonen, tengo que cortar.

Salí de la estación de radio desconcertado. Tonia se había alegrado al oírme, eso estaba claro. O sea, que a ella no le era indiferente. Pero había hablado sobre todo de sus trabajos científicos. Y ni una palabra sobre Paley. Y no la veré pronto...

En el corredor me paró un joven.

—Camarada Artiomov, le estaba buscando. El director le llama.

No hubo más remedio que ir a ver a Parjomenko. Me preguntó con todo detalle sobre nuestra expedición a la Luna. Y yo le contesté bastante estúpidamente.

—Veo que está cansado —dijo el director—. Descanse y mañana empiece a trabajar. Nuestro biólogo, el camarada Shlikov, ya le espera con impaciencia.

Quería estar solo. Pero tenía hambre y me dirigí al comedor. Allí tuve que relatar mi expedición. Resultaba ser una celebridad. ¡Uno de los primeros hombres que habían estado en la Luna! Me escuchaban con gran atención, me envidiaban. En otra ocasión esto me hubiera halagado, pero ahora yo estaba disgustado por no poder haber visto a Tonia. Sin dilación relaté lo más interesante y excusándome por el cansancio me retiré a mi habitación. Durante mi ausencia habían traído una cama plegable muy ligera. No había necesidad de colchones. Me eché en ella y me sumergí en mis pensamientos... Así me dormí, entrelazando la Luna, la isla Vasilevskaia, el laboratorio, Tonia y el desconocido Paley...

—¡Camarada Artiomov! ¡Camarada Artiomov...!

Desperté de un salto. En la puerta de mi habitación había un joven con la cabeza afeitada.

—Perdone que le haya despertado. Pero parece que de todas maneras es ya hora de levantarse. Nos conocemos ya. ¿Recuerda en el comedor? Soy el aerólogo Kistenko. Yo fui quien le preguntó sobre los musgos lunares. Esta noticia ha llegado ya a la ciudad de Ketz. Allí piden que les transmitamos una muestra. Y yo precisamente ahora tengo que enviar un cohete aerológico a la ciudad.

—Tenga, por favor —respondí, sacando de la bolsa un pedazo de «fieltro» lunar.

—Estupendo. Es musgo más pesado que el terrestre, pero bueno, no creo que pese demasiado. ¿Se extraña que le hable del peso? Es que mi cohete volará a la Tierra. Cada día mandamos un cohete a la ciudad de Ketz. Durante el camino realiza además automáticamente apuntes aerológicos, composición de la atmósfera, intensidad de las radiaciones cósmicas, temperaturas, humedad, etc., a diferentes distancias de la Tierra. Aproximadamente durante tres cuartos de su camino está dirigido por radio desde la Estrella Ketz. Con un paracaídas automático, el cohete cae en un punto determinado de la ciudad, una plazoleta de un metro cuadrado. No está mal, ¿eh? Con este cohete se transporta el correo... Su peso debe ser exacto. Por esto es importante el peso del musgo. Muchas gracias.

Salió. Miré el reloj. Según la hora «terrestre», de Leningrado era ya de mañana. Desayuné y me dirigí al trabajo.

Al abrir la puerta del gabinete de trabajo del biólogo Andrey Pavlovich Shlikov, me quedé sorprendido. Era muy diferente este gabinete de «jefe» del de los terrestres. Si a Tiurin se le podía comparar con una araña, escondido en su oscura rendija y enredado en su telaraña, Shlikov parecía un gusano en un verde jardín. Todo el gabinete estaba lleno de enredaderas de diminutas hojas. Parecía una cueva verde iluminada por los vivos rayos del sol. Al fondo, en una especie de sillón trenzado, estaba Shlikov medio acostado: un hombre robusto, bronceado, de edad mediana. A primera vista me pareció algo indolente y como medio dormido. Tenía los párpados pesados, como hinchados. Cuando me presenté, levantó los párpados y vi unos ojos grises, muy vivos e inteligentes. Su viveza no armonizaba con la lentitud de sus movimientos.

Nos saludamos. Shlikov empezó a preguntarme sobre la Luna. Una muestra de musgo ya estaba allí, sobre una larga mesa de aluminio.

—No veo nada de extraordinario en el hecho que haya usted encontrado en la Luna este musgo —dijo pausadamente y en voz baja—. Hay esporas de bacterias y mohos conocidos en la Tierra que pueden soportar temperaturas muy bajas, hasta doscientos cincuenta grados bajo cero, conservando la viabilidad. ¿La respiración? Puede ser intramuscular y al mismo tiempo no es absolutamente

necesario el oxígeno, ni aún en forma ligada. Recuerde nuestras azoebacterias. ¿La alimentación? Recuerde nuestras amebas. No tienen ni boca. Si encuentran algo «comestible», lo envuelven con su cuerpo y lo asimilan. Sin embargo, con vuestra «tortuga» la cosa ya es más complicada. Pero no niego la posibilidad de existencia en la Luna de animales aún más complejos. La adaptabilidad de los organismos es casi infinita... Muy bien, ya tenemos una base. Muy pronto vamos a saber sobre el pasado de la vida orgánica de la Luna no menos que sobre el pasado de nuestra Tierra.

Shlikov apuntó algo en su libreta de notas y continuó:

—Ahora, a nuestro trabajo. Nuestra primerísima tarea en la Estrella Ketz, habla de nosotros, los biólogos, consiste en la máxima utilización de las plantas para nuestras necesidades. ¿Qué pueden darnos los vegetales? Ante todo alimentos. Luego purificación del aire y del agua y, finalmente, el material de sus residuos, que tenemos que utilizar hasta la última molécula.

»Tenemos que transformar, cambiar y mejorar las plantas a nuestro gusto, de manera que nos sean útiles. ¿Podemos hacer esto? Sin duda. Y más fácilmente que en la Tierra. Aquí no hay heladas, ni sequías, no hay quemaduras causadas por los rayos del sol, ni vientos. Nosotros podemos crear artificialmente cualquier clima para cualquier planta. La temperatura, humedad, composición del suelo y aire, la fuerza de los rayos solares: todo está en nuestras manos. En la Tierra, en los invernaderos, se puede crear algo tan sólo relativamente parecido a lo que tenemos en la Estrella Ketz. Aquí tenemos rayos cortos ultravioleta que nunca llegan a la superficie de la Tierra. Hablo de los rayos cósmicos. Y, finalmente, la falta de gravedad. Usted, claro, ya sabe cómo actúa la atracción terrestre en el crecimiento y desarrollo de los vegetales, cómo reaccionan contra esta atracción...

—Geotropismo —dije.

—Sí, geotropismo. Las raíces sienten la dirección de la fuerza de atracción terrestre, como la aguja de la brújula, el norte. Y si la raíz se desvía de esta dirección, es sólo en su «búsqueda» de humedad y alimento. ¿Y cómo se opera la división de las células, el crecimiento y formación de las plantas al faltar la fuerza de gravedad? Tenemos aquí laboratorios en los que está ausente por completo la fuerza de gravedad. Por eso nosotros podemos hacer experimentos que en la Tierra son imposibles. Resueltos los problemas aún no esclarecidos de la vida de las plantas, trasladamos nuestro experimento a las condiciones de la ponderabilidad terrestre. Yo querría que usted empezara su trabajo con el estudio del geotropismo. En el Gran Invernadero trabaja de asistente Kramer, en el laboratorio le ayudará la nueva colaboradora Zorina.

Shlikov calló. Yo quería volverme hacia la puerta, pero él me detuvo con un gesto de la mano.

—Los vegetales..., no es todo. Hacemos trabajos interesantísimos en los animales. Allí trabaja Falieev. No estoy muy contento de él. Al principio trabajaba bien, pero en los últimos tiempos parece como si lo hubieran cambiado. Si usted se interesara podría trasladarse allí. Visite, por si acaso, aquel laboratorio, vea lo que allí se hace. Ahora diríjase al Gran Invernadero. Kramer le pondrá al corriente de todo.

Los pesados párpados bajaron. Con un movimiento de cabeza se despidió y se enfrascó en sus apuntes.

XVI - A Kramer se le estropea el carácter

Salí al corredor.

—¡Camarada Artiomov! ¡Tiene carta! —oí una voz detrás de mí. La joven cartero me tendía un sobre. Lo tomé con avidez. Era la primera carta que recibía en Ketz. El matasellos era de Leningrado. Mi corazón saltaba de emoción.

—Una carta de Leningrado —dijo la joven—. Yo nunca estuve en esta ciudad. Dígame, ¿es bonita?

—¡Una ciudad extraordinaria! —contesté con vehemencia—. Es la mejor ciudad después de Moscú. Pero a mí me gusta incluso más que Moscú.

Y empecé a describirle con ardor los maravillosos nuevos barrios de Leningrado, cerca de Strellne y de los altos de Pullkovsky, sus admirables parques, pintorescos canales que le dan un parecido a Venecia, su metropolitano, el aire de Leningrado, limpio de todo polvo y del hollín de las fábricas, las cubiertas de vidrio que protegen al peatón del aire en sus innumerables puentes, los parques invernales para los niños, sus museos de primera categoría, sus teatros, bibliotecas...

—Incluso el clima ha mejorado —decía yo—. Se han secado los pantanos de turba de centenares de kilómetros alrededor, los pantanosos ríos y lagos han sido puestos en condiciones, algunos canales de los alrededores de la ciudad han sido tapados y convertidos en paseos, o cubiertos por puentes que sirven de autopista. La humedad del aire ha disminuido y su nitidez ha dado a los leningradenses la posibilidad de recibir más sol. A cada automóvil que llega a la ciudad, le son lavadas las ruedas antes de entrar, para que no lleve a ella barro y polvo. ¡Para qué hablar! ¡Leningrado... es Leningrado!

—Tengo que ver Leningrado sin falta —exclamó la joven y moviendo la cabeza en señal de despedida «voló».

Abría la carta. Mi asistente me comunicaba que el laboratorio iba a terminar la reparación. Se instalaba un nuevo equipo. Que al terminar se marcharía a Armenia junto con el profesor Gabel, ya que habían perdido la esperanza a que yo volviera pronto.

Estaba agitado. ¿Podría dejarlo todo y volver a la Tierra...?

La aparición de Kramer cambió el rumbo de mis pensamientos. Y cuando vi el invernadero, me olvidé en seguida de todo. Éste me causó una fuerte impresión.

Pero no llegué allí tan pronto. Kramer me propuso vestirme con el traje de «buzo», un poco más ligero que el de salida al espacio interplanetario. Estaba además dotado de radioteléfono.

—En el invierno la presión es mucho menor que aquí —me explicó Kramer—. Y en su atmósfera hay mucho más anhídrido carbónico. En la atmósfera terrestre el gas anhídrido carbónico compone tan sólo una tres milésima parte; en el invernadero tres centésimas y en algunos departamentos aún más. Esto ya es dañino para el hombre. ¡Pero para las plantas...! ¡Crecen como en el período carbonífero!

De improviso, Kramer empezó a reír sin causas justificadas, una risa un poco extraña, según me pareció.

—En estas escafandras —dijo después de concluir su racha de risa—, hay teléfono, así que no será necesario acercarnos para hablar. Muy pronto las escafandras de los trajes interplanetarios también irán provistos de él. ¿Es muy cómodo, no le parece? Creo que lo construyó su amiga, la que vino con usted desde la Tierra.

Kramer me guiñó el ojo y de nuevo soltó la carcajada.

«No se sabe quién trajo a quién —pensé yo—. ¿Y por qué Kramer ríe hoy de esta manera...?»

Pasamos por la cámara atmosférica y sin prisa, nos dirigimos por un largo corredor que unía el cohete con el invernadero.

—Tenemos varios invernaderos —charlaba sin parar Kramer—. Uno largo que ya vio al llegar. ¡Ja, ja, ja! ¿Recuerda cómo por poco voló usted y yo le até como un perrito? Ahora vamos al nuevo invernadero, es cónico. En él, como en el cohete, existe peso, pero muy insignificante. Total, una milésima parte del terrestre. Una hoja que cae de un árbol desde la altura de un metro del suelo, cae durante veinte minutos. Esta fuerza de gravedad es suficiente para que el polvo y los residuos se sedimenten en el suelo y para que los frutos maduros no floten en el espacio... ¿Aún no se ha bañado en la ingravidez? ¡Estupendo! «Verley se fue a bañar»... —se puso de pronto a cantar, riendo de nuevo salvajemente—. Tenemos además algunos laboratorios experimentales, donde la fuerza de gravedad falta por completo. Allí está el baño... Ya hemos llegado. «El velo está corrido...» —declamó mientras abría la puerta.

Primero me cegó la luz. Luego, al mirar vi un túnel de colosales dimensiones, un embudo que se ensanchaba. La puerta de entrada estaba situada en la parte estrecha del embudo. En la parte opuesta se unía a una enorme esfera de cristal.

A través del cristal caían torrentes de luz. Su fuerza era incalculable. Como si miles de proyectores vertieran su luz en ella. Las paredes del túnel estaban llenas de verde, vegetación con matices desde vivo esmeralda hasta casi negro. Este verde tapiz estaba traspasado por estrechas pasarelas de aluminio. El espectáculo era extraordinario. Pero creció mi admiración cuando me enteré más a fondo de la clase de plantas que allí habían. Yo, biólogo, botánico, especialista en el estudio de la fisiología de los vegetales, no tenía la menor noción de hasta qué punto pueden ser maleables, «plásticas» estas materias, de cómo puede cambiar su aspecto exterior y estructura interior.

Quería mirarlo todo despacio y detalladamente. Pero Kramer no me dejaba tranquilo y susurraba a mi oído:

—¡Todo esto lo ha hecho Shlikov! Es un genio. Muy pronto va a lograr que las plantas bailen y que canten como los ruiseñores. ¡Las amaestrará! «Los cereales», dice él, «utilizan una sesentava parte de la energía solar y las bananas cien veces más. Y esto no depende del clima. Se puede obligar a que aumenten su consumo en cientos de veces».

—Ya me habló de esto —dije intentando poner fin a la efusión de Kramer, pero éste no se callaba.

—Y Shlikov logró esto. ¿Y los resultados? ¿No quiere mirar este ejemplar? ¿Qué me dice de él? ¡Ja, ja, ja!

Me paré admirado. Ante mí había una mata de la altura de una persona; las hojas como la palma de la mano y sus frutos, de dimensiones parecidas a una gran sandía, recordaban fresas. Eran en efecto fresas de tamaño monstruoso. El arbusto ya no se arrastraba por el suelo, sino que subían hacia arriba. De su débil tallo pendían estas enormes bayas. (¡Lo que significa la ausencia de la gravedad!) Algunas de ellas eran completamente rojas, otras aún no habían madurado.

—Cada día recogemos diez de estas «bayas» de esta sola mata —hablaba Kramer—. Sacamos unas y otras maduran. Salen sin interrupción. Nuestras plantas no tienen ni el descanso de dos semanas que tienen en la Tierra las plantas tropicales. ¡Dan y dan! Absorben los rayos del sol, los desechos y el agua del suelo, convirtiéndolos en estos sabrosos frutos. Y el sol aquí no penetra. La atmósfera del invernadero es siempre diáfana. Esto primero. Segundo: la

atmósfera de aquí tiene gran cantidad de anhídrido carbónico, como en los tiempos del período carbonífero.

—Ya me ha hablado del anhídrido carbónico.

—Eche una mirada a estas hojas —continuó Kramer sin inmutarse lo más mínimo—. Son casi negras y por esto absorben casi por competo la energía solar, sin que tenga lugar el recalentamiento de la planta. Sólo disminuye la evaporación del agua. ¿Sabe usted cuánta energía gastan las plantas en la evaporación? Treinta o cuarenta veces más que en trabajo útil. Aquí esta energía va al fruto. Las hojas son gruesas, carnosas. Algunas de ellas ni tienen base. Y los frutos: ¡qué enormes! En cambio mire este ejemplar que no hace más que segregar agua —dijo mostrando una planta en cuyos extremos de las hojas goteaba agua—. No parece una planta, sino una fuente de Baichisaray. ¿Ha visto el «surtidor de las lágrimas»? ¡Gotea y gotea! Esto es nuestro filtro natural.

—Aquí hay también una planta original —continuó, avanzando por la estrecha pasarela—. El «Quiosco de agua de frutas», o mejor dicho, una herida de la que mana jugo. ¿Ve el corte en el tronco? Es un tubito por el que gotea. Pruebe. ¿Sabroso? ¿Dulce? ¡Limonada! Ponga atención en el terreno: el desmenuzamiento de las partículas es ideal. En cada millar de partículas duras hay algunas decenas de bacterias útiles. Y por esto, mire estos guisantes, habas y alubias. ¡Son como manzanas!

»Y estos departamentos vidriados —continuó diciendo— existen para crear en algunas plantas condiciones especiales: el ambiente gaseoso de composición más conveniente, la mejor temperatura. Los parásitos no existen. Las malas hierbas tampoco. Los filtros de luz dan una propicia composición de rayos... ¡«Ira»! ¡«Ira»! ¿Qué haces, loca? —chilló de improviso asustado, saltó y arrancó el vuelo por el invernadero—. ¡«Ira»! ¡«Ira»! —gritó desde no sé dónde, detrás de unas matas, como si lo despedazaran.

¿Que ha sucedido con este hombre? No hace mucho era un chico tranquilo, apacible. Y ahora tiene un elevado grado de irritabilidad. No podía comprender lo que le había hecho excitar. Oí un ruido, un chirrido y vi cómo las hojas caían y volaban desde el extremo ancho del embudo hacia el estrecho.

—¿Por qué has puesto el ventilador con tanta fuerza? ¿Quieres armar un huracán? —clamaba—. ¿Quieres destrozar las plantas...? ¡Disminuye su fuerza si no quieres que te lance a la Tierra!

El ruido y movimiento de las hojas cesó. Se oyó una voz fina que decía:

—Ayer tú mismo ordenaste que pusiera los ventiladores a veintiséis...

—¡Esto lo has soñado!

Yo me acercaba poco a poco a la esfera de vidrio, entreteniéndome en las plantas que ofrecían mayor interés. En los finos troncos ardían como llama viva las flores de la amapola. Sus «cajitas» eran del tamaño de la cabeza de un bebé.

—¿Ves? ¿Ves cómo se balancean y caen las semillas de amapola? —gritaba él.

Estas semillas eran como guisantes.

Unos guisantes auténticos de muchos metros de altura subían en la mitad del embudo. Una flor de girasol de medio metro de diámetro casi no subía del suelo. Pepinos, zanahorias, patatas, fresas, frambuesas, uvas, grosellas, ciruelas, avena, trigo, remolacha, cáñamo... A duras penas los reconocía, tanto habían cambiado en sus medidas y formas.

Más de una vez me paré completamente desorientado. ¿Qué era esto?

Los terrestres enanos se habían convertido en gigantes y por el contrario, los grandes árboles leñosos de la Tierra se habían convertido en enanos. En lugares especiales, oscuros, crecían setas: unas setas enormes...

He aquí los subtrópicos y trópicos. Higueras enanas con frutos gigantes, árboles de café, de cacao, palmas y cocoteros del tamaño de una sombrilla, pero con frutos el doble de grandes que los terrestres.

En un armario vidriado vi un auténtico bosque tropical de enanos. Palmas, bananos, helechos, lianas... Sólo faltaban elefantes del tamaño de un ratón, para poderme imaginar que era Gulliver en el país de los liliputienses...

¡Que insignificantes me parecían todos mis éxitos «terrestres»!

¡Cuán fácilmente se resuelven aquí los problemas con los que yo tantos años me había partido la cabeza! Hay aquí frutas y verduras frescas durante todo el año y las fábricas que las elaboran pueden trabajar sin interrupción...

¿Es que las experiencias de la Estrella Ketz no pueden ser llevadas a la Tierra? Por ejemplo en el Pamir. En las alturas del Pamir hay menos rayos ultravioleta que en la Estrella, pero mucho más que en los lugares situados a nivel del mar. La meseta del Pamir se puede transformar en invernadero. Todos los gastos de inversión serían cubiertos plenamente. En los invernaderos podrían crearse las condiciones necesarias de atmósfera, aumentar la cantidad de anhídrido carbónico...

¿Y en los despejados cielos de los trópicos con su caluroso clima y abundancia de rayos solares...? Cuando se venza a la jungla por completo, millones de personas hallarán allí casa y alimentos.

¿Y los desiertos terrestres? Ya se lucha allí con éxito contra los arenales y la falta de agua. ¡Pero cuántos desiertos hay aún en la Tierra! Obligaremos a que nos ayude el sol, al igual que en la Estrella Ketz. El sol, que se ha tragado el agua, que ha matado con su calor a la vegetación, hará renacer la vida en los desiertos. Se convertirán en verdes jardines...

¡No, en el globo terráqueo nunca existirá el peligro de superpoblación! ¡La Humanidad puede mirar con valentía el futuro...!

—¿Qué le pasa Artiomov, se ha quedado pasmado? —oí la exclamación de Kramer.

—Perdone, estaba soñando —respondí, estremeciéndome por la sorpresa.

Miré a mi alrededor: el cono del invernadero había cambiado de aspecto. Por las estrechas pasarelas volaban jóvenes muchachas con cestas. Sus vestidos de colores vivos y variados destacaban del fondo verde, como flores. Las jóvenes recogían los frutos. Una suave música acompañaba su trabajo.

—¡Un cuadro mitológico! —prorrumpió en carcajadas Kramer—. ¡Muchachas estelares! ¡Un cuento de nuestros días! Muy pronto van a ser sustituidas por autómatas... Sin embargo, es hora de irnos. Aún no ha visto el laboratorio. No se encuentra en la Estrella Ketz. Allí hay ingravidez completa. Será necesario cambiar de traje y volar una larga distancia. Usted debe ya dominar el cohete portátil. ¡Sépalo: si esta vez se va, no iré detrás a buscarle!

Pero esta vez yo «disparaba» ya con más destreza y no me separaba de Kramer. A pesar de esto, la travesía celeste me causó algunas emociones. Noté que mi pierna derecha se enfriaba. ¿No habrá algún deterioro en el traje por el que penetra el frío espacial? Pero resultó que la pierna estaba a la sombra. Giré la pierna a la luz y se calentó.

Llegamos al laboratorio. Tiene forma de cilindro. En el interior estaba dividido por tabiques de vidrio. De un compartimiento a otro había que pasar a través de una cámara de «aislamiento», debido a que la presión y composición del aire en cada compartimiento eran distintos. En uno de los lados del cilindro, en toda su longitud, había ventanas, en el opuesto, plantas. Algunas de ellas estaban plantadas en recipientes de vidrio para poder observar el desarrollo de las raíces.

Esto me chocó: las raíces no aman la luz. Parte de las plantas estaban en bancales, otras, en macetas puestas en fila en el aire. Y crecían ellas de extraña manera. Las ramas y hojas crecían en forma de radiación desde la maceta hacia las ventanas. En algunas, las raíces se desarrollaban «hacia arriba», y otras «hacia abajo». Pero casi todas las raíces se encontraban en la parte sombría. La falta de fuerza de gravedad había anulado la fuerza de geotropismo y aquí, por lo visto, la «dirección» del crecimiento estaba regido sólo por el heliotropismo, o sea, la fuerza que dirige las plantas hacia la fuente de luz.

—¡Déjame! ¡Vete! ¡Te digo que te vayas! —oigo una voz femenina y la risa de Kramer.

Miro al final del laboratorio y veo a través de los cristales una joven con un vestido color lila. Está volando allí cerca del «techo» y Kramer está tras ella empujándola. La joven va de un lado a otro, se golpea en «paredes» y «techo» sin poder parar. Por lo visto tiene que ir a una mata verde oscura, pero en el mundo de la ingravidez, no es tan fácil hallar la posición necesaria.

Me acerco a ellos. Parece que la he visto en alguna parte. ¡Sí, claro, es la que vive en la habitación de Tonia! O sea, que tendré que trabajar con ella. Yo la miro de lado y arriba, ella y Kramer se ríen al ver mis absurdos movimientos. Me siento como un pez fuera del agua. Pero la joven no lo hace mejor que yo. Sólo Kramer tiene la destreza suficiente, como un pez en el agua. Él continúa girando al lado de ella, poniéndola tan pronto cabeza abajo como arriba. Ella se enfada y ríe. Luego Kramer me mira y dice:

—Conózcanse. Es Zorina.

—Ya nos conocemos —contesta ella y me saluda con la cabeza.

—¿Ah, ya se conocen? Mucho mejor —exclama con enojo Kramer—. Bueno, vamos Artiomov. El baño está al lado. Antes y después del trabajo nos bañamos aquí.

Por estrechos pasos llegamos a un nuevo cilindro —«antebaño»— de un diámetro de cerca de cuatro metros y casi igual longitud. Allí nos desnudamos, pasamos por un agujero redondo y llegamos al «baño». Esto es un cilindro del mismo diámetro pero mucho más largo. Paredes lisas de aluminio, iluminación lateral, y ni una gota de agua. Me paro en el mismo centro del cilindro y no puedo de ninguna manera llegar a sus paredes. Estoy flotando en el aire, en el vacío. Kramer está ocupado en la entrada. Pero he aquí que ha girado una palanca, se oye un ruido, y del grifo situado en el fondo del cilindro, empieza a salir agua. El chorro de agua a presión me golpeó transformándose en gotas y bolitas. Salí despedido a un lado. Las bolitas de agua saltaban a mi alrededor, chocaban unas con otras y aumentaban de volumen.

En este mismo instante el cilindro empezó a girar sobre su eje más y más rápido. Se originó una fuerza centrífuga. Las gotas y bolitas empezaron a juntarse y sedimentarse en las paredes. Y muy pronto éstas estaban cubiertas por un metro de agua. El agua estaba en todos lados, a la derecha, a la izquierda, arriba formando techo. Sólo la parte central del cilindro estaba vacío. Sentí que empezaba a «atraerme». Después de unos segundos puse mis pies en el «fondo». Kramer estaba en la pared contraria del cilindro de cara hacia mí. Los dos nos sentíamos plenamente estables: caminábamos por el fondo, nadábamos, nos sumergíamos. Me encantó este singular baño. El peso del cuerpo era mínimo y se nadaba con facilidad.

Kramer fue a la abertura de entrada y giró la palanca. El agua empezó a marchar por unos diminutos orificios, el movimiento del cilindro disminuyó.

Cuando se paró por completo ya no había agua en el baño y nuestros cuerpos eran ingrávidos de nuevo.

En el vestidor, al hacer un movimiento violento se me escapó mi vestido y pasé apuros para darle alcance. En este mundo de la ingravidez las cosas se portan de manera extraña. Al más pequeño golpe se van, empiezan a volar de un ángulo a otro, de una pared a otra y... ¡Prueba a atraparlos!

—¿Qué le parece Zorina? ¿Verdad que es bonita? —me preguntó de improviso Kramer, con cara maliciosa y sombría—. ¡Vaya con cuidado! —terminó con tono amenazador.

¿Tendrá celos de mí por Zorina? ¡Vaya extravagancia!

—Bien, ahora le acompañaré al laboratorio zoológico —dijo Kramer mirándome con desconfianza—. Podemos llegar a él por los «túneles». Le llevaré allí y me iré.

Así lo hizo. Me dejó en la misma puerta del laboratorio y al despedirse repitió de manera significativa:

—¡Así que téngalo en cuenta!

—¿Qué es lo que tengo que tener en cuenta? —dije sin contenerme.

Su rostro de pronto se contrajo.

—¡Si usted no lo tiene en cuenta, ya lo tendré yo! —musitó entre dientes y se alejó.

—¿Qué le pasa a este hombre?

Ya había tomado el puño de la puerta, cuando Kramer volvió. Sujetándose con la punta de los pies en la correa de la pared, estaba ante mí en un ángulo de sesenta grados y dijo:

—Y además ahí va eso. ¡Yo no le creo! ¿Para qué ha venido aquí? ¿No será para ponerse al corriente de los trabajos de Shlikov y volver otra vez a la Tierra presentando estos trabajos como suyos? ¡Shlikov es un genio! Y yo no permitiré a nadie...

—¡Oiga Kramer! —me indigné ya—. O usted está enfermo, o debe responder de sus actos. Usted me ofende sin ningún fundamento. ¡Piense bien las idioteces que está diciendo! ¿Quién puede dar por suyos unos trabajos de otro? ¿Y para qué? ¿No se da usted cuenta en qué tiempo y dónde vivimos?

—¡Pues recuérdelo! —me interrumpió, y haciendo un enorme salto desapareció en el túnel.

Me quedé desconcertado. ¿Qué será esto? Maquinalmente abrí la puerta y entré en el laboratorio.

XVII - El laboratorio zoológico

En el mismo instante vi a un hombre que con sus grandes y abiertos ojos me miraba con perplejidad. Estaba colgado cabeza abajo.

—¿Qué es lo que usted ordena hacer? —exclamó este hombre, como si leyera mis pensamientos.

Yo estaba completamente confundido. ¡De hora en hora la cosa se ponía peor! Hasta ahora había encontrado en Ketz personas normales, sanas, alegres. ¡Y de pronto dos psicópatas!

—¿Qué pasa, camarada? —pregunté.

—Yo no sé qué hacer con el cabrito, mejor dicho, con sus patas. Dos veces hemos cambiado el establo, pero las piernas del cabrito crecen y crecen. No caben, se tuercen, se enrollan. ¡No sé qué hacer...! ¿Usted es Artiomov? Yo soy Falieev. Está muy bien que sea usted también biólogo. Pensaremos juntos. El

laboratorio zoológico es el más inquieto. Toda clase de cornudos, cuadrúpedos... Los problemas son infinitos. Shlikov da más y más tareas. ¿Y cómo llevarlas a la práctica cuando los resultados de los experimentos son completamente inesperados? Primero, la ausencia de fuerza de gravedad; segundo, la acción de los rayos cósmicos. Gracias a la influencia de estos rayos se operan tales saltos en las mutaciones que te quedas parado. Mire usted mismo.

Falieev giró en el aire con gran agilidad y tomando aire con sus grandes manos, voló por el laboratorio. Yo salí tras él como pude.

No olía a animales. Por lo visto, la limpieza y ventilación de los establos era ideal. Estos eran sencillos tabiques construidos con redes de alambre. Cerca de un establo vi un enorme cerdo que parecía un globo, mejor, un gigantesco huevo. Sin embargo sus patas eran larguísimas y delgadas como macarrones. Si de pronto se llevara este animal a la Tierra, se aplastaría bajo su peso como un «blin», como una ballena fuera del agua.

El cabrito aún me sorprendió más. Su hocico era extraordinariamente alargado, los cuernos largos y curvados, como espadas turcas, las patas eran delgadas, de metro y medio de largo, y terminaban en dos débiles apéndices abiertos en ángulo de treinta grados, como en las patas de las aves. Su tamaño era como el de una oveja grande, pero en él no había nada de pelo.

—Pelado como un perro africano —exclamó Falieev—. Es un cabrito «para carne». Más allá verá otro que es productor de lana. El desarrollo de su cuerpo es mínimo, pero su lana ha crecido un metro. ¡Y qué lana! ¡Una fábrica viviente!

—Pero, ¿el cabrito lanero no estará con esta temperatura, verdad? —pregunté.

—Ni que decir tiene. A él le tenemos en una temperatura fría, pero lo alimentamos bien. Lo de la lana es cosa fácil. Pero Shlikov da tareas más difíciles. Necesitamos cuerdas para los instrumentos musicales y para las raquetas de tenis. Quiere crear una especie de corderos con tripas larguísimas. Shlikov no quiere dar importancia a las dificultades. Dice que no hay nada imposible. Y las instrucciones son breves. «Si hace falta alargar los intestinos», dice, «prueben diferentes alimentos, cambien de piensos.» El pienso es el pienso, pero al cordero en lugar de alargársele las tripas se le ensancha el estómago. Aquí actúan no sé qué nuevos factores... Por ejemplo, con las patas del cabrito no sé qué hacer. ¿Es posible que cambiando de nuevo su alimento...? Aquí pasa como en el cuento de los guisantes: rompieron el piso, rompieron el techo, el tejado y continúan creciendo. Sólo que aquí no podemos romper el tejado.

—No rompa el tejado ni cambie nada —dije yo—. Se supone que los rayos cósmicos jugaron un inmenso papel en la evolución de los animales en la Tierra. Las mutaciones extraordinarias de las que usted habla, confirman esta hipótesis. Por lo visto, aquí se opera una adaptación de los organismos hacia las alteraciones de las condiciones a «saltos». La fuerza de gravedad no existe y los cuerpos no están de pie, no tienen un apoyo. Los animales están flotando en el aire. Ellos pretenden salir de esta posición. Les son necesarias las largas extremidades...

—¡Sí, claro! —me interrumpió Falieev—. Los primeros perros aquí aullaban lastimosamente. Se pasaban horas enteras moviendo las patas para poder llegar a la pared o hasta el trozo de carne atada. Y claro, no se movían de sitio.

—He aquí por qué las patas crecen. No aumenten ustedes las dimensiones de los locales. Si las patas llegan a ser tan largas que puedan llegar a cualquier pared, yo creo que su crecimiento se detendrá. O hagan rejas para que los animales puedan aferrarse. Cambie estas finas redes por otras de agujeros más grandes, con barrotes de madera. Entonces se les desarrollarán los órganos para

aferrarse. Sus cabritos y corderos llegarán a ser «cuadrúmanos», como los monos, se acostumbrarán a estos movimientos. Treparán por las jaulas. Con una o dos de sus extremidades se sostendrán y con las otras tomarán lo que les haga falta.

—¡Pues es verdad! —exclamó Falieev—. Con usted la cosa marchará. De otra manera me veía perdido. Últimamente estaba desconcertado, verdaderamente me sentía incapaz de hacer nada... Sabe —dijo con voz miedosa—, aquí no es muy difícil volverse loco, cuando ante tus ojos nacen estos horribles monstruos... Sólo que... ¿Hacia dónde será mejor dirigir su adaptabilidad? ¿Es posible, directamente, hacer que se transformen en animales voladores? En nuestras condiciones sería lo más práctico. ¡Cabritos voladores! —Soltó una carcajada—. No, pero para los cuadrúpedos usted ha acertado. A uno de mis gatos le creció tanto la cola, que ahora se sirve de ella como los monos. Si no llega con las patas, pone en acción su cola. Se agarra con la punta y estira sus patas hasta que logra su objetivo. Además, durante sus saltos, la cola le sirve de timón, como la ardilla voladora. Parece ser que entre sus garras se está formando una membrana. ¡Muy pronto va a volar como un pájaro! ¿Y el perro «Dgipsi»? Es horrible, de verdad... Sí, espere, yo ahora... ¡«Dgipsi»! ¡«Dgipsi»!

Desde alguna parte se oyó el ladrido de un perro. Súbitamente vi a un monstruo que volaba hacia nosotros. Movía las patas como un perro en rápida carrera, pero se acercaba despacio. Entre los delgados dedos de su garra se notaban delgadas membranas. Estas membranas le ayudaban a empujar el cuerpo adelante, repeliendo el aire. El perro era un poco mayor que un bulldog, su cuerpo estaba cubierto por pelo ralo de color castaño, la cola era larga y gruesa, la cabeza completamente pelada, corta, con la mandíbula inferior poco desarrollada, casi plana. Era algo intermedio entre hocico de perro, mono y la cara del hombre. ¡Verdaderamente tenía un aspecto horrible! El perro llegó muy cerca y me miró directamente a los ojos. Sin querer me estremecí: «Dgipsi» tenía grandes ojos castaños, completamente humanos en su mirada triste y plena de inteligencia... Meneó la cola, giró su cuerpo y se aferró con los extremos de los dedos sin uñas del borde del tabique. Luego trasladó su mirada hacia Falieev. En sus ojos había interrogación.

Falieev de pronto se turbó, como si no se tratara de un perro, sino de una persona a la cual no conociera. Estos ojos humanos en la «cara» del perro eran espantosos. Yo mismo me sentí confundido.

—Bueno, «Dgipsi» —dijo Falieev sin mirar los ojos atentos del perro—. Te presento a nuestro nuevo camarada Artiomov.

Yo suponía que Falieev se dirigía al perro en broma, como muchos amantes de los perros. Y yo hice un movimiento con la mano para acariciar la cabeza del perro. Pero, ¡cuál no sería mi asombro, cuando el perro asintió con la cabeza y me tendió su pata! Me quedé tan sorprendido, que mi brazo tendido quedó un momento en el aire. Y en lugar de acariciar a «Dgipsi» como a un vulgar perro, yo, sobreponiéndome, apreté cortésmente su tibia y pelada pata, a pesar que los apretones de mano no estaban en boga en Ketz.

—¿Los cachorros de «Diana» han comido ya? —preguntó Falieev.

El perro meneó la cabeza negativamente.

—¿Por qué? ¿No han traído aún los biberones?

«Dgipsi» asintió con la cabeza.

—Entonces vuela «Dgipsi», aprieta el séptimo botón. Llama a «Olia» y dale prisa.

El perro, abarcándome con una mirada, se marchó. Sentí que mi corazón latía aceleradamente.

—¿Ha visto? —dijo Falieev en voz baja—. Lo comprende todo. Sólo que no puede contestar. Debemos entendernos por el sistema de pregunta-respuesta. Sin embargo, en el desarrollo de su cerebro ha habido un gran salto. ¡Verdaderamente, me da miedo este perro! Yo procuro estar bien con él. Parece que me ama, sin embargo, a Kramer no lo puede ver. Al verlo, lo mira enojado y se va de su lado. Él mismo, por lo visto, sufre al no poder hablar. No tengo más remedio que estudiar su lengua canina.

En la profundidad del laboratorio se oyó un ladrido entrecortado.

—Lo ve, es él quien me llama. Algo no va bien allí. ¡Vamos!

Al ladrido de «Dgipsi» se unió el chillido de un cachorro. Con rapidez, fuimos allá.

Un cachorro de patas membranosas había metido un dedo en la red y no podía sacarlo. Chillaba desesperadamente mirándonos con ojos de criatura. «Dgipsi» se afanaba a su lado, sin lograr con sus largos dedos extraer la atrapada pata del cachorro. Llegamos allí y uniendo nuestros esfuerzos lo libramos de la trampa.

Decidí «hablar» con «Dgipsi».

—¡Dgipsi! —¡Qué difícil es sostener la mirada de estos ojos!—. ¿Tú no sabes hablar? ¿Quieres que te enseñe?

«Dgipsi», rápido, asintió con la cabeza y me pareció ver en sus ojos una chispa de alegría. El perro vino a mi lado y lamió mi mano.

—Esto quiere decir que está muy satisfecho. Veo que serán amigos —dijo Falieev—. Bien pues, camarada Artiomov. ¿Dónde piensa trabajar? ¿En el laboratorio de fisiología de los vegetales o aquí?

—Que decida Shlikov —contesté—. Mientras, tendré que trabajar en el invernadero. ¡Adiós, camarada Falieev! ¡Adiós, «Dgipsi»!

El resto del día lo pasé en el invernadero. Kramer estaba de un humor sombrío y no hablaba conmigo. Estaba en silencio ocupado entre las matas de fresas. Cuando Zorina venía a mí con cualquier pregunta, Kramer acechaba cualquier movimiento nuestro. ¡No era fácil trabajar en aquel ambiente! Decidí pedir a Shlikov mi traslado al laboratorio de fisiología de animales.

Cuando le comuniqué mi petición, Shlikov se puso muy contento.

—He decidido aumentar la plantilla del zoolaboratorio —dijo él—. Al invernadero enviaré nuevos colaboradores que hoy llegarán de la Tierra. Y usted vaya con Falieev. No comprendo qué pasa con él. Cada día que pasa se hace más torpe y distraído. Algo le sucede.

—A mi modo de ver no es el único —repliqué.

—¿Quién más? —preguntó Shlikov, levantándose.

—Kramer. Ésta fue la primera persona con quien trabé conocimiento en Ketz. Entonces era completamente diferente. Ahora no le reconozco. Se ha vuelto irascible, desconfiado, desequilibrado. Me parece que su psiquis no está en orden —dije.

—No lo sé... Yo le veo poco. Pero si a usted le parece así, hará falta que lo vea Meller. Para trabajar con Falieev trasladaré a la nueva colaboradora Zorina.

—¿Zorina? —exclamé.

—¿Y por qué no? ¿Tiene usted algo contra ella?

—Contra ella no, no tengo nada —respondí—. Pero parece que Kramer sintió hostilidad hacia mí precisamente debido a esta joven. Y si tiene que trabajar en un mismo laboratorio conmigo...

—¡Ah, ya veo lo que pasa! —sonrió Shlikov—. En la Estrella Ketz empezaron los celos. Entonces comprendo por qué Kramer está desequilibrado. Pero a esto no hace falta darle importancia.

¿Qué podía hacer yo? Y tuve que contar a Shlikov que no era sólo lo de Zorina, que Kramer sospechaba que yo tenía la intención de robar y adjudicarme los descubrimientos del mismo Shlikov, y que sin causa se ríe... Pero Shlikov dijo que todo esto tenía su origen en los celos de Kramer. Yo decidí esperar y ver cómo se portaba Kramer en lo sucesivo.

XVIII - Un nuevo amigo

Empezó la vida de trabajo.

Trabajaba en los laboratorios con entusiasmo.

Las tardes y los días festivos nos recreábamos en el club, en el jardín, en el cine-teatro y en la sala de gimnasia. La juventud organizaba «charadas», hacía «camellos» con tres personas cubiertas con sábanas. Zorina subía al camello y paseaba en él por el corredor. En una palabra, se divertían como niños. Sin embargo, tampoco los «viejos» se quedaban atrás.

Tan sólo Kramer continuaba portándose de manera extraña. Tan pronto reía a carcajadas como un loco, como se sumergía en profundas meditaciones. No, esto no eran sólo celos. A mí me dejaba en paz, pero continuaba vigilando cada paso mío.

Trabé conocimiento con muchos e incluso gané nuevos amigos. Yo entraba más y más en el sabor de la vida «celeste» y añoraba tan sólo a Tonia.

De vez en cuando hablaba con ella por teléfono. Ella me comunicó que el de la barba negra aún flotaba en algún lugar entre Marte y Júpiter, en el aro de asteroides, pero que pronto volvería a Ketz y que ella había hecho otro «descubrimiento extraordinario».

Mis nuevos amigos me presentaron a toda la colonia celeste. El joven ingeniero Karibaev me invitó a visitar la fábrica donde trabajaba.

—Una obra notable —decía con un poco de acento—. Todo un planeta. Un globo. ¡Un gran globo! Sólo que nosotros vivimos no en la superficie, sino en el interior. Tiene dos kilómetros de diámetro. El globo gira despacio. De este giro recibe fuerza de gravedad, una centésima de la terrestre. La débil gravedad nos ha permitido emprender las más complicadas producciones. Las leyes de la palanca, de los cuerpos líquidos y gaseosos no se complican con el peso. Los sonidos y en general las diferentes vibraciones se transmiten como en la Tierra. El barómetro, es verdad, no trabaja, pero no nos hace falta. Los relojes y balanzas son de muelles. La masa se puede determinar en la máquina centrífuga. Las fuerzas magnéticas, eléctricas y otras, actúan con más nitidez que en la Tierra. Para los procesos de las máquinas de estampar, la fuerza de gravedad no es necesaria. Los combustibles líquidos y sólidos los evitamos. Para la obtención de la energía eléctrica utilizamos el Sol con ayuda de las más diversas máquinas.

»Imagínese dos cilindros. Uno de ellos en la sombra, el otro iluminado por el Sol. El calor solar convierte en vapor el líquido encerrado en su interior. El vapor va por un tubo y hace girar una turbina. Luego el vapor llega al cilindro frío que está a la sombra y se enfría. Cuando todo el líquido del cilindro caliente pasa en forma de vapor al frío, los cilindros cambian de lugar automáticamente. Aquel que servía de refrigerador, pasa a ser caldera de vapor y viceversa. La diferencia de temperaturas entre la parte iluminada por el Sol y la sombría es enorme. La máquina trabaja automáticamente y sin fallos. Es casi una máquina de «movimiento continuo», sin contar con el desgaste de las partes en fricción.

»Otra de las instalaciones solares tiene forma de una gran esfera con un pequeño orificio. La esfera en su interior es negra. A través del pequeño orificio pasan al interior de la esfera rayos solares concentrados por un espejo y calientan la superficie interior de la misma. Este calor podemos utilizarlo como fuerza motriz y para nuestros trabajos metalúrgicos. Fácilmente recibimos un calor de seis mil grados, o sea, tanto como en la superficie del Sol. ¿Vio usted cuando volaba hacia la Luna nuestro globo-fábrica?

—Lo vi —contesté—. Parece un pequeño planeta.

—Y detrás del globo, ¿no vio un enorme cuadrado que tapa parte del cielo?

—No presté atención.

—Quizás ustedes volaran desde otro ángulo y el «cuadrado» estuviera detrás. Cuando está iluminado por el Sol se ve desde lejos, como una extraña «luna» cuadrada. Es un fotoelemento. Es una delgadísima lámina de cobre de diez mil metros cuadrados cubierta por óxido cúprico. De ella salen delgadísimos cables conductores invisibles desde lejos. Encima de ella hay una construcción aún más grandiosa parecida a un radiador de calefacción a vapor. Es una instalación termoeléctrica. Tubos de diferentes metales soldados por la mitad. Al calentar el Sol los puntos de las soldaduras se origina corriente eléctrica.

»En una palabra, tenemos energía en cantidades ilimitadas. No fue difícil crear máquinas especiales para el trabajo de los metales. No podemos, claro está, utilizar la forja, ya que los martillos allí no pesan nada. Pero pueden sustituirse por el estampado en prensas. Y por eso en nuestras fábricas no existe en absoluto el humo, el hollín y la suciedad. Limpieza, silencio y aire limpio. El transporte de grandes pesos se efectúa con gran facilidad. Nuestros captadores de meteoros acumularon miles de toneladas de hierro, cobre, plomo, estaño, iridio, platino, cromo y volframio, que «flotan» al lado de la esfera. Cuando nos hace falta material lo arrastramos a la fábrica por medio de delgados cables. Así de sencillo es nuestro «transporte interior». Algunas veces utilizamos también pequeños cohetes. Preferentemente utilizamos la «soldadura solar». Si usted se interesa por la técnica, venga sin falta a visitar nuestra fábrica... A propósito, ¿dónde estaba usted hoy a las doce de la mañana según nuestro tiempo?

—Creo que en el laboratorio, o en el invernadero.

—¿No oyó la alarma?

—No.

—Entonces, es que estaba en el laboratorio, alejado de Ketz. De otro modo la hubiera oído. La sirena silbaba furiosamente. Yo, en aquel momento, me encontraba con Parjomenko. ¡Si hubiera visto qué revuelo se armó en la Estrella!

—¿Y qué había provocado la alarma?

—Un rarísimo acontecimiento, el primero en la historia de la Estrella. Un pequeño meteoro, quizás más pequeño que un grano de arena, traspasó de parte a parte nuestra Estrella, agujereando en su paso las hojas de las plantas y el hombro de una de las colaboradoras. El meteoro era insignificante. Esto es lo que parece, ya que la brecha que ha abierto en la envoltura de Ketz, se ha soldado ella misma después de fundirse primero por el impacto. Pero Goreva, que le ha traspasado el vestido y el hombro, dijo que vio como una chispa y un chasquido como de un relámpago. Inmediatamente se dio la alarma. Pues el meteoro podía haber perforado una gran brecha, el gas habría salido y el frío del Universo penetraría en la Estrella. He aquí por qué nuestro satélite está dividido en compartimientos cerrados. Las puertas se cierran instantáneamente y se evita el escape de la atmósfera. Al compartimiento donde existe la avería, son enviados especialistas que para estos casos van provistos de escafandras. Goreva tuvo

tiempo de salir de su habitación antes que se cerraran las puertas automáticamente. En todo caso, también existen llaves para cuando no se ha tenido tiempo de salir y poder abrir las puertas. A pesar del sobresalto, todos han respondido con gran disciplina y serenidad. Meller examinó la lesión de Goreva, manifestando que nunca había visto una herida tan «esterilizada». Claro que no sé si se puede llamar herida a un agujero un poco mayor que el pinchazo de una aguja. No ha sido necesario ni vendarla. Pero le estoy cansando —dijo el ingeniero mirando su reloj—. ¡Sí que le espero!

Le prometí que sin falta iría a visitar la fábrica. Aunque esta promesa no había de poder cumplirla. Me ocuparon otros sucesos.

Casi se puede decir que me fui a vivir en el zoolaboratorio, pues muchas veces no iba a comer a Ketz: el tener que vestirme con la escafandra, y la cámara atmosférica, me quitaban demasiado tiempo y yo aprovechaba cada minuto. Pues un solo minuto en este laboratorio daba más que horas enteras en la Tierra: tan rápidos transcurrían aquí durante los experimentos los diferentes procesos biológicos. La mutación de las moscas drosófilas se operaba literalmente ante mis ojos. Yo me admiraba de la diversidad de nuevas y nuevas variedades. Estaba absorbido por completo en el estudio de las leyes que dirigían todas estas variaciones. El comprenderlas suponía tener una nueva arma para dirigir a voluntad el desarrollo de los animales. Estudié los núcleos de las células y los cromosomas en ellos encontrados —portadores de los signos de herencia— y también los conjuntos de cromosomas o completos. Después de esto ya podía recibir generaciones de moscas drosófilas de cualquier género y tamaño.

¡Qué perspectivas para el desarrollo de la ganadería en la Tierra! Claro, allí no hay rayos cósmicos de tal intensidad. Pero ya se han descubierto métodos artificiales para la obtención de rayos cósmicos. Allí resulta aún muy caro, pero los experimentos se pueden realizar aquí y los resultados transmitirlos. Y entonces en la Tierra van a someter a los animales a una radiación artificial en cámaras especiales, ya seguros de obtener los resultados apetecidos. En los rebaños se van a obtener tantos toros y vacas como nos sean necesarios, y no los que quiere la naturaleza. Podremos obtener animales gigantes. La vaca «elefante» dará cada día decenas de cubos de leche. ¿No es eso una tarea seductora?

A pesar del trabajo, no olvidaba a «Dgipsi». Él, decididamente, me había tomado afecto y no se separaba de mí. Con él no tenía tiempo de aburrirme. Verdad es que no era fácil acostumbrarse a su apariencia extraordinaria. Pero yo me habitué y la impresión de su monstruosidad se atenuó. Incluso los ojos de «Dgipsi» se hicieron más alegres.

Las personas no siempre son amables con sus amigos cuadrúpedos. Sobre todo este Kramer. «¡Eh tú, gato pelado!», saludaba grosero a «Dgipsi» al encontrarse con él. «¡No te acerques!», lo amenazaba con el puño. Se comprendía que «Dgipsi» no pudiera ni verlo.

El enseñar a «Dgipsi» a «hablar» se resumía a la creación de una «lengua convencional». Yo debía recordar aquellos sonidos que emitía «Dgipsi» para tal o cual motivo. Estos sonidos poco se parecían a los humanos, pero a pesar de todo se diferenciaban entre sí. El mismo «Dgipsi» me ayudó, prestando atención en la entonación, fuerza de tono y pausas. Así, progresivamente, empezamos a entendernos bastante bien uno a otro. El inconveniente principal fue que a pesar de todo, «Dgipsi» continuaba siendo un «extranjero» al que sólo yo podía entender. Debido a esto valoraba aún más mi amistad. A menudo, lamía mi mano: esta costumbre perruna había quedado en él. Sin embargo, ¿de qué otra manera podía exteriorizar el pobre perro sus sentimientos cariñosos?

Era divertido ver a «Dgipsi», cuando con inmensa solicitud y paciencia enseñaba a los cachorros moverse, a «volar» en el espacio sin gravedad. ¡Lástima que estos cuadros no fueron tomados en película!

Mirándole, me decía: «¡qué mal utilizamos aún a los animales en servicio del hombre!» Dgipsi con sus garras membranosas está poco adaptado para moverse en la Tierra. Sus músculos y esqueleto son, seguramente, débiles. Pero nada más fácil que crear aquí un tipo de perros de gran desarrollo, útiles para las condiciones terrestres. Sería necesario tan sólo mantenerlos en cámaras especiales con fuerza de gravedad artificial. El desarrollo de su cerebro bajo la acción de los rayos cósmicos intensivos, es aquí mucho más rápido que en la Tierra. Noté en «Dgipsi» un extraordinariamente fino olfato y oído. El podría haber sido no sólo un guardia excelente, que llegado el caso podría conectar luces de señales, pulsar un timbre, o llamar con su ladrido por teléfono, sino también una especie de reactivo vivo en la producción. El siente el más mínimo cambio del olor, temperatura, sonido y color, pudiendo en seguida señalizarlo. Esto, claro está, lo hacen de manera ideal nuestros automáticos. Pero «Dgipsi» no es un autómata, y él puede más: no sólo «distinguir», sino que también variar la dirección del trabajo con ayuda de aquellos automáticos.

Le gustaba mucho que le mandara con diferentes misiones, cumpliéndolas casi siempre sin equivocación. Si no me entendía, meneaba la cabeza. «Sí» y «no» ya lo transmitía con los sonidos «vvi», y «vvo».

Su fidelidad era infinita. En una ocasión vino a nuestro laboratorio un empleado llegado no hacía mucho de la Tierra y agitó inexperto sus abanicos ante mí. «Dgipsi» pensó que el muchacho quería pegarme, se abalanzó sobre él y lo lanzó a un lado. El pobre por poco muere del susto al verse aquel monstruo encima.

No será fácil separarme de «Dgipsi», pero llevarlo a la Tierra es imposible. Allí se sentiría muy mal.

En una palabra, estaba muy satisfecho de «Dgipsi». Por el contrario, Falieev me tenía cada vez más preocupado. Este hombre cambiaba extraordinariamente ante mis ojos. Cada día se hacía más torpe. Algunas veces, «flotaba» largo rato ante mí, no comprendiendo cosas sencillas. Su trabajo no marchaba. Se olvidaba de todo, cometía miles de equivocaciones. Incluso exteriormente se había abandonado, no se afeitaba, no cambiaba sus vestidos y tenía que llevarle a la fuerza al baño. Lo más extraño era que empezó a cambiar físicamente. Yo no quería dar crédito a mis ojos, pero al fin me convencí que verdaderamente se hacía más alto, de mayor estatura... Su cara también se había alargado. La mandíbula inferior sobresalía más y más. Los dedos de las manos y pies se estiraban, los cartílagos y huesos se engrosaban. En una palabra, con él sucedía lo que en las personas enfermas de acromegalía. En una ocasión lo llevé ante el espejo, en el cual hacía meses que no se había mirado, y dije:

—¡Mire lo que parece!

Miró el espejo largo rato, luego preguntó:

—¿Quién es?

¡Completamente loco!

—Se comprende que usted.

—No me reconozco —dijo Falieev—. ¿Será posible que éste sea yo? Más feo que Dgipsi. —Dijo esto con completa indiferencia y, alelándose del espejo, empezó a conversar sobre otros asuntos.

Nada, este hombre hay que ponerlo en tratamiento en seguida.

Decidí aquel mismo día volar a Ketz y hablar con Meller.

Pero aquel día sucedió aún otro acontecimiento que me obligó a informar a Meller, no de un solo enfermo, sino de dos.

XIX - Extraña enfermedad

Nuestro reloj de cuerda (los relojes de péndulo no trabajan en el mundo de la imponderabilidad) señalaba ya cerca de las seis de la tarde. Falieev había volado a la Estrella Ketz. Zorina estaba aún en el laboratorio zoológico. A esta joven le cautivaba el trabajo no menos que a mí y a menudo se quedaba allí hasta la cena. Siempre alegre y cordial, no era tan sólo una trabajadora excelente, sino además una compañera ideal.

Ella frecuentemente se dirigía a mí con diversos problemas científicos y preguntas, que yo procuraba atender y solucionar.

Así sucedió esta vez.

Vera Zorina estudiaba la acción del frío en el crecimiento de la lana. Los animales en observación se encontraban en una cámara a bastante bajas temperaturas, por lo cual, era necesario trabajar allí con vestidos térmicos. Esta cámara se encontraba al final de nuestro laboratorio.

Yo estaba sentado solo ante una vitrina, contemplando una inmensa mosca drosófila del tamaño de una paloma. A pesar de este crecimiento, las alas de la mosca eran un poco más desarrolladas que las de una abeja. Debido a que estas alas no le ayudaban en su vuelo, ella prefería trepar por las paredes de su casa de cristal. Pero esta gigantesca mosca ya no era asexual. Era hembra, según yo había querido. Meditando sobre las consecuencias de mi éxito, no reparé en seguida en la presencia de «Dgipsi» que empezó a explicarse en su lengua canina. Luego yo comprendí: Zorina me llamaba.

Me levanté. «Dgipsi» voló delante «remando» con sus garras membranosas. Yo le seguí. Al llegar al final del laboratorio me puse el traje de abrigo y entré en la cámara. Cerca del «techo» flotaba una oveja. Tenía una lana tan larga que no se le veían las patas. Palpé la suave lana. ¡Verdaderamente un vellón de oro! La lana envolvía a la oveja como una nube.

—¡No está mal! —dije—. Usted tendrá éxito.

—Y tenga presente —exclamó Zorina contenta—, que hace muy poco que la esquilé. Y la lana ha crecido de nuevo y más larga que la anterior. Aunque es un poco más áspera. Esto me ha preocupado.

—Pero..., si la seda no puede ser más suave —objeté.

—Pero los hilos son más delgados que la seda —replicó Zorina a su vez—. Vea, pruebe este vellón. —Y me tendió un mechón de lana blanca como la nieve, ligera como el gas.

Zorina tenía razón: la lana cortada era más delgada.

—¿Será posible que después del esquilo la lana salga más rústica? —preguntó la joven.

Yo no pude responder en seguida.

—Hace frío aquí —observé yo—. Salgamos de aquí y conversaremos.

Pasamos de la cámara al laboratorio, nos sacamos los abrigos y «colgándolos en el aire», empezamos la conversación. Por la ventana entraba la luz azul del Sol. Allá debajo flotaba el iluminado «cuarto» de la Tierra. Como un yacimiento de brillantes se veía brillar la Vía Láctea. Blanqueaban las manchas de las nebulosas. Un cuadro habitual, conocido... Zorina me escuchaba agarrada con el

dedo del pie de la correa en el «techo». Yo, abrazando a «Dsipsi» por la cabeza, estaba encaramado cerca de la ventana.

De repente «Dgipsi» pronunció con alarma: «Kgmrrr...» En este mismo instante oí la voz de Kramer:

—¡Un idilio celestial! ¡Dúo en la Estrella!

Yo cambié una mirada con Zorina. Sus cejas se fruncieron. «Dgipsi» gruñó de nuevo, pero yo lo apacigüé. Kramer, agitando la mano derecha, daba lentas vueltas en el aire acercándose a nosotros.

—¡Tengo que hablar con Vera! —dijo él, parándose y mirándome a los ojos.

—¿Yo les estorbo? —pregunté.

—¿Hace falta que se lo diga? —respondió Kramer con rencor—. Con usted hablaré después.

Me empujé con la pierna de la pared y volé al lado contrario del laboratorio.

—¿Dónde va usted Artiomov? —oí tras de mí la voz de Zorina.

Miré atrás a medio camino y vi que «Dgipsi» vacilaba: volar tras de mí o quedarse con la joven, a la cual quería no menos que a mí.

—¡Vamos, «Dgipsi»! —grité.

Pero «Dgipsi», por primera vez en todo el tiempo, no cumplió mi orden. Me contestó que se quedaba con Zorina para resguardarla. Esta contestación, claro está, Kramer no la comprendió. Para él, las «palabras» de «Dgipsi» eran un conjunto de gruñidos, ladridos y ruidos con las mandíbulas. ¡Mucho mejor!

Llegué a la cámara de las moscas drosófilas y me paré prestando oído a lo que pasaba en el otro extremo del laboratorio. El extraño aspecto de Kramer y la conducta del perro, que había presentido el peligro, me predispuso a la alarma.

Pero todo estaba en silencio, «Dgipsi» no gruñía, no ladraba. Y la voz de Kramer no se oía. Seguramente estaba hablando muy bajo. La atmósfera de nuestro laboratorio no era tan densa como en la Tierra y por esto los ruidos eran apagados. Pasaron dos minutos de espera en tensión de todos mis nervios. Súbitamente llegó hasta mí un ladrido rabioso de socorro. Luego cesó y sólo se oía un gruñido sordo.

Hice un esfuerzo y volé hacia ellos aferrándome en mi vuelo de los salientes de los tabiques para darme más impulso.

Un horrendo cuadro se presentó a mi vista.

Kramer estrangulaba a Zorina. Vera quería aflojar sus manos, pero no podía. «Dgipsi» mordía en el hombro a Kramer. Y éste, queriéndose liberar del perro hacía bruscos movimientos con su cuerpo. «Dgipsi» agitaba desesperadamente sus patas. Y los tres daban vueltas en medio del laboratorio.

Yo caí sobre el grupo de cuerpos entrelazados y aferré a Kramer por la garganta. Otra cosa no podía hacer.

—¡«Dgipsi»! ¡Pide socorro! ¡El timbre! ¡El teléfono! —chillé.

Kramer enronquecía, enrojecía su semblante, pero no soltaba el cuello de Zorina. Sus manos estaban crispadas. Su cara estaba descompuesta, sus ojos eran de loco.

«Dgipsi» corrió al mando de timbres y oprimió el botón de «alarma». Luego, volvió de nuevo hacia mí y se aferró a la nariz de Kramer. Éste gritó y aflojó las manos.

Pero era aún pronto para cantar victoria. Menos mal que yo pude empujar a Vera lejos de Kramer. Pero un momento después, éste golpeó fuertemente la «cara» chata de «Dgipsi» y se abalanzó contra mí. Empezó una lucha singular. Yo agitaba desesperadamente mis brazos para esquivar a Kramer. Sin embargo mi enemigo, más ágil y práctico en sus movimientos, cambiaba rápidamente de

posición y no podía desasirme de él. Entonces «Dgipsi» se lanzó de nuevo al ataque amenazando morderle la cara con sus dientes.

Kramer frenético me pegaba con el puño y con los pies. Por suerte mía, los puños de mi enemigo no tenían ningún peso. Y sentí sólo un fuerte golpe, cuando Kramer se volcó contra mí empujándome a la pared.

Finalmente pudo aferrarme por detrás y sus manos empezaron a aproximarse a mi cuello. Aquí «Dgipsi» mordió su mano derecha. Kramer tuvo que liberar su izquierda para ahuyentar al perro, pero en éste momento se unió Vera a nuestro bando. Ella agarró a Kramer por los pies.

—¡Déjelo ya, basta Kramer! ¡De todas maneras no podrá usted contra los tres! —gritaba yo en tono persuasivo.

Pero él estaba furibundo.

En el laboratorio se oyeron roces de otras personas y pronto cinco jóvenes nos separaron. Kramer continuaba luchando, chillando como un loco. Fue necesario sujetarle entre cuatro, mientras otro iba en busca de una cuerda. Lo ataron.

—¡Tírenme al vacío! ¡Échenme al espacio! —musitaba entre dientes.

—¡Qué vergüenza! —exclamó uno de los llegados—. ¡Esto no había sucedido nunca en Ketz!

—Nuestro director, camarada Parjomenko, tiene poderes judiciales. Yo creo que este acto de incivilidad será el último —dijo otro.

—No le juzguen antes de tiempo, camaradas —dije yo conciliador—. Me parece que a Kramer no hay que juzgarle, sino curarle. Está enfermo.

Kramer apretó los dientes y calló.

Temiendo que de nuevo empezara a pelear, le vistieron el «buzo» sin desatarlo y lo llevaron a Ketz como un bulto. Yo y Zorina les seguimos allá. En el laboratorio se quedó uno de guardia y «Dgipsi».

Cuando llegamos a Ketz insistí para que Kramer fuera inmediatamente reconocido por Meller. Le conté todo sobre su comportamiento desde que le conocí hasta los sucesos que acababan de acontecer. Recordé a Meller que también Falieev, a mi parecer, había enfermado corporal y psíquicamente y que podía ser que la causa de sus enfermedades fuera la misma.

Meller me escuchó atentamente y dijo:

—Sí, es posible. Las condiciones de vida en la Estrella son demasiado extraordinarias. Ya habíamos tenido casos de enajenación mental. Uno de los primeros «habitantes celestes» se imaginó que se encontraba en el «otro mundo». ¿Puede usted imaginarse, qué vestigios del pasado existen aún en nuestra psique?

Ella exigió que le llevaran primero a Kramer y luego a Falieev.

Kramer no contestó a las preguntas, estaba sombrío y sólo una vez repitió su frase:

—¡Échenme al espacio!

Falieev dio muestras de una «tranquila perplejidad», manifestó Meller como bromeando. De las respuestas de Falieev aún pudo sacar algunas conclusiones. Y cuando se los llevaron, ella manifestó:

—Tenía usted plena razón. Los dos están enfermos y seriamente. No debe ni hablarse de juzgar a Kramer. Se le debe compadecer. Es una víctima del deber científico. Pero yo me pregunto: ¿Cómo usted, biólogo, no adivinó la causa?

—Yo soy aquí un huésped reciente y no soy médico... —respondí confuso.

—Sin embargo, usted podía fácilmente darse cuenta. Por otra parte yo, vieja tonta, no he sido mejor. También me descuidé... ¡Todo está en los rayos cósmicos! Piénselo usted. A la altura de veintitrés kilómetros sobre la superficie de la Tierra,

la fuerza de los rayos cósmicos es ya de trescientas veces mayor que en la Tierra. A través de la atmósfera terrestre se infiltran tan sólo una cantidad ínfima de estos rayos. Nosotros nos encontramos fuera de los límites de la atmósfera terrestre y estamos sometidos a la acción continua de rayos cósmicos miles de veces más fuertes que en la Tierra...

—Permítame —la interrumpí—. Entonces todos los habitantes de Ketz deberían haber enloquecido o degenerado en monstruos. Sin embargo, esto no sucede.

Meller movió la cabeza en tono de reproche.

—¡Usted no lo entiende aún! De esto podemos dar las gracias a los constructores de Ketz. A pesar del hecho que existía la opinión que los rayos cósmicos no representaban ningún peligro, los que construyeron esta base utilizaron capas aislantes que nos resguardan de la acción de las radiaciones cósmicas más fuertes. ¿Comprende?

—Yo no sabía esto...

—Por el contrario, parte de los laboratorios, el de fisiología de las plantas y el zoolaboratorio, fueron creados de manera que sus paredes dejaran pasar la máxima cantidad de rayos cósmicos. Nosotros debíamos determinar qué influencia podían tener en el organismo de los animales y vegetales. Así, todos nuestros experimentos en moscas y demás animales se basan en esto. ¿Todas estas mutaciones de dónde provienen? Por la influencia de las radiaciones cósmicas. ¿Usted lo sabe?

—Sí, lo sé. Y ahora comprendo...

—Finalmente. Las moscas drosófilas cambian; los perros, cabritos, ovejas, etc., se transforman en monstruos. Y ustedes mismos, ¿es que son de otra pasta? ¿En ellos influyen y en ustedes no? ¡Y yo sabía esto! Lo sabía y lo advertía. Pero algunos biólogos como usted me persuadían: ¡no hay peligro! Y hemos llevado a uno a la locura y otro a la deformidad. Los rayos cósmicos afectaron las glándulas y las glándulas influenciaron en las funciones fisiológicas y psíquicas. Esto está claro..., Falieev padece acromegalia. Con esta enfermedad espero poder luchar. Pero con Kramer la cosa es ya más seria. Sí, y si usted hubiera trabajado en este laboratorio unos dos años, seguramente le hubiera sucedido algo parecido.

—¿Y cómo vamos a proseguir? Yo no puedo dejar el trabajo empezado.

—Y no lo deje. Algo pensaremos. Bien trabajan los radiólogos con radiaciones peligrosas. Hace falta tan sólo saber aislarse. Trajes aislantes. Los animales en experimentación pueden encontrarse bajo la acción directa de los rayos, pero los científicos y asistentes, bajo «tejados» que no dejen pasar la «lluvia» cósmica. Y entrar en las cámaras de experimentación sólo con los trajes «aislantes» puestos. Yo daré órdenes para que nuestros ingenieros preparen todo lo necesario.

XX - El barba negra evgenev-paley

Habían pasado ocho meses desde que salí de la Tierra.

La Estrella Ketz se preparaba para la fiesta. Aquí cada año se festejaba con gran solemnidad el día de la fundación de la Estrella. Sus viejos habitantes me contaron que para este día se reunían en la Estrella todos los colonos celestes, estuvieran donde estuvieran. Se hacen discursos, se escucha el balance anual de trabajo, comunicaciones sobre sus éxitos, comparten sus experiencias y se hacen planes para el futuro. Este año se preparaba una fiesta extraordinaria. Yo la

esperaba con gran impaciencia: sabía que al fin vería, no sólo a Tonia, sino también al escurridizo de la barba negra.

En la Estrella ya empezaron los trabajos de preparación. Desde los invernaderos se trajeron flores y plantas y se decoró la sala principal. Los artistas dibujaron carteles, retratos y diagramas. Los músicos estudiaron nuevas canciones, los comediantes nuevas obras, los dirigentes de los trabajos científicos componían sus informes.

Era divertido volar por las «tardes» a lo largo del «túnel», entre el verdor de las plantas, adornado por lámparas de colores. Por doquier había agitación, se oían canciones, música, voces juveniles. Cada día aparecían nuevas caras. Predominaba la juventud. Los conocidos se encontraban de nuevo con calurosos saludos y se entablaban animadas charlas.

—¿Tú, de dónde vienes?

—De la banda de asteroides.

—¿En el aro de Saturno has estado?

—¡Claro!

—¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos! —se oían voces.

Alrededor del narrador pronto se formaban compactos grupos, mejor dicho, enjambres: la fuerza de gravedad era mínima y muchos de los oyentes flotaban por encima de la cabeza del que contaba sus aventuras.

—El aro de Saturno, como ustedes saben, se compone de miríadas de fragmentos que vuelan en una dirección. Seguramente, son restos de algún planeta desintegrado, un satélite de Saturno. Hay piedrecitas muy pequeñas, pero también hay enormes bloques y montañas enteras.

—¿Y se puede andar por el aro, saltando de piedra en piedra? —alguien preguntó.

—Claro que se puede —contestó riéndose el narrador. Y no se podía comprender si decía la verdad o bromeaba—. Yo así lo hice. Algunos fragmentos, vuelan tan cerca unos de otros que se puede traspasar. Pero en general, la distancia entre ellos no es pequeña. Sin embargo, con ayuda de nuestros cohetes portátiles volábamos fácilmente de un fragmento a otro. ¡Vaya riqueza, camaradas! Algunos trozos estaban compuestos de oro, otros de plata, pero la mayoría eran de hematites.

—¿Tú, claro está, habrás traído oro?

—Hemos traído muestras. El aro de Saturno es suficiente para cientos de años. Nosotros iremos sacando piedra tras piedra de este magnífico collar. Primero las piedras pequeñas, después iremos por las grandes.

—Y Saturno perderá su maravilloso adorno. Esto es una lástima —dijo alguien.

—Sí, en efecto, el espectáculo es maravilloso. Llegando al aro en el mismo plano que él, se ve sólo su borde, una línea fina luminosa que corta al también iluminado planeta. Si lo miras desde arriba, ves un resplandeciente aro de belleza inigualable. De lado, un arco de oro que ciñe medio cielo, que puede ser regular o estirado en elipses o incluso en parábola. Añadan a esto las diez lunas-satélites y tendrán una imagen del sorprendente espectáculo que espera al viajero.

—¿Y no descendieron al planeta Saturno?

—No, eso lo dejamos para ti —contestó el narrador. Todos se rieron—. En Febe sí estuvimos y también en Iapeto. Son pequeñas lunas sin atmósfera y nada más. Pero la vista del cielo, desde todos los sitios, es maravillosa.

—En una palabra, hemos estudiado la estratosfera, como la atmósfera de nuestra propia habitación. Para nosotros no existen ya secretos... —se oyó la voz del aerólogo, que pasó volando junto con mi amigo Sokolovsky.

Agité el brazo saludando al geólogo y de pronto vi a Tiurin. Caminaba con cuidado por el suelo al lado del director Parjomenko y hablaba sobre el movimiento. ¿No será que piensa hacer un discurso sobre su filosofía del movimiento...?

Parjomenko se va hacia Zorina. No es la primera vez que veo a esta joven junto a Parjomenko. Menos mal que Kramer no lo ve. El pobre está aún aislado. Tiurin, con la clásica distracción de los científicos, no se dio cuenta que había perdido a su acompañante y seguía despacio adelante divagando:

—El movimiento es un bien, la inmovilidad, un mal. El movimiento es bueno, la inmovilidad...

El sonido de la orquesta ahogó el discurso del predicador de la nueva filosofía.

Recorrí todo el corredor principal, miré en la gran sala, en el comedor, en el estadio, la piscina. Por doquier gente revoloteando, saltando. Por doquier voces sonoras y risas. Pero entre ellos no estaba Tonia... Llegué a ponerme triste y me dirigí al zoolaboratorio a charlar con mi amigo cuadrúpedo...

Por fin llegó el día de la fiesta. Para que los innumerables colonos pudieran acomodarse, la fuerza de gravedad en la Estrella se había anulado casi por completo. Y los reunidos se alojaron regularmente por todo el espacio. Cubrieron las paredes, llenaron las salas al igual que las moscas drosófilas la vitrina de vidrio.

Al final del corredor fue erigida una «estrada». Detrás se situó un telón transparente, donde se había pintado nuestra Tierra, la Estrella Ketz encima y más arriba, la Luna. En un gran ovalado del transparente se veía la estatua en platino de Konstantin Eduardovich Tziolkovsky. Estaba representado en pose de trabajo: con una tabla de madera y el papel encima de las rodillas. En su mano derecha había un lápiz. El gran inventor, que había mostrado al hombre el camino hacia las estrellas, parecía que había hecho una pausa en su trabajo poniendo atención en lo que decían los oradores. El artista escultor había transmitido con extraordinaria fuerza la expresión intensa del rostro del algo sordo viejo y la alegre sonrisa del hombre «que no ha vivido en vano» su larga vida. Esta estatua plata-mate iluminada con efecto, dejaba una impresión imperecedera.

La mesa de la presidencia era sustituida por un aro de oro flotando en el aire. Alrededor de este aro, sujetos a él con las manos, estaban situados los miembros de la presidencia. En el centro, el director Parjomenko. La sala le saludó con exclamaciones y aplausos.

Sentí que alguien me tocaba del brazo. Me volví... ¡Tonia!

—¡Tú! —sólo pude exclamar yo. Así, inesperadamente, llamé por primera vez de «tú» a Tonia.

Contrariamente a las reglas de Ketz, nos estrechamos las manos.

—¡El trabajo me ha retenido! —dijo Tonia—. He hecho otro descubrimiento. Muy útil aquí pero, desgraciadamente, de muy poca utilidad en la Tierra... ¿Recuerdas aquella ocasión en que un pequeño asteroide por poco no provocó una catástrofe al traspasar nuestra base? Esto me convenció del hecho que pese a no ser muy probables estos casos, tienen lugar algunas veces. Y yo he inventado...

—¿Entonces, no es un descubrimiento, sino un invento?

—Sí, un invento. Inventé un aparato que reacciona a la aproximación del más pequeño asteroide y automáticamente aparta la Estrella de su camino.

—¿Algo así como los aparatos que avisan a los barcos de la aparición en su ruta de los icebergs?

—Sí, con la sola diferencia que mi aparato no sólo avisa, sino que aparta nuestro «barco» hacia un lado. Luego te lo contaré detalladamente... Parjomenko ya empieza su informe.

Se hizo el silencio.

El director felicitó a todos con «la terminación con éxitos del año estelar». Una lluvia de aplausos, y de nuevo silencio.

Luego, haciendo el balance, dijo que la Estrella Ketz, obra de la Tierra, «empieza ya a devolver su deuda a su madre». Dijo que tenía en su haber enormes progresos, que en sus trabajos en los dominios de la astronomía, aerología, geología, física y biología, enriquecieron a toda la Humanidad. ¡Cuántos descubrimientos científicos y problemas solucionados! Problemas irresolubles en la Tierra. De inmenso valor son los descubrimientos hechos por Tiurin. Su «Estructura del Cosmos» pasará a la historia de la ciencia como una obra clásica que hará época. Su nombre se pondrá en la fila de nombres de titanes de la ciencia tales como Newton y Galileo.

Un alto valor recibieron los trabajos del aerólogo Kistenko, del geólogo Sokolovsky, de la «eminente inventora y experimentadora, camarada Gerasimova», fueron recordados mis modestos trabajos, a mi parecer sobrevalorados.

—Como verdadero héroe conquistador de los espacios siderales, se ha revelado el camarada Evgenev —dijo Parjomenko y empezó a aplaudir a alguien detrás de él.

¡Evgenev! ¡El barba negra! Yo estiro mi cuello para verlo, pero el héroe se esconde. No salió ni por los aplausos.

—Camaradas, él se hace el modesto —dice Parjomenko—. Pero le obligaremos a informar sobre sus extraordinarias aventuras en la zona de asteroides. El jefe de la expedición debe rendir cuentas ante nosotros.

Evgenev apareció. Yo en seguida lo reconocí.

—¿Y tú lo hubieras reconocido? —pregunté a Tonia.

Ella sonrió.

—Entre otros sin barba sí, pero entre todos estos barbudos, es poco probable, ya que sólo lo vi una vez, en forma fugaz, cuando iba hacia el aeródromo.

Evgenev empezó a hablar. Al oír sus primeras palabras, Tonia de pronto se puso pálida.

—¿Qué te pasa? —exclamé yo asustado.

—¡Pero si es Paley! Su voz... ¡Pero cómo ha cambiado! Paley-Evgenev... ¡No comprendo nada!

Yo, seguramente palidecí no menos que Tonia: tanto me alteró esta novedad.

—¡En cuanto termine iremos a verle! —exclamó Tonia en tono decidido.

—Pero... ¿No sería mejor que fueras tú sola? Tienen mucho que hablar.

—No tenemos secretos —respondió Tonia—. Así será mejor. ¡Vamos!

Y en cuanto se apagó la ovación y el barba negra se separó de la «mesa», Tonia y yo nos dirigimos hacia él.

La parte solemne de la reunión terminaba. El «enjambre de moscas» se puso en movimiento. Tocaba la orquesta. Todos cantaban a coro el «Himno de la Estrella». Empezaba el carnaval de flores.

Penetrando con dificultad entre la muchedumbre, pudimos al fin llegar cerca de Paley. Al ver a Tonia, sonrió y exclamó:

—¡Nina! ¡Camarada Artiomov! ¡Buenos días!

—Vamos a algún lugar silencioso. Tengo que hablar contigo —dijo Tonia a Paley y tomó un ramo de violetas que flotaban en el aire.

—Y yo también —respondió Paley.

Nos dirigimos a un ángulo alejado de la sala, pero aún allí había mucho ruido. Tonia propuso pasar a la biblioteca.

Paley-Evgenev estaba de buen humor. El propuso que nos «sentáramos» en las sillas, a pesar que ellas no nos sostenían en nada. El mismo, con velocidad vertiginosa y destreza singular, tomó una silla que flotaba en el aire y se la puso debajo sujetándola con las piernas, «sentándose». Nosotros seguimos su ejemplo, aunque no con tanta facilidad. Tonia resultó «sentada» un poco de lado, Paley tomó su silla y la puso a su lado. Yo flotaba cabeza abajo en relación a ellos, pero no quería cambiar mi posición para no provocar la risa de ellos con mis movimientos desmañados.

—Así es más original —dije yo.

Pasaron algunos momentos de silencio. A pesar de su alegría exterior Paley estaba emocionado. Tonia tampoco ocultaba su nerviosismo. En cuanto a mí, mi situación era completamente embarazosa, violenta. En verdad, yo gustosamente me hubiera marchado, a pesar del interés que tenía para escuchar lo que iban a decirse. Me sentí aún más violento cuando Paley, haciendo un movimiento de cabeza hacia mí, preguntó a Tonia:

—¿El camarada Artiomov es tu prometido?

Creí que me caía. Pero por suerte, aquí no se cae nadie, aunque se desvanezca. ¿Qué va a responder Tonia? Yo me quedé mirándola fijamente.

—Sí —respondió ella sin vacilar.

Yo respiré más libremente y me sentí más firme en mi silla «aérea».

—Así que no me he equivocado —dijo en voz baja Paley y en su voz yo creí sentir tristeza.

O sea, que yo tampoco me había equivocado al suponer que entre ellos hubo algo, además del interés científico.

—Yo soy culpable ante ti, Nina... —pronunció Paley y se calló.

Tonia asintió con la cabeza.

Paley me miró.

—Nosotros somos camaradas —dijo él—, y entre camaradas se puede hablar con franqueza. Yo te amaba Nina... ¿Tú lo sabías?

Tonia bajó un poco la cabeza.

—No.

—Lo creo. Yo supe guardar este sentimiento. ¿Y tú cómo me mirabas?

—Para mí, tú eras un amigo y camarada de trabajo.

Paley asintió con la cabeza.

—Y en esto me equivoqué. A ti te atraía nuestro trabajo. ¡Y yo sufría, sufría mucho! ¿Recuerdas con qué alegría acepté la proposición para ir al Lejano Oriente? Me parecía que cuando no estuviera cerca de ti...

—Yo tuve un gran disgusto cuando nuestro trabajo se interrumpió en lo más interesante. Todas las anotaciones las llevabas tú. Las fórmulas también te las quedaste. Sin ellas yo no podía ir más allá.

—¿Y sólo por estas fórmulas me buscabas por la Tierra y por el cielo?

—Sí —contestó Tonia.

Esta vez Paley rió sinceramente.

—Todo lo que se hace, se hace para mejorar. Más de una vez tú, Nina, me habías reprochado el ser una persona apasionada. ¡Ay! Este es mi defecto, pero también mi cualidad... Sin esta pasión yo no hubiera efectuado las «doce hazañas de Hércules», de las cuales habló hoy Parjomenko. A propósito, todos nosotros estamos propuestos para una condecoración. Esto será el premio por mi carácter

apasionado... Así —continuó—, marché al Lejano Oriente y allí... me enamoré de Sonia y me casé con ella, y ahora tenemos ya una preciosa hija. Mi mujer e hija están en la Tierra, pero pronto vendrán aquí.

Mi corazón latió ya regularmente.

—¿Por qué ahora te llamas Evgenev? ¿Evgeni Evgenev? —preguntó Tonia.

—Esto es por casualidad. El apellido de Sonia es Evgeneva. Y ella es muy original. «¿Por qué no podrías llevar mi apellido?», dijo ella antes de casarnos. «El tuyo, pues el tuyo», decidí yo. El de Paley no me daba lástima perderlo, era el de una persona apasionada. Dejaba el trabajo en el punto más interesante... Podía ser que Evgenev fuera un mejor trabajador.

—Pero bueno. ¿Por qué no mandaste tus apuntes?

—Primero: era tan feliz, que me olvidé de todo el mundo. Segundo: me sentía culpable ante ti. Después de mi inesperada partida, estuve dos veces en Leningrado. Y una de las veces te vi con el camarada Artiomov. Oí cómo nombrabas su apellido. Pero en seguida comprendí vuestra relación. En aquel tiempo ya trabajaba en el sistema Ketz, el nuevo trabajo me tenía cautivado por completo. Vivía sólo para los «intereses celestes». Hacia nuestro trabajo contigo, sinceramente, había perdido todo el interés. Yo recordaba que nuestros apuntes comunes tenía que devolvértelos... Y he aquí que encuentro al camarada Artiomov. Y hay que decir que esto sucedió en momentos muy especiales. Una hora antes de partir de Leningrado recibimos un telegrama en el que nos comunicaban que debíamos comprar unos aparatos de nueva producción. Con mis camaradas nos repartimos las compras, acordando encontrarnos en la esquina de la calle Tres de Julio y la Avenida Veinticinco de Octubre. Por esto partí tan aprisa que no tuve tiempo de comunicar mi dirección. Sólo pude gritar: «¡Pamir, Ketz!» Y llegué al Pamir y empecé a dar vueltas. Luego volé a la Estrella Ketz, de aquí a un viaje interplanetario... He aquí todo el cuento. ¡Perdón, perdón por todo!

—Pero, ¿dónde están por fin estos apuntes? —exclamó Tonia.

—No me tires de la silla, por favor, no sea que me caiga y me parta en pedazos —reía Paley—. ¡Ay, ay! No era necesario que fueras al cielo para tenerlos. Quedaron en Leningrado, en una casa casi al lado de la tuya, en casa de mi hermana.

—¡Y tú no pudiste escribirme eso! —dijo Tonia en tono de reproche.

—Culpable, mil veces culpable, toma... —dijo Paley-Evgenev, balando y acercando su cabeza de negro pelo hacia Tonia.

Ella puso los dedos en su espesa cabellera y, sonriendo, la agitó.

—¡Habría que pegarte por esto, pillo, y no proponerte para un premio!

—Hay para castigarme, pero hay también de qué premiarme —replicó bromeando Paley.

Tonia de pronto se volvió hacia mí y exclamó:

—¿Bien, volvemos a la Tierra, Lenia?

«¿Volvemos a la Tierra, Lenia?» ¡Cómo me habrían regocijado estas palabras algunos meses atrás! Ahora sólo me alegraba la palabra «Lenia». Por lo que se refiere a la vuelta a la Tierra, esto...

—Hablaremos de esto aún. No podemos así, tan de prisa. Tú y yo tenemos trabajos aún no terminados —contesté.

—¿Cómo? —se extrañó ella—. ¿Ahora no quieres volar a la Tierra conmigo?

—Quiero, Tonia. Pero estoy en vísperas de un grandioso descubrimiento biológico. Y este trabajo sólo se puede terminar aquí. Además, lo primero es lo primero.

Tonia me miró, como si fuera la primera vez que me viera.

—Parece que has madurado en Ketz —dijo ella, no sé si en tono de burla o de aprobación—. Esta entereza de carácter aún no la había notado en ti. Bueno, así aún me gustas más. Haz lo que quieras. Pero yo no puedo quedarme. He terminado mis trabajos, como se dice, incluso he sobrepasado mi plan y no pienso empezar de nuevo. Me hace falta terminar aquel que empecé hace mucho con Paley.

—Sí. Nina —la alentó Paley—. A propósito, parece que tú eres Tonia, al igual que yo Evgenev. ¡Todo cambia! Tú debes terminar este trabajo. No se puede dejar este problema a la mitad...

—¿Y quién lo dejó? —exclamó Tonia—. ¡Bien, basta de cuentos! Vamos a divertirnos. ¡Esta es mi última noche en la Estrella!

XXI - Al fin yo afirmo mi carácter

Al día siguiente estaba yo en mi laboratorio y trabajaba junto a Zorina. Trabajábamos ya con trajes especiales que nos preservaban de los rayos cósmicos. Encima de nosotros había además una especie de techo aislante. Sólo en donde estaban los animales en experimentación se recibía la lluvia de radiaciones.

Zorina me comunicó que Falieev se reponía. Su cuerpo y cara tomaban el aspecto normal. El estado psíquico también mejoraba. Pero Kramer estaba aún mal, a pesar que Meller tenía fe en curarle.

La puerta del laboratorio se abrió. Inesperadamente se presentó Tonia.

—¡Me voy, Lenia! —dijo ella—. He venido a despedirme y hablar contigo antes de partir.

Zorina, para no estorbar, se fue al otro extremo del laboratorio. Tonia miró en pos de ella y dijo en voz baja:

—¡Lástima que no vengas conmigo!

—Bueno, nuestra separación no será larga —dije.

En ese momento se acercó a nosotros «Dgipsi».

—¿Tonia, recuerdas lo que te conté sobre la acción de los rayos cósmicos? Pues mira lo que han hecho con «Dgipsi».

—¡Qué fantástico monstruo...! —exclamó Tonia.

El perro sonrió y meneó la cola.

—Veo que es peligrosa tu estancia aquí —dijo Tonia—. No sea que vuelvas a mí convertido en un monstruo así.

—No te preocupes. Estoy bien protegido por estos vestidos y por las capas aislantes. Ellos protegen mi cuerpo, mi cerebro..., ¡y mi amor hacia ti!

Tonia me miró incrédula.

—¡Procede como creas necesario! —dijo ella y, despidiéndose cordialmente de mí, se marchó.

—¡Ah, «Dgipsi», quedamos los dos sin compañía! —exclamé.

Dgipsi lamió mi mano.

XXII - Tierra y estrellas

Primavera. Las ventanas abiertas. El viento vespertino huele a abedul tierno. Terminé la página del manuscrito y miré por la ventana. Como si estuviera

enfilada en la aguja del edificio del Almirantazgo, se ve la Luna llena. Se oyen los sonidos de un violín a través del receptor de radio. Todo igual que entonces, muchos años atrás... Pero ahora yo miro a la Luna con otros ojos. Esto ya no es el lejano e inaccesible satélite de la Tierra. En su superficie quedaron huellas de mis pies. Ellas ahora serán tan frescas como si acabara de pasar por ellas, por aquel suelo cubierto de cenizas y polvo cósmico milenarios.

Algunas veces me parece todo un sueño...

Al lado de mi gabinete está el de Tonia. Ella, al igual que yo, tiene ya título académico.

Desde el comedor llega hasta mí el canturreo de nuestro hijo.

En la alfombra cerca de mi sillón está tumbado mi perro preferido, un negro perro de aguas llamado «Dgipsi». Lo llamé así en recuerdo de aquel otro «Dgipsi» que dejé en la Estrella. ¡Cuán conmovedora fue nuestra separación!

Yo no he roto los lazos con mis amigos de Ketz. Todos están vivos y con buena salud. Zorina se ha casado con el director Parjomenko. Kramer, que ya sanó, lo tomó tal como corresponde a una persona normal, no con mucha alegría, pero sin hacer de esto un drama. Paley-Evgenev trabaja como ingeniero jefe, constructor y «probador» de cohetes. Tiurin prepara un viaje fuera de los límites del Sistema Solar. Él se niega categóricamente a envejecer.

Hace un mes que terminé un voluminoso libro: «Experimentos biológicos en la Estrella Ketz». Como material para esta obra, utilicé los trabajos de Shlikov, Kramer y míos. Ha resultado un libro interesantísimo. Está ya preparada su edición. Terminado este libro, quise de nuevo revivir todas las aventuras relacionadas con mi singular matrimonio. Y he aquí que ya termino este libro.

...Mi hijo está cantando la «Marcha de la Estrella Ketz». ¡Cuántas veces le he contado mis extraordinarias aventuras! Ahora sólo sueña en cómo volará hacia la Estrella cuando sea un hombre. Y él, seguramente, será uno de los habitantes de las estrellas.

FIN